

Anne-Dauphine Julliand

UN DÍA ESPECIAL



PALABRA

Anne-Dauphine Julliand

Un día especial

PALABRA HOY

Título original: *Une journée particulière*, de Anne-Dauphine Julliand

Palabra Hoy

Director de la colección: Ricardo Regidor

© Éditions des Arènes, París, 2013

© Ediciones Palabra, S.A., 2014

Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)

Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39

www.palabra.es

epalsa@palabra.es

Traducción: Gloria Esteban

Diseño de portada: Raúl Ostos

Diseño de EPUB: Erick Castillo Avila

ISBN: 978-84-9061-146-3

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A Loïc.

EL TIMBRE DEL DESPERTADOR SUENA UN TONO MÁS ALTO.

Se hace insistente. Han sido necesarios varios minutos para sacarme de una noche profunda, cargada de mil sueños. Me habría gustado seguir durmiendo hasta mañana, enterrada bajo el edredón. Me estiro y exploro el otro lado de la sábana. El sitio está vacío y frío. Loïc ya se ha levantado. Afino el oído. Oigo correr el agua de la ducha.

Detrás de mis párpados aún sellados desfilan entremezcladas letras y cifras. Mi mente adormilada las baraja entre ellas antes de asociarlas en un orden lógico. Aparece una fecha: 29 de febrero. La realidad toma forma. Estamos a 29 de febrero. Hoy es el cumpleaños de Thaïs. Mi hija cumpliría ocho años.

Ocho años ya, ¡parece mentira! ¿Qué hace una niña de ocho años el día de su cumpleaños? ¿Se levanta cantando? ¿Se viste de princesa para celebrar el día? ¿Invita a sus amigas y sopla las velas? Hoy yo no veré nada de eso. La vida de Thaïs se detuvo hace más de cuatro años. Cuatro años y un cuarto, para ser más exactos. La proporción se ha invertido sigilosamente: ahora lleva más tiempo Allá Arriba que con nosotros. Thaïs ha vivido tres años y tres cuartos. Una vida corta que ha cambiado la mía.

Su foto no abandona nunca mi mesilla de noche. Me la encuentro cada día al despertarme, sentada en la hierba, con su vestido fucsia desplegado en forma de corola y una galleta en su mano regordeta. Mira al objetivo sonriendo. Su mirada chispea. La contemplo con emoción antes de posar mis ojos en el libro situado justo al lado del marco. Conozco cada detalle de su portada: la playa con la marea baja, el cielo despejado, la niña caminando hacia el sol con la cabeza gacha, los brazos separados buscando el equilibrio, los pies desnudos sobre la arena mojada. Cojo el libro sin abrirlo y lo estrecho contra mí. Me sé de memoria cada una de las frases. Contienen la historia de Thaïs tal y como la he contado. Tal y como la he vivido.

Creí que la felicidad había abandonado definitivamente mi vida una noche de diciembre, justo antes de Navidad, cuando recogí el último suspiro de Thaïs. No me hace falta bucear mucho en mi memoria para recordar esas horas oscuras. No me hace falta escarbar hondo en mi corazón para revivir el dolor. Los recuerdos están ahí, a flor de piel. La sombra que veló mis ojos en el instante del adiós me hacía temer una existencia privada de luz. Pensé que nunca más volvería a experimentar la alegría. ¿Quién puede continuar creyendo en la felicidad después de la muerte de un hijo? Y sin embargo...

Durante mucho tiempo fui rellenando casillas, satisfecha. Unas casillas preciosas,

cuadradas, muy bien definidas. No tuve que confeccionar una lista de artículos: todos la conocemos instintivamente, la dicta el inconsciente colectivo. Por eso tenía una idea muy clara de lo que necesitaba para ser feliz. A lo largo de mi vida fui marcando las distintas líneas, igual que vamos tachando con un lápiz la lista de la compra: «Esto ya está». Me hicieron falta treinta y dos años para completar la mayoría de las casillas. Me dispuse entonces a empezar la lista adicional, la de los más afortunados, para luego darme cuenta de la vacuidad de esta empresa.

Rellené sin dificultad la primera parte, concerniente a la infancia y la adolescencia: crecí en una familia unida, cariñosa, plena. Me llevaba bien con mis hermanos y hermanas, quería a mis padres. En el colegio no tuve casi tropiezos. Con la selectividad en el bolsillo, comencé la carrera que llevaba mucho tiempo deseando para convertirme en periodista. Mi entrada en la vida adulta no fue complicada. Una vez obtenida mi titulación, encontré trabajo en un periódico. Enseguida conocí a Loïc, el hombre de mi vida. Nos casamos, tuvimos un niño y después una niña: la parejita. Nos compramos un piso y un coche. Los dos teníamos un trabajo que nos aseguraba la realización personal y el reconocimiento social. Este es, a grandes trazos, el resumen de treinta y dos años de felicidad; infancia feliz: ya está; adolescencia superada: ya está; carrera terminada: ya está; trabajo interesante: ya está; marido e hijos perfectos: ya está; piso, coche, vacaciones: ya está. ¡Felicidad: ya está! ¡Qué bien, qué bonito, qué idílico!

En la relación de claves para la felicidad no hay cabida, ni siquiera entre líneas, para la enfermedad, el sufrimiento, la prueba. ¿A qué viene entonces esa forma peculiar de andar que tiene mi hija? Y es que, desde los dieciocho meses, Thaïs no caminaba de un modo totalmente normal. Su pie se torcía ligeramente hacia afuera al posarse en el suelo. Me di cuenta a finales de verano, observando la huella de sus pasos sobre la arena mojada de una playa de Bretaña. Loïc y yo estábamos precisamente enumerando satisfechos todas esas casillas rellenas, planteándonos un tercer hijo para completar nuestra encantadora familia. Bajé la mirada hacia Thaïs, que caminaba delante de mí. Contemplé el rastro de sus pies, buscando suscitar en mí un sentimiento de orgullo materno. Vi la orla de arena que se formaba hacia fuera a cada paso que daba. Y no me gustó. Antes incluso de inquietarme, aquella forma de andar me desagradó instantáneamente. Vi en ella el grano de arena que vendría a gripar el engranaje de nuestra felicidad sin fisuras. Deseaba que Thaïs mantuviera su promesa de niña perfecta, y no que caminara a trompicones. Ese pequeño paso impreciso empezó sembrando la preocupación en nuestra conquista de lo ideal antes de desatar la tempestad.

A veces basta un instante, una sola palabra, para que una vida se tambalee. Esta palabra: «leucodistrofia». Este instante: el de su anuncio. Nuestra apacible existencia

estalló en pedazos el día que Thaïs cumplía dos años. En una consulta de un servicio de neuropediatría, al final de un largo pasillo, a resguardo de otras miradas, los médicos nos anunciaron que nuestra hija padecía una leucodistrofia metacromática, una enfermedad neurológica degenerativa. Demasiadas palabras impronunciables en una misma frase... Su esperanza de vida sería corta y su existencia, dolorosa. En el transcurso de los meses siguientes Thaïs perdería progresivamente todas sus capacidades adquiridas: la marcha, la movilidad, pero también el habla, la vista, el oído... Después perdería la vida. Y, como sentencia, esta última frase: no existe ningún medio capaz de curarla, ningún tratamiento. Ninguna esperanza. El final de la felicidad, al menos, tal y como yo la concebía hasta entonces.

LOS NÚMEROS FOSFORESCENTES DEL DESPERTADOR ME DEVUELVEN a la realidad. Ya es hora de que me levante si no quiero que toda la casa se retrase. Renuncio con pesar al calor de la cama, me pongo una bata y salgo de mi dormitorio. Un rayo de luz amarillenta se cuela por debajo de la puerta de Gaspard. Entro. En medio de un revoltijo de sábanas distingo unos pelos de punta, una mano aferrada a un libro abierto y, tras unas gafas de montura oscura, dos grandes ojos negros que recorren veloces las páginas. A estas horas de la mañana Gaspard ya está leyendo. Ladeo la cabeza para descifrar el título de la portada. Después de tragarse la colección de «El pequeño Nicolás», ahora Gaspard devora novelas de espías.

Le digo que es hora de levantarse, desordenándole un poco el pelo. Gaspard suspira.

—¿Ya? Estoy en lo más emocionante.

—Sí, ya; y date prisa. Es tarde. No vas a llegar al colegio.

—Es horrible tener que ir a clase, mamá. Odio el colegio.

Todos los días, la misma cantinela. Y cada mañana sonrío al escucharla. Me gusta esa protesta diaria porque es propia de un niño de diez años. De cualquier niño de diez años. Estos últimos años, me preocupaba que Gaspard creciera demasiado deprisa. Las circunstancias familiares lo enfrentaron muy pronto a la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Su visión de la vida cambió. Sin embargo, Gaspard crece como la inmensa mayoría de los niños de su edad. No le gustan ni el colegio ni las niñas, al menos de momento. Prefiere jugar con sus amigos o desfogarse en un campo de rugby. Las dificultades de la vida no han privado a Gaspard de su infancia. La vive plenamente, aunque ahora mismo a él le parezca haber pasado una página. El día de su décimo cumpleaños nos anunció que entraba en la preadolescencia hasta los doce años. Después, entre los doce y los dieciocho, sufriría su «crisis»... Ese es el programa previsto. Ya sabemos a qué atenernos durante los próximos años. Yo, como cualquier otra madre, no tengo ningunas ganas de pelearme con un niño en plena adolescencia, pero me gusta comprobar que Gaspard afronta con naturalidad esas etapas. Es señal de equilibrio.

Una vez vestido, Gaspard se reúne conmigo en la cocina. Luego entra Loïc, preparado también para la jornada. Los dos se sientan delante de su tazón. A la hora del desayuno mis hombres no son muy habladores. Gaspard se sirve un vaso de zumo de naranja y riega sus cereales con leche fría. Luego desaparece detrás del envase de cartón, zambulléndose en los juegos que ofrece la marca. Loïc remueve su café sin pronunciar palabra. Rompe el silencio, únicamente alterado hasta entonces por el crujido de los copos de trigo chocolateados entre los dientes de Gaspard.

—Gaspard, ¿sabes en qué día estamos?

—Un día de colegio, como cualquier otro.

—Sí, pero hoy es 29 de febrero. Es una fecha especial.

—Ya lo sé: solo existe cada cuatro años. De hecho, me parece injusto que haya clase. Hoy debería ser festivo. No tiene sentido que añadan un día más de colegio, así como así.

—Hoy es sobre todo el cumpleaños de Thaïs.

—¡Ah, sí! Es verdad... ¿Cuántos cumpliría?

—Ocho. Muy mayor, ¿verdad?

La cuchara de Gaspard queda suspendida entre el tazón y su boca. Sus ojos se pierden en la lejanía. Está analizando la información. No tiene ninguna hermana de ocho años. Intenta imaginar, proyectarse en un presente hipotético. La cuchara reinicia su trayecto y Gaspard me dice sin dejar de tragar:

—Mamá, ¿tú te acuerdas bien de Thaïs? Yo tengo la sensación de que se me ha olvidado su cara. ¿Te pasa a ti lo mismo?

—Sí, Gaspard, me pasa muchas veces, y es normal. Los recuerdos se van borrando con el tiempo, pero los sentimientos permanecen.

Hoy todo esto me parece meridiano, pero no me atrevo a decirle hasta qué punto he luchado contra esa debilidad natural de la memoria humana. Sí, nos olvidamos hasta de lo que nos parece inolvidable. Hasta de los rasgos de un hijo, del olor de su pelo, del lunar de su piel. Nos olvidamos y no podemos evitarlo. Fue espantosa la mañana en que me pregunté: «Por cierto, ¿cómo eran sus ojos, su voz, el calor de su cuerpo?». Me sentí culpable. Pensaba que debía hacer lo imposible para impedir que el tiempo cubriera mi memoria con su opaco velo, hasta que me di cuenta de que Thaïs se desdibujaba en mi memoria, pero no en mi corazón. La memoria del corazón es la de los sentimientos. Esa memoria no sufre la erosión del tiempo. Es viva, intemporal, inalterable. Al movilizarla, convoco las impresiones inscritas en lo más profundo de mí. Vuelvo a encontrar intacto lo que sentí con y por Thaïs. Y saboreo los instantes mágicos en que mi memoria me restituye fielmente el aroma de Thaïs, el reflejo de sus ojos oscuros, la hondura de sus suspiros. Lloro como una Magdalena cada vez que mis sentimientos resucitan mis recuerdos.

—¡NOS VAMOS!

Loïc anuncia que se marcha. Esta mañana va a llevar a su hijo al colegio antes de ir al trabajo. Me estrecha cariñosamente entre sus brazos y me susurra al oído:

—Mucho ánimo en este día, cariño. Me acordaré mucho de ti y de ella. Hace ocho años dimos la vida a una niña maravillosa.

Me pego a él, hundo la cabeza en su cuello, lo empapo con mis lágrimas. Sí, una niña maravillosa...

Gaspard corre a lavarse los dientes, las manos, los churretes, se pone el abrigo, se echa a la espalda su pesada mochila y sale de casa gritando:

—¡Que tengas un buen día, mamá! ¡Hasta luego!

Yo salgo corriendo y bloqueo la puerta con el pie justo antes de que se cierre.

—Espera, Gaspard. No me has dado un beso.

Gaspard suspira y tuerce el gesto.

—Mamá, tengo diez años. No te voy a dar un beso cada vez que salgo de casa... Los besos son para los bebés.

Mi hijo ya quiere ser mayor. No obstante, no se aparta cuando le planto dos sonoros y prolongados besos en sus mejillas. Lo estrecho un poco contra mí antes de devolverle la libertad.

—Que tengas un buen día, Gaspard.

Los sigo a los dos con los ojos hasta que se cierra el ascensor. También a mí me habría gustado que hoy fuera festivo para pasar el día juntos, en familia.

Vuelvo a entrar en casa, ahora en silencio. Todo está extrañamente tranquilo. Me refugio debajo de la ducha y dejo correr el agua caliente sobre mi espalda un buen rato, con la esperanza de aliviar la persistente tensión muscular. Luego me envuelvo en una espesa toalla y me desprendo de los vapores de las sales de baño. Me planto delante del armario de mi habitación, abierto de par en par, y contemplo indecisa la ropa cuidadosamente doblada. Suspiro: «No tengo nada que ponerme». A cualquiera que echase una ojeada a los vertiginosos montones que llenan el armario mi reflexión le podría parecer absurda. Y, sin embargo, no estoy mintiendo. Hay más prendas de las que me hacen falta, pero hoy no tengo nada que ponerme, porque no veo ropa que se adapte a mi estado de ánimo. Y es que mi estado de ánimo tiene sus códigos indumentarios: me visto según sea mi talante ese día. Hoy tengo la sensación de que en el armario no hay nada que refleje mi humor. Mi moral es inestable. Desde las primeras luces del alba oscila entre la pena y la alegría. Y así seguirá hasta que caiga la noche.

Ya antes de la muerte de Thaïs presentía que el aniversario de su nacimiento sería más difícil de vivir que el de su fallecimiento. Aun así, el recuerdo del día en que murió, y más aún el de su entierro, nunca me abandona. Vuelvo a ver el cielo cubierto de Bretaña, la hostilidad de la oscura noche que alumbran débilmente unas linternas vacilantes. Siento de nuevo cómo la fría llovizna de diciembre cala la ropa hasta aprisionar nuestros cuerpos dentro de un caparazón helado. Vuelvo a estar arrodillada en un suelo enfangado y pegajoso, al pie de ese agujero abierto que devora una parte de mi carne, ebrio de tantas lágrimas y del dolor que se ha bebido. Evocar esos momentos sigue siendo siempre una prueba.

El recuerdo del nacimiento de Thaïs es quizá todavía más cruel cuando se relee a la luz de los acontecimientos de su vida. Siempre había soñado con tener una niña. La venida al mundo de Thaïs colmó mi sueño. Ese bebé diminuto traía a mi corazón de madre mil promesas entrañables. Al recordar ese día, ahora experimento sentimientos contradictorios. Todos los años, entre el 28 de febrero y el 1 de marzo, lloro y, al mismo tiempo, sonrío. Lloro esos sueños rotos y esa ausencia. Sonrío pensando en los momentos que viví junto a ella. Por supuesto, me habría gustado que estuviera sana y que viviera aún muchos años, pero no lamento nada de lo que compartimos, ese corazón a corazón, ese tiempo de vida tan rico. Y aplaudo al recordar todo lo que me enseñó mi hija. En el instante en que sostuve a Thaïs en el hueco de mis brazos por primera vez, me dije que a partir de entonces tenía una aliada para toda la vida. No, para toda la vida, no: para toda su vida, su vida de tres años y tres cuartos. Y, al fin y al cabo, mucho más allá, porque Thaïs sigue siendo hoy mi preciosa aliada.

Decido dejar que obre el azar. Cierro los ojos y busco a ciegas entre los montones de ropa. Mis manos escogen texturas antes que formas. Fijan la vista en un top de seda muy sencillo y un jersey de una suavidad reconfortante. Abro los ojos: el azar ha acertado. El violeta del jersey es el color preferido de Thaïs. Completo el modelo con unos vaqueros, unas botas de tacón y unos pendientes a tono. ¡Ya estoy lista para pasar este día!

Apenas he acabado de vestirme cuando, a mis espaldas, escucho una voz que me llama. Sonrío antes incluso de darme la vuelta. Oigo deslizarse sus piececillos sobre el parquet, huelo su aroma infantil. En la música de sus palabras adivino la sonrisa que ilumina su rostro. Me agacho y lo atraigo hacia mí para estrecharlo entre mis brazos, con la misma intensidad con que le quiero. Mi pequeño tesoro...

—BUENOS DÍAS, MAMÁ.

—Buenos días, Arthur. Has dormido mucho. Es tarde, ¿sabes?

—Sí, he dormido mucho, pero me he metido en un «lío».

—¿Un «lío»? ¿Y eso qué es?

—Un sueño horrible de monstruos y lobos. ¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, claro. Cuéntame tu «lío».

Arthur se lanza a uno de esos relatos palpitantes cuyo secreto solo él conoce. En el movimiento de sus ojos adivino que lo va exagerando cada vez más. La historia no tiene ni pies ni cabeza, pero está poblada de espantosas bestias. Se detiene, casi sin aliento a causa de su interminable parrafada.

—A que da miedo, ¿eh?

—Sí, muchísimo. Es mucho más terrorífico que una pesadilla.

—¿Qué es una pesadilla?

—Es como un lío.

—O sea, ¿como una «quesadilla»?

—Más o menos como una «quesadilla», sí.

Soy débil. No me decido a corregir sus errores de lenguaje, sus «dientífricos», sus «piejamas», sus «salticar», todas esas palabras que chapurrea, deforma o adapta a su manera. Todas esas palabras que me recuerdan que mi niño tiene tres años y cuarto, que habla, que anda, que está en plena forma. Que es mi locura. Sí, Arthur es mi mayor locura...

A veces es bueno querer perder la razón. Perder la razón sin perder la cabeza, sino poniendo entre paréntesis los argumentos racionales de la mente para no escuchar más que al propio corazón. Pasado algún tiempo, a Loïc y a mí nos torturaba el deseo de tener otro hijo. No pretendíamos sustituir a Thaïs: ¡Thaïs es insustituible! Solo queríamos tener un hijo: como la mayoría de las parejas, a fin de cuentas. Ese deseo me corroía y me llenaba de tristeza, porque me parecía irrealizable. La leucodistrofia metacromática está inscrita en nuestros genes. Podemos transmitirla a todos nuestros hijos, desde su concepción. Por eso, el temor a sufrir de nuevo clausuraba mi vientre. No me sentía capaz de esperar otro niño. Estaba paralizada y era infeliz. Una mañana, Loïc halló las palabras que me libraron de ese temor.

—Vamos a intentar mirar las cosas de otro modo. ¿Te ves capaz de querer a otro hijo? ¿Te ves capaz de quererle como venga y de hacer cualquier cosa para que sea feliz?

Mi respuesta fue un grito:

—¡Sí! Me veo capaz. Es lo único que deseo: querer y hacer feliz.

—Entonces, ¿de qué tenemos miedo?

Nueve meses después, transcurrido casi un año exacto de la muerte de Thaïs, nació Arthur, perfectamente sano. Superamos nuestros miedos, apostamos por la vida. Nuestras familias aplaudieron la noticia, con un entusiasmo conmovedor. Otros, por el contrario, algunos incluso muy cercanos, no entendieron nuestra decisión. A quienes nos preguntaban con incredulidad: «¿Pero qué habéis hecho para tener otro niño?», les contestábamos sonrientes: «Hemos hecho lo que hace todo el mundo en la intimidad». La respuesta no pretendía ser solamente una muestra de ingenio: era la realidad. La decisión de tener un niño es solo nuestra. Se inscribe en la historia de nuestra pareja. En ningún caso la hace objeto de deliberaciones públicas o de referéndum. Jamás nos justificaremos ante nadie por elegir a Arthur. Ni siquiera podemos explicarlo. Es una locura, una hermosa locura, una locura de amor. Y, retomando la frase de Blaise Pascal, «el corazón tiene razones que la razón no entiende».

—¡MAMÁ, TENGO HAMBRE! ¿ME PONES EL CHOCOLATE Y LAS TOSTADAS?

El apetito de Arthur me saca de mis pensamientos.

—¡Claro! Ven, que te preparo el desayuno.

Lo instalo en la mesa y le pongo delante un tazón lleno de chocolate humeante, dos rebanadas de pan untadas con mantequilla, un vaso de zumo de naranja. Él coge la botella de leche, la de zumo, el bote de Nutella y la caja de cereales, y los coloca, como todas las mañanas, formando una muralla. Sin dejar de engullir grandes bocados de tostada, Arthur retoma el relato de su sueño, ahora echándole un poco más de imaginación incluso.

—Buenos días, Anne-Dauphine. Buenos días, Arthur.

Thérèse acaba de llegar. No he oído girar la llave en la cerradura ni abrirse y cerrarse la puerta de la calle. Me levanto para recibirla. Me da un beso y me estrecha un poco más fuerte entre sus brazos, dándome unos golpecitos en la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—También.

Hace más de cinco años que Thérèse cruza el umbral de nuestra casa todos los días de la semana. Viene a cuidar a los niños. Oficialmente, ahí acaba su misión, pero en realidad Thérèse hace mucho más que eso. Cuida de cada uno de nosotros. Desembarcó en nuestra familia en plena tempestad, tras la noticia de la enfermedad de Thaïs. La recibimos como un ángel protector caído del cielo. Desde entonces es la garantía del equilibrio familiar. ¡Cuántas veces nos ha ayudado su presencia a no perder pie! Llevó la casa cuando yo ya no era capaz, se ocupó de Gaspard cuando yo estaba junto a Thaïs. Y todo sin perder nunca la paciencia ni la sonrisa ni la serenidad. Su tranquilidad de espíritu es un bálsamo calmante para los nuestros.

Arthur sale corriendo y se pega a sus piernas. Tiende sus manos hacia ella para recibir también sus besos. Le echa los brazos al cuello y apoya con fuerza su boca contra las mejillas de Thérèse.

—Buenos días, Dada.

Desde muy pequeños, cuando apenas sabían pronunciar las palabras más básicas, los niños empezaron a llamar así a Thérèse: Dada. Un nombre que a partir de entonces no ha llegado a perder nunca. Es su modo de asignarle un puesto oficial y singular. Porque Thérèse es un miembro más de la familia, al menos en el corazón de cada uno. No en la cabeza. Todos sabemos que Thérèse tiene su vida al margen de nosotros, sus fines de

semana, sus vacaciones, su independencia. Sabemos que viene a casa porque es su trabajo. Sabemos también que algún día se irá. Esa libertad constituye el equilibrio de nuestra relación.

En una entrevista me preguntaron a quién querría parecerme. Por supuesto, me encantaría tener los ojos de Elizabeth Taylor, la sonrisa de Julia Roberts, las piernas de Cameron Díaz, el tipo de Heidi Klum, la elegancia de Audrey Hepburn, la inteligencia de Marie Curie, el talento de Camille Claudel. Claro que sí. Pero ninguna de esas mujeres es mi modelo. Por eso contesté sin vacilar: a Thérèse. Me gustaría parecerme a Thérèse. Por su sencillez, su discreción, su buen humor, su constancia, su capacidad de amar, su dedicación a los demás, su afán por crear un vínculo, el cuidado que pone en hacerlo todo bien. Admiro todas sus cualidades, junto con esa manera suya de amar lo que hace antes que de hacer lo que ama.

Thérèse coge a Arthur de la mano y se lo lleva a acabarse el desayuno. Ahora le cuenta a ella también su «lío», con una versión bastante distinta de la mía. Mientras me preparo el café, informo a Thérèse de que hoy no trabajo: este día especial lo merece. Arthur tampoco irá al colegio. Se está recuperando de la gripe de turno. A decir verdad, parece en plena forma, pero solo está en primero de infantil. Faltar un día no arruinará su futuro. Quizá sea un pretexto para quedármelo en casa, como la loba que no quiere separarse de sus cachorros. Sobre todo un día como hoy.

—¿Y Azylis? —me pregunta Thérèse mientras unta una tostada con mantequilla—. ¿Ya está despierta?

—No, todavía no. Se está recuperando. Ayer por la noche estaba cansada. Voy a ver si todo va bien.

Salgo de la cocina, cruzo la casa y me acerco a su cuarto. Me detengo, pego el oído a la puerta y escucho. Ni un ruido. Giro el pomo sigilosamente y entro de puntillas. La luz del pasillo disipa levemente la oscuridad de la habitación y crea ligeras sombras. En medio del claroscuro entreveo a mi hija. Al acercarme, distingo sus grandes ojos abiertos, su boca ya sonriente, la blancura de sus dientecitos. Azylis está despierta. Se estira todo lo que puede. Entonces me doy cuenta de cuánto ha crecido. Pronto la cama se le quedará pequeña. Le abro las manos, despliego sus dedos, los entrelazo con los míos.

—Hola, princesa. Me alegro de verte.

Me responde su dulce sonrisa. La levanto y la cojo en brazos. Me hace feliz notar que ha ganado peso.

Dentro de cuatro meses Azylis tendrá exactamente seis años. Seis años: es maravilloso tener una hija que pronto cumplirá seis años. Ya me imagino el brillo de sus

ojos delante de los regalos adornados con cintas, su sonrisa radiante mientras nos escucha cantar, su rostro iluminado por las velas pinchadas en la tarta de chocolate, su preferida. Veo inflarse sus mejillas para soplar las velas que bailotean. Y sé de antemano que no conseguirá apagarlas. Sé también que ese día la impotencia no malogrará su alegría ni la nuestra. El 29 de junio Azylis no soplará ella sola sus seis velas. Esa mañana echaremos a suertes quién de nosotros le ayudará. Sin duda, los chicos se disputarán ese privilegio. Yo cruzaré los dedos detrás de la espalda para que la suerte me elija a mí. Me encanta celebrar los cumpleaños de Azylis y ver cómo cada año aumenta el número de velas. Tengo mucho miedo de que no ocurra así.

Azylis tenía apenas una semana cuando supimos que estaba enferma. Nada más que una semana de vida, demasiados pocos días para entenderlo. Nos hallábamos aún bajo la impresión de la noticia de la enfermedad de Thaïs, preocupados por la aparición de nuevos síntomas. Azylis vio la luz del día en medio de esa tempestad. Su nacimiento fue para nosotros un claro en la tormenta, una tregua en la batalla, un instante precioso en el que el tiempo detiene su curso. Los médicos necesitaron unos pocos días para realizar las pruebas, confirmar los resultados y anunciarnos que nuestra niña padecía también una leucodistrofia metacromática.

¿Hace falta revivir ese golpe? ¿Hace falta volver a recordar las palabras pronunciadas, los silencios? ¿Hace falta evocar la angustia, el miedo y la oscuridad de ese día? Existen palabras para relatar, para expresar lo que sentimos, pero no tengo intención de recurrir a ellas. Las guardaré sepultadas en mi interior, muy hondo, como hacemos con un secreto: el más íntimo, sin duda, porque es el del dolor.

Ahora es Thérèse quien entra en el cuarto. Azylis sonríe aún un poco más al verla acercarse. Su mutua complicidad no tiene igual. Se conocen y se entienden perfectamente. Llegaron a nuestra familia prácticamente al mismo tiempo. Thérèse siguió de cerca el nacimiento de Azylis, la noticia de su enfermedad y el episodio siguiente. Un episodio inesperado, esa loca aventura a la que nos lanzamos: el trasplante de médula ósea de Azylis. Movidos por los malos resultados, los médicos que nos atendían, buenos especialistas en la leucodistrofia, mencionaron esa posibilidad. El trasplante de médula ósea era nuestra única oportunidad, una ínfima esperanza de curar a nuestra niña. Ella, tan chiquitina, aún no presentaba ninguna señal visible de la enfermedad, ningún pie que se torcía, ninguna mano temblorosa, ninguna palabra balbuceante. Nos daba tiempo a intentar cualquier cosa, el tiempo que nos faltó con Thaïs. Aceptamos, sin saber adónde nos conduciría el experimento. Inicialmente, nos llevó de París a Marsella, al servicio de trasplantes de un gran hospital local. Sin dudarlo un momento, Thérèse lo dejó todo para acompañarnos. Se instaló con nosotros. Se quedó allí todo el tiempo que duró nuestra epopeya marsellesa: cuatro largos meses. Esperó y

tembló con nosotros. Lloró y se alegró con nosotros. Y continúa haciéndolo todavía hoy.

EL BAÑO ESTÁ LISTO. Thérèse ha dejado correr el agua a la temperatura adecuada, ha echado aceite perfumado, ha instalado la tumbona en el fondo de la bañera. Deposita en ella a Azylis, que patatea impaciente. Por nada del mundo renunciaría a su baño matutino. Le permite empezar bien el día y hace desaparecer la rigidez de una noche de inmovilidad. El agua la libera del pesado lastre: así sus brazos, sus piernas se desentumecen y recuperan algo de su flexibilidad. Azylis saborea ese momento de relax. Thérèse, Arthur y yo compartimos su felicidad, apiñados los tres alrededor de la bañera como antaño en la corte de los reyes.

Azylis no se ha curado. Es seguro que no lo hará nunca. Sin embargo, después de la intervención creímos durante mucho tiempo en su curación. Hasta que su piecico comenzó a arrastrar. Hasta que su marcha se ralentizó. Hasta que nos rendimos a la evidencia: Azylis sigue enferma.

Guardo dentro de mí la cita del profesor Jean Bernard, oncólogo emérito y académico: «Añadir vida a los días cuando no se puede añadir días a la vida». Esta frase fue nuestra salvación tras la noticia de la enfermedad de Thaïs. Nos puso otra vez en marcha, mostrándonos el camino a seguir: el de lo cotidiano, el del instante presente, el de la acción. Un día equivale a una vida... Las palabras del profesor Bernard continúan resonando hoy en mi interior. El trasplante permitió añadir días a la vida de Azylis; modificó el curso de su existencia. Pero no la salvó. Con dieciocho meses, Azylis era una niña vivaz, despierta, alegre. Nadie podía sospechar todo lo que soportó durante su primer año de vida. No le quedaba ninguna secuela, excepto la falta de apetito y un peso algo bajo. Nada grave. Vigilé atentamente sus primeros pasos, al acecho de la más mínima señal de la enfermedad. Un día echó a andar. Caminaba con normalidad. Y dejé de temblar. Después su pie comenzó a torcerse. Y dejé de creer.

Antes de estos acontecimientos, nunca había oído pronunciar las palabras leucodistrofia metacromática. Lo ignoraba todo de esa patología, incluida su existencia. Los médicos nos explicaron esa «enfermedad neurológica genética degenerativa e incurable» y su causa: la falta de una enzima. Una sola, muy pequeña, con un nombre igual de insólito, pero sin el cual toda esa hermosa maquinaria que es el cuerpo humano se gripa y se estropea. Sin esa enzima, la mielina, la vaina que envuelve los nervios se va deshaciendo poco a poco, como un cable eléctrico que se pela. Y sin la mielina los nervios dejan de estar en condiciones de transmitir la información desde el cerebro hasta los músculos. El mal afecta a la motricidad antes de dañar las funciones vitales.

Hoy, desgraciadamente, conozco la enfermedad. La viví con Thaïs. Vi cómo perdía sus capacidades y sus sentidos. Temía cada etapa y cada declive. Sabía lo que iba a ocurrir. En el caso de Azylis no sé nada. De hecho, nadie sabe nada. Ni los médicos, ni los especialistas, ni ningún profesional. El trasplante de médula ósea ha cambiado el curso de las cosas. Hemos interferido en el proceso. La enfermedad ya no se desarrolla como habitualmente. Hemos perdido nuestras referencias.

En cuanto descubrimos en Azylis los primeros síntomas, casi dos años después del trasplante, nos apresuramos a consultar con el equipo que la sigue. Queríamos saber qué auguraban esas señales. Y escuchamos una respuesta poco corriente en boca de un médico: «No lo sé». En efecto, en Francia Azylis es el primer niño con este tipo de patología trasplantado tan pronto. Los profesionales sanitarios no cuentan con la distancia necesaria para saber lo que le deparará el futuro. Abren las puertas al mismo tiempo que nosotros y juntos descubrimos las consecuencias de la intervención. Compartimos las mismas esperanzas y las mismas decepciones.

Habría deseado respuestas seguras y precisas a nuestras dudas, pero aplaudo la llaneza de los médicos que confiesen sin rodeos los límites de su saber. No nos ocultan la verdad. Nos informan de lo que saben y reconocen lo que ignoran. Nuestra confianza en ellos aumenta aún más. ¡Pero qué difícil es no saber! Todavía más quizá que conocer la verdad. Con Thaïs sabíamos. Sabíamos que no teníamos ninguna posibilidad de salvarla, ni siquiera de prolongar lo más mínimo sus días. Por eso hicimos acopio de todas nuestras fuerzas para acompañarla durante los pocos meses que le quedaban de vida. En el caso de Azylis la situación no es la misma. Ignoramos si la enfermedad seguirá su curso lentamente, ineludiblemente, o si se estabilizará. ¿Será corta también la vida de Azylis o vivirá mucho tiempo? Me gustaría saberlo para estar mejor preparada. No se entrena uno de la misma manera para correr un *sprint* que un maratón. Por eso, me concentro más que nunca en el día siguiente. Avanzo día a día junto a Azylis. Vivo hoy para preparar mejor el mañana. Porque solo el futuro nos dirá qué será de su vida. Su vida, sin embargo, se escribe a diario.

Contemplo a Azylis jugar en el baño, echada en una tumbona especialmente adaptada para este momento. Advierto sus esfuerzos por atrapar el barquito rojo y hundirlo en el agua. Escucho su risa cuando lo consigue, animada por los aplausos de su hermano. Y me pregunto: ¿qué queda de nuestras esperanzas? De las esperanzas de curación alimentadas durante los largos meses que siguieron al trasplante no queda nada. Apenas el recuerdo. Tan solo una vaga impresión. En cambio, la esperanza de ver feliz a nuestra hija sigue intacta. Es más: se ha confirmado. Lo constato todos los días en la sonrisa con que nos recibe cuando se despierta y en la que nos deja por la noche, al acostarse. ¿Cómo hace Azylis para ser tan feliz? Su día a día ha sido difícil desde el

amanecer de su vida. Libra constantes batallas, acepta las derrotas, logra algunas victorias. Creo que el secreto de esa luminosa sonrisa se remonta a sus primeros días, al instante en que decidimos arriesgarnos al trasplante de médula ósea.

EL PROFESOR TERMINA LA FRASE, UNA DE LAS MÁS LARGAS QUE HA pronunciado jamás en nuestra presencia. No suele ser pródigo en palabras. Se toma el tiempo necesario para explicarnos el proceso de trasplante de médula ósea, los beneficios esperables y los riesgos que conlleva. Acota el asunto para que decidamos con conocimiento de causa. Loïc y yo preferiríamos tener una bola de cristal para leer el futuro y fundamentar nuestra decisión. No la tenemos. No hay más que una sola y única pregunta importante: a la vista de la información de que disponemos y en la situación en que nos encontramos, ¿cuál es la mejor decisión hoy y ahora? No mañana ni más adelante, sino hoy. No hay tiempo para reflexionar. Tampoco nos hace falta. Nuestra respuesta brota espontáneamente: vamos a intentar curar a nuestra hija. Cosa que puede parecer evidente cuando la cuestión no le concierne a uno directamente. Lo es menos cuando se está en el meollo del asunto. El médico nos advierte: el trasplante puede ser fatal para Azylis como consecuencia de la propia intervención. También puede transcurrir felizmente, demostrarse muy eficaz y curar a Azylis. Eso es lo que todos esperamos. O puede modificar, solo en parte, la enfermedad. Aceptamos correr esos riesgos.

Justo después de ese «sí» unánime, algo trémulo, Loïc y yo nos despedimos del médico, ocupado ya en hacer llamadas telefónicas para poner en marcha el proceso. Nos inclinamos juntos sobre el cuco en el que duerme nuestra hija. Como dos hadas buenas llegadas para repartir dones y perfecciones sobre un recién nacido. En ese instante, sueño con una varita mágica que le dé a mi hija la enzima vital que le falta... En vez de eso, nos acercamos cuanto podemos a su rostro dormido. Noto su respiración apacible y contengo la mía para decirle:

—Azylis, acabamos de enterarnos de que estás enferma y hemos decidido intentar lo imposible para curarte. Nos gustaría decirte, antes de nada, que te queremos. Te queremos pase lo que pase y sea como sea tu vida. Te queremos por lo que eres, princesita.

Pronto se cumplirán seis años desde que esa escena tuvo lugar. A partir de entonces han pasado muchas cosas con las que llenar varias vidas. Pero, desde esa fecha, no hay día en que no me incline sobre Azylis para decirle que la quiero, que la quiero como es. Se lo digo en un tono quizá demasiado alto cuando estoy cansada de esta vida complicada por las dificultades. Se lo digo temblando cuando tengo miedo de lo que le deparará el futuro. Se lo digo en un susurro cuando la emoción ahoga mi voz. Se lo digo con un beso de mariposa, ese suave parpadeo de las pestañas sobre su mejilla, cuando me embarga el amor. De una u otra manera, todos los días le repito esa declaración de

amor. Y cada día veo iluminarse un poco más su sonrisa. Porque está segura de nuestro amor incondicional. ¿No es esa la forma más hermosa de amar a un hijo: amar sin condiciones, simplemente amar? La forma más hermosa, pero no la más evidente... Me ha hecho falta conocer la fragilidad de Thaïs, y más aún la de Azylis, para entenderlo.

Recuerdo lo orgullosa que me sentí cuando Gaspard descifró una sílaba a los tres años. Me acuerdo con un punto de mala conciencia de lo que pensé entonces: «Mi hijo sabe leer con tres años. He engendrado un genio. ¡Qué orgullosa estoy! ¡Cuánto le quiero!». Sin embargo, Gaspard no leyó a los tres años, aparte de esa sílaba sin duda adivinada. Aprendió a hacerlo en primaria, como todos los niños. Justo antes del puente de Todos los Santos, vino a verme una noche cuando acababa de llegar del trabajo, cansada y poco receptiva. Estrechaba su librito contra su pecho, como si fuera un tesoro. Se sentó a mi lado, abrió una página al azar y balbuceó una frase siguiendo atentamente la línea con la punta del índice.

—¿Has visto, mamá? Ya sé leer —me dijo con los ojos brillantes—. ¿Estás orgullosa de mí?

No me atreví a confesarle que, en el fondo, estaba un poco decepcionada y harta de esperar ese día desde hacía algunos años. La indiferencia con que contesté hizo que Gaspard adivinara mis sentimientos. Nunca olvidaré sus palabras:

—¿Me quieres de todos modos, mamá?

¿Por qué no alabé, sin más, su hazaña? ¿Por qué no aplaudí a dos manos al escuchar a mi hijo leer por primera vez? ¿Por qué no me limité a estrecharlo entre mis brazos en silencio? No pude hacerlo porque esperaba de él algo más y mejor. Esperaba de él que colmara mis expectativas y las superara; esperaba de él que pusiera por obra los planes que me había trazado entretanto. Mi amor dependía inconscientemente de su éxito. He comprendido que, hasta entonces, no quise a mis hijos por lo que eran, con sus fortalezas y sus debilidades, sus virtudes y sus defectos. Los quería por lo que deseaba que fueran. Un amor exigente y nada generoso. Azylis no leyó a los tres años. Tampoco leerá a los siete. No leerá nunca. No la quiero menos por eso. Sus aptitudes, sus capacidades no condicionan el amor que le profeso. Ahí reside la clave de su felicidad. Sabe que, pase lo que pase, haga lo que haga, la queremos. No es una hipótesis: es una certeza absoluta. Una certeza que le permite avanzar por la vida con serenidad y confianza, sin miedo a fracasar, a caer, a mostrar sus limitaciones. Y este aprendizaje del amor incondicional beneficia también a Gaspard y a Arthur. Hoy quiero a cada uno como es. Solo por lo que es. Y por todo lo que es. Estoy íntimamente convencida de que nada puede hacerles más felices.

COMO TODOS LOS DÍAS, ¡HA ESTALLADO LA GUERRA! Thérèse pelea con Azylis para peinarla mientras ella refunfuña y vuelve la cabeza hacia todos lados. ¿Cómo es posible que una niña tan coqueta aborrezca hasta ese punto que la peinen? Y eso que dentro de un momento se estará pavoneando con sus preciosas trenzas... ¿Será una secuela psicológica de la quimioterapia que recibió de pequeña para preparar el trasplante de médula? Perdió todo el pelo, cosa que no llama demasiado la atención en un bebé de un mes. Pero ¿quién sabe? Más bien habría que ver en ello la manifestación del enérgico carácter de mi hija. Thérèse no se da por vencida. Emplea mil ardidés para lograr sus fines. Como último recurso, utiliza el argumento definitivo:

—Azylis, tienes que darte prisa en arreglarte. Va a llegar Jérôme.

Y el lobo se convierte en una dócil oveja entre los expertos dedos de Thérèse, que trenza a toda velocidad. Acaba de atarle la goma cuando suena el timbre de la entrada. Un solo timbrazo, breve y rotundo. El efecto es inmediato: Azylis exhibe su sonrisa más hermosa. Ha llegado su príncipe azul.

Desde el momento en que Jérôme cruza la puerta, a ojos de Azylis no existe nadie más. Frunciendo el ceño, nos despacha a todos. Menos a él. Cuatro veces a la semana esta cita la hace feliz. Y, sin embargo, Jérôme no es una visita de cortesía. Viene para hacer trabajar a Azylis, para hacer flexibles los músculos inactivos de sus piernas, para distender sus brazos, para enderezar su espalda. Azylis soporta con una sonrisa todo lo que viene de su querido «kinesio». No solamente es sensible a su encanto masculino. Confía en él.

Hace cinco años que Jérôme vino a casa por primera vez. Era 13 de diciembre. El cielo se había vestido de un gris ceniciento, igual que nuestros corazones. Ese mismo día volvíamos del hospital con Thaïs entre los brazos. Unas horas antes, los médicos nos habían anunciado que nuestra hija se hallaba en la fase terminal de la enfermedad. Nueve meses desde la noticia. Nueve cortos meses... Thaïs tardó en irse extinguiendo el mismo tiempo que se necesita para que crezca una vida en el seno materno. Al escuchar las palabras de los médicos, Loïc y yo decidimos llevarnos a nuestra hija a casa para que viviera con nosotros. Y muriera con nosotros. Queríamos acompañarla hasta el final. Contábamos con la capacidad física y psicológica para hacer realidad ese deseo, pero nos faltaban competencias médicas. El estado de Thaïs exigía la presencia de enfermeras y médicos que ajustaran los tratamientos, vigilaran las constantes vitales, evaluaran su situación. También necesitaba sesiones diarias de kinesioterapia respiratoria.

En el hospital los profesionales sanitarios del servicio de neurología apoyaron

nuestra decisión. Confiaban en nosotros, igual que nosotros en ellos. También ellos creían que la vuelta a casa de Thaïs era una buena solución para nuestra familia. Por eso, en menos de lo que canta un gallo, pusieron en marcha una HAD, una hospitalización a domicilio, para darnos asistencia. Se hizo deprisa. Tan deprisa que he llegado a pensar que el equipo se había anticipado a nuestra petición, de modo que la visita de las enfermeras y la entrega del material médico coincidieran exactamente con nuestro regreso. La organización fue perfecta. Solo faltaba encontrar un kinesioterapeuta. El azar de la guía telefónica acertó: nos permitió encontrar a Jérôme.

Durante un año y una semana, pasaron por nuestra casa enfermeras, médicos y el «kinesio». Al cabo de unos cuantos días, conocían buena parte de nuestra intimidad familiar: nuestros despertares, nuestro humor, nuestros ritmos, nuestras costumbres, nuestras preocupaciones, nuestro desorden, nuestras manías. Con el paso de los meses, compartimos el día a día y forjamos sinceros lazos. Era admirable cómo nos trataban. Mostraron la cercanía justa, un perfecto equilibrio entre la profesionalidad y la humanidad.

Conservar la cabeza fría y el corazón caliente: esa es la clave de la actitud de los profesionales hacia el paciente. La cabeza fría para optimizar sus competencias médicas; el corazón caliente para conservar su humanidad, en cualquier circunstancia. Eso es lo que permite seguir viendo siempre en el centro de esa relación no la enfermedad, sino al enfermo. Porque de lo que se trata es de curar a una persona.

Un día, en la sala de espera de un gran hospital, ante los reiterados llamamientos de un adjunto que quería auscultar a «la leucodistrófica trasplantada», no abrí la boca. Antes de confirmar mi presencia y levantarme, esperé a que pronunciara el nombre de Azylis. Su mirada irritada me hizo comprender que no veía en mi actitud más que la susceptibilidad de una madre puntillosa. Nada más lejos de mi intención que contrariarle. Tan solo deseaba recordarle que la cita era con una niña: es verdad que padecía una leucodistrofia metacromática y es verdad que estaba trasplantada, pero era ante todo una niña. Porque, por mucho que la visita tenga un interés médico, sigue siendo una visita humana y no la simple observación de un caso.

Algunos profesionales ocultan sus sentimientos humanos bajo gruesas capas de cinismo, de distancia, de frialdad, quizá para no sufrir demasiado y, sobre todo, para no apegarse a sus pacientes condenados. La recta cercanía implica cierto distanciamiento, que no puede confundirse con una fría indiferencia. Otros no tienen miedo de dejar aflorar su sensibilidad. Como esa enfermera de la HAD llamada urgentemente para atender a Thaïs, que había empeorado. A mi pregunta angustiada —«¿cómo la encuentra usted hoy?»— contestó con una sonrisa conmovida: «Guapa. La encuentro guapa». No hizo falta nada más para calmarme, para permitirme olvidar sus constantes enloquecidas

y valorar serenamente lo esencial: Thaïs en ese instante.

Loïc y yo siempre hemos procurado consolar la humanidad de los profesionales. Recuerdo las lágrimas de las enfermeras del hospital el día que nos llevamos definitivamente a Thaïs a casa. Recuerdo también la reflexión de la amiga que criticó esa sensibilidad con una frase criminal: «¿Y por qué lloraban? No era su hija la que se iba. No han sabido estar en su sitio». Yo amé esas lágrimas. Vi en ellas no la expresión de una sensiblería fuera de lugar, sino todo el amor que sentían hacia su «Princesa Coraje», como les gustaba llamar a Thaïs, y toda la pena que causaba en ellas la idea de no volver a verla más. Consolé a esas enfermeras y lloré con ellas. Estrechándolas una por una contra mí, les agradecí su profesionalidad con Thaïs. Y les agradecí que la hubieran querido.

En el entierro de Thaïs invitamos a Jérôme, a las enfermeras y a los médicos que asistieron a él a colocarse justo detrás de nosotros, en los bancos reservados a los familiares. Porque cada uno de ellos fue importante en la vida de Thaïs. Ninguno la curó, pero todos la cuidaron, con competencia y con cariño.

El desfile de visitas no ha terminado. Tras unos meses de respiro, se reanudó con Azylis. De los muchos profesionales que se ocuparon de Thaïs solo queda Jérôme. A la mayoría de ellos no los hemos vuelto a ver. Azylis no necesita sus cuidados. Reclama a su lado a otros profesionales pertenecientes al mundo paramédico: ergoterapeutas, psicoterapeutas, etc. No a una enfermera domiciliaria, ni a un médico de cuidados paliativos, ni a un especialista del dolor. Y espero que no los necesite nunca. Aunque los profesionales de la HAD ya no formen parte de nuestro día a día, están inscritos en el curso de nuestra historia. Han marcado nuestra vida. Jamás los olvidaremos.

HACE YA VARIOS MESES QUE AZYLIS DEJÓ DE HABLAR. Varios meses que, unos con otros, empiezan a formar años. Perdió el habla justo después de dejar de andar. Entonces pronunciaba perfectamente más de un centenar de palabras. Luego se fueron yendo todas, desertando para siempre de su boca... Y, sin embargo, ¡hay que oírla cotorrear como un loro mientras Jérôme la trata! Habla entusiasmada y Jérôme hace comentarios interesándose por su discurso. Y entablan una auténtica conversación. De entrada se diría que es un diálogo absurdo. Las palabras de Azylis son ininteligibles. No obstante, las respuestas de Jérôme no son maquinales, igual que los balbuceos de Azylis no carecen de sentido. Sabe perfectamente cómo hacerse entender. Como Thaïs, que en medio de un silencio absoluto sabía decirnos lo que quería. Recuerdo su hondo suspiro, al que yo contestaba sin vacilar: «Yo también te quiero, Thaïs», exactamente igual al que utilizaba su hermana en su momento. Cada una ha encontrado su propia manera de comunicarse sin una sola palabra. Azylis modula sonidos, cambia la expresión del rostro, acentúa los movimientos de sus manos para decirnos lo que quiere. Hemos aprendido a descifrar su lenguaje, no sin esfuerzo, paciencia y atención. Claro está que no entablamos grandes debates con ella, pero comprendemos muy bien la esencia de lo que desea expresar. Y, si en determinado momento dudamos al interpretar sus expresiones, Gaspard y Arthur nos son de gran ayuda. Los dos son «bilingües» y dominan a la perfección el lenguaje de Azylis. Es más, Arthur asegura que su hermana sabe hablar muy bien... solo que no lo hace igual que nosotros.

Desde mi habitación escucho el ritmo acelerado del diálogo entre Jérôme y Azylis. Su conversación se ve alterada por el timbre del telefonillo. No espero a nadie. ¿Será la ergoterapeuta? No: no llega hasta primera hora de la tarde. ¿La portera? Tampoco: deja el correo sobre el felpudo y, en cualquier caso, no llama al telefonillo.

—Buenos días. Tengo una entrega para usted.

—Le abro.

Mi interlocutor ha pronunciado como preámbulo el nombre de una empresa, pero demasiado rápido para haberlo retenido. Habría que pensar en reparar el telefonillo, que hace un ruido espantoso.

Al rato aparece un hombre en la puerta, cargado con un voluminoso paquete y con otro más pequeño.

—¿Señora Julliard? Buenos días. Tenga, es para usted. ¿Puede firmar aquí indicando la hora de la entrega de los paquetes, por favor?

Intrigada, cojo el papel que me tiende y garabateo lo que me pide apoyándome en la

cómoda de la entrada. Le devuelvo el resguardo. Él lo relee para comprobarlo.

—No hacía falta que pusiera la fecha. Con la hora es suficiente.

—Lo siento. He escrito sin pensar.

—Fíjese: no todos los días es 29 de febrero, ni todos los años.

—Sí, es verdad. Gracias y que tenga un buen día.

Avanzo un paso hacia la puerta para cerrarla, pero el repartidor no se mueve. No parece tener prisa. Más bien da la impresión de que quiere charlar un poco.

—Dese cuenta: un día que solo existe cada cuatro años. Se abre un espacio de tiempo entre dos fechas y, de repente, se añade una. Nunca he comprendido muy bien para qué sirve. Parece ser que permite corregir un error de cálculo de segundos, o algo así. Lo aprendí en el colegio, pero hace mucho tiempo de eso. Un día oculto entre otros dos. Como si estuviéramos en el andén nueve de Harry Potter, ¿no le parece? ¿Conoce usted Harry Potter?

No me ha dado tiempo a contestar cuando ya está hablando otra vez. Así que me conformo con asentir con la cabeza.

—Verá, en la estación de... ¿cómo se llamaba la ciudad? Bueno, no importa. En esa estación, entre dos andenes, hay otro invisible: el andén nueve y tres cuartos. Solo pueden acceder a él los magos y te lleva a un lugar increíble. Bien visto, también el 29 de febrero tiene su universo secreto. Un mundo aparte, intrigante y un poco mágico, cuya entrada está reservada a quienes nacen el 29 de febrero. El día de su cumpleaños que no existe los demás años solo les pasan cosas buenas. Uno se puede imaginar lo que sea. Los años bisiestos comparten el día con los demás como si nada. Pero los tres años siguientes, mientras que todo el mundo cree que su cumpleaños se acaba antes incluso de haber empezado, asfixiado entre el 28 de febrero y el 1 de marzo, se cuelan en plena noche, entre la undécima y la duodécima campanada de medianoche, para vivir un día que solo les pertenece a ellos. Al contrario de lo que se suele pensar, los que nacen el 29 de febrero son afortunados. Ojalá me hubiera pasado a mí. Mi mujer está esperando nuestro primer hijo, pero es para el mes de julio. Así que imposible que nazca hoy. Es una lástima. Bueno, me voy.

—Adiós. Que pase un buen día. Y gracias por su buen humor.

—¡Por favor! En la vida vale más reír que llorar. Que tenga un buen día.

Cierro la puerta. Thérèse se acerca a mí.

—¿Quién era?

—Un ángel disfrazado de repartidor, creo.

Casi se me olvida abrir los paquetes. La emprendo con el primero, el más voluminoso. Desmonto el cartón siguiendo las indicaciones. Contiene un espléndido ramo de rosas de una blancura virginal. Hundo la nariz entre los pétalos entreabiertos y aspiro el delicado perfume con los ojos cerrados. Cojo el segundo paquete. Está envuelto

en papel de estraza negro y marrón. Lo quito con cuidado, empezando por despegar la etiqueta redonda que sujeta el pliegue. Me encuentro con una enorme caja de bombones. Son mi debilidad. Me apresuro a abrirla. El velo de papel glasé cruje y se arruga bajo mis dedos. Admiro las filas perfectamente dispuestas y respiro el apetitoso aroma. Percibo el toque de las avellanas y las almendras tostadas. Cojo un bombón con la cúpula lisa y lo pruebo. Pralinés: mis bombones favoritos... Adivino el remitente antes incluso de leer la tarjeta que acompaña a los paquetes. En las flores en honor de su ahijada Thaïs, en los bombones para darme ánimos, reconozco la delicadeza y la generosidad de mi hermana Amicie. No es la primera en dar señales de vida hoy. Mis padres han llamado a primera hora de la mañana. Un poco más tarde, mi hermana mayor me ha dejado un cariñoso mensaje. Me imagino que Loïc también habrá recibido las llamadas de su familia. ¡Todos significan tanto para nosotros...! Y sabemos que podemos contar con ellos, tanto en los buenos momentos como en la desgracia.

Jamás hubiera podido imaginar unos padres más abnegados que los nuestros. Se pusieron de acuerdo para ayudarnos mejor. En Marsella estuvieron cuatro meses turnándose con nosotros. Luego siguieron disponibles ante la más mínima señal de socorro. Siempre estaban ahí, cruzando Francia para acudir en nuestro auxilio. No les importaban ni los kilómetros, ni el cansancio, ni la edad, ni la preocupación. Nada les obligaba a ello, pero lo hicieron por amor a nosotros y a ella. Aguantaron nuestro malhumor, nuestra angustia, nuestro mutismo, nuestra ingratitud. O, al menos, la mía. Porque durante mucho tiempo acepté mal sus lágrimas, más abundantes que las mías. Me cuesta decirlo sin avergonzarme. Sabía que no era la única que sufría, pero estaba convencida de que solo era legítimo mi dolor, el dolor de una madre.

Desde la enfermedad de Thaïs nuestras familias forman una sola. Nuestros respectivos padres se han acercado aún más. Ya tenían muchas cosas en común. Entablaron una nueva relación, unidos por un fuerte vínculo: la prueba. Una prueba doble por el dolor compartido: cargan con el suyo y con el nuestro. Viven el dolor de ver morir a su nieta y el de ver sufrir a sus hijos. Creo que a menudo nos olvidamos del dolor de los abuelos. Y más aún del de los bisabuelos. Mi querida abuelita me reveló que, en la desgracia, cada eslabón de la generación anterior conoce un dolor extra. Por eso, con la muerte de Thaïs lloró tres veces: una por su bisnieta, otra por sus nietos, otra por sus hijos. Y quiero creer que en los acontecimientos felices se alegra tres veces más.

Tardé en comprender que, en esta prueba, no tenía el monopolio del dolor. Igual que no tengo el monopolio de la felicidad. Nadie posee la exclusiva de las risas y las lágrimas. Jamás deberíamos permitir que los demás nos dictaran nuestro modo de expresarlos. Porque cada uno manifiesta sus sentimientos según su carácter, según sus fortalezas y sus debilidades, según su historia y su sensibilidad.

NO SÉ CÓMO ME HE PODIDO OLVIDAR. Precisamente hoy. Sin embargo, esta mañana he cruzado el salón varias veces y no me he dado cuenta. En ese instante la infracción se me hace patente. En el rincón de la habitación, la pequeña consola barnizada de gris sigue a oscuras. Se distingue un sencillo libro colocado sobre un caballete labrado. Tiene el canto ligeramente amarillento y las páginas, acartonadas. Se trata de una edición antigua. Ha visto transcurrir todo el siglo pasado. Ignoro su precio, pero sí conozco su valor sentimental. Reside en el propio título, cuyas cinco letras negras destacan sobre la portada, antaño más clara: *Thaïs*. La obra está firmada por Anatole France. Narra en verso la historia de santa Thaïs, una cortesana egipcia del siglo IV de una belleza incomparable, convertida por un monje anacoreta llamado Pafnucio. A pesar de su excelente estilo, no está considerada una obra maestra de la abundante literatura francesa. No obstante, no ha pasado inadvertida a mis ojos. Y si el nombre de Pafnucio ha caído en desuso, el de Thaïs ha sobrevivido más de mil seiscientos años para acabar grabado en mi corazón.

El libro exhibido de ese modo es la única alusión a mi querida hija. Delante del expositor tan solo hemos colocado un pequeño portavelas de cristal decorado con un sencillo pájaro con las alas desplegadas. Todos los días enciendo una velita redonda de cera blanca, de esas que se compran en paquetes de cien. La coloco en el centro del portavelas y la dejo arder todo el día. Todos los días. Menos hoy. Se me ha olvidado. Todavía estoy a tiempo de subsanar el descuido. Voy a buscar la caja de cerillas y la bolsa transparente donde guardo las velas. Está casi vacía. Mis reservas se agotan a toda velocidad. Elijo una de las que quedan, froto una cerilla, enciendo la pequeña mecha, espero unos segundos a que gotee la cera. Cojo con cuidado el portavelas. El cuello del vaso está ligeramente ennegrecido por el humo de los días anteriores. Lo limpio con la yema del dedo. Dejo la vela y veo cómo una suave luz ilumina el entorno. Las letras del libro, en segundo plano, bailan bajo el resplandor de la llama. La *Thaïs* de Anatole France parece cobrar vida. La mía ya no está, pero este ritual honra su memoria y le permite seguir brillando.

—Mamá, has encendido la vela de Thaïs sin mí.

Arthur ha llegado demasiado tarde. Está decepcionado. Le encanta soplar la cerilla y ver cómo se apaga la pequeña brasa incandescente.

—Lo siento, Arthur. Mañana lo hacemos juntos, ¿vale? De hecho, hoy deberíamos encender más velas para Thaïs, porque es su cumpleaños.

—¿Es su cumpleaños? ¿Los muertos cumplen años? Yo nunca he visto el

cumpleaños de Thaïs. Y nunca he visto a Thaïs.

Arthur hace un pequeño mohín de disgusto antes de dominarse y decir sonriendo:

—A Thaïs no la veo, pero sí la conozco.

Arthur tiene razón. Conoce a Thaïs desde sus primeros días de vida. Gracias a nosotros. Y gracias sobre todo a Gaspard.

Fue hace tres años, pero lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Unos segundos más y habré llegado. Me apresuro a cruzar el umbral de mi casa. Mi carga no pesa mucho, pero es preciosa. Loïc me ha dejado en la puerta del edificio; ha ido a guardar el coche en el garaje antes de reunirse conmigo con el resto del equipaje. Todavía no tengo demasiadas fuerzas: las suficientes para llegar a casa. Delante de la puerta hurgo en el bolso, echando pestes porque nunca encuentro lo que busco, y termino sacando las llaves. Abro soltando un suspiro de alivio. «¡Uf! He llegado». ¡Qué gusto estar en casa! Al entrar, casi tropiezo con Gaspard, que está de pie justo detrás de la puerta. Me está esperando ahí como un clavo, sonriente, con la cara, las manos y las rodillas cubiertas de barro. Bajo la mirada y me fijo en sus pies, con las zapatillas de tacos empapadas manchando el parqué. Estamos a miércoles. Gaspard acaba de llegar de su entrenamiento de rugby. No le ha dado tiempo a cambiarse por temor a perderse nuestra llegada. Se retuerce los dedos con nerviosismo. Duda antes de hablar y luego suelta sin respirar:

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? ¿Puedo cogerlo en brazos?

Estrecho contra mí el pequeño capacho en el que dormita Arthur. Acabo de salir del hospital con mi bebé, todo sonrosado y limpio.

—Bueno, esto... no sé si es una buena idea. Nunca has cogido a un bebé en brazos. Es muy pequeño y muy frágil. Y, además, estás mojado y cubierto de barro. Quizá no sea el momento...

No me atrevo a decirle que me da miedo confiarle a mi niño. Gaspard todavía no ha cumplido siete años. Está más acostumbrado a placar a sus adversarios en un campo de rugby y a hacer ensayos aplastando el balón con su peso que a coger en brazos a un recién nacido.

—De todas formas me gustaría cogerlo, por favor.

—Vale, pero siéntate.

—No, imposible. Quiero enseñarle la casa. Soy su hermano mayor. Quiero hacerle un recibimiento.

El argumento acaba con mi reticencia. Cedo a las expectativas de Gaspard. Puede coger a su hermano pequeño si va a cambiarse y se lava de arriba abajo. Gaspard sale corriendo hacia el cuarto de baño. Sus alegres silbidos ocultan el sonido del agua que corre. Al cabo de unos minutos, vuelve a aparecer como los chorros del oro, vestido igual que un lord. Va tan arreglado que hasta se ha pasado un cepillo por su pelo rebelde.

Extiende los brazos hacia Arthur moviendo los dedos.

—Ya está, mamá, ya puedes dejármelo.

Todavía dudo un poco. Todos los días hago un esfuerzo por fiarme. Lo mismo hoy. Así que le confío a Gaspard a su hermano, sin resistirme a soltar una retahíla de recomendaciones. «Cuidado con la cabeza, ponle la mano en la espalda, no corras mientras lo tienes en brazos, no hagas movimientos bruscos, no le grites al oído, no lo sueltes». ¡Qué difícil es controlar la inquietud de una madre! Gaspard no se altera y acoge a Arthur entre sus brazos con mucho cuidado. Le habla bajito y comienza la visita. Voy detrás pisándole los talones, siguiéndolo de cerca y conteniéndome para no intervenir. Gaspard entra en el cuarto que van a compartir Arthur y Azylis. Le describe la cuna antigua y el fino velo que cuelga de ella, el cambiador cargado de artículos de aseo. Le explica que la cama de barrotes que hay en el rincón opuesto es de Azylis, igual que todas las cosas rosas de la habitación. Sale del cuarto y pasa al contiguo. La puerta está cerrada. Gaspard no la abre.

—Este es mi cuarto, Arthur. Es un cuarto de mayor con juguetes de mayor. Tú no puedes entrar. Es más: mira.

Gaspard se agacha. En la parte inferior de la puerta, casi a ras de suelo, ha pegado una señal de prohibido. La señala con el dedo y dice:

—Mira, está escrito aquí. No podrás decir que no te he avisado. Si quieres entrar, tienes que pedírmelo.

Me aganto la risa. ¡Gaspard todavía tiene mucho que aprender acerca de los niños y de sus capacidades! La visita alrededor de la casa prosigue en la misma línea, pasando rápidamente por algunas habitaciones que considera poco interesantes para su hermanito: los cuartos de baño, donde están sus pañales; la cocina, donde le daré de mamar. Concluye en el salón y se sienta en el sofá. Se instala cómodamente, con la espalda bien apoyada en el respaldo y un cojín bajo el brazo que sostiene a Arthur. Me acerco para recuperar al niño.

—Espera, que no he terminado. Ahora me gustaría decirle unas cuantas cosas. ¿Puedes salir y dejarnos a los dos hermanos solos, mamá?

No sé qué hacer. Me intriga la petición de Gaspard. Es evidente que sobro. Así que salgo de la habitación, pero me quedo en la entrada, al alcance de su voz. Tengo curiosidad por saber qué es lo que van a compartir.

Gaspard carraspea, se recoloca a Arthur en el hueco de su brazo y le dice muy serio:

—Ahora ya conoces la casa. Y a nuestra familia. A papá y a mamá los has visto nada más nacer. Luego Azylis y yo fuimos a verte con Thérèse. Esta es tu familia, pero hay alguien más a quien no puedes ver. En realidad, nadie puede verla. Es Thaïs. Está

muerta. ¿Sabes qué quiere decir muerto? (Silencio). Bueno, si no lo sabes, no pasa nada. Thaïs es tu hermana, mayor que Azylis, pero más pequeña que yo. Te voy a contar su vida para que la conozcas.

Apoyo todo mi peso contra la pared para no tambalearme. Yo todavía no he pronunciado el nombre de Thaïs delante de Arthur. No me he atrevido. Ahora escucho y bebo las palabras de Gaspard. Habla despacio. Recuerda el nacimiento de Thaïs, su alegría por tener una hermana pequeña y, al mismo tiempo, el miedo a que le robe nuestro cariño. Reconstruye sus dos primeros años, los de felicidad plena. Le revela todas las travesuras que hicieron juntos y las que hizo ella sola. Me entero de cosas que no sabía. Sonríe imaginándome a mi hija escalando una silla colocada encima de una banqueta para llegar al bote de caramelos, o sumergiendo un libro en el agua azulada del retrete para limpiar los garabatos con un cepillo de uñas. Gaspard le enumera sus sesiones de escondite y los sitios insólitos que encontraba Thaïs: la lavadora, debajo del árbol de Navidad, el cubo de la basura... Ríe mientras lo cuenta. Luego su tono se hace más grave. Se refiere a la noticia de su enfermedad, se vuelve a sumergir en nuestras lágrimas. Después describe los síntomas y la degradación del estado de su hermana. Detalla sin falsos pudores sus limitaciones, sus problemas, todo lo que perdió. Al mismo tiempo, describe su complicidad, sus juegos, sus secretos, sus carcajadas, sus abrazos. Habla de la niña pequeña que fue hasta su último día de vida, hasta su último suspiro: su alegría, su confianza, su sonrisa, su forma de querer, su corazón limpio, su alma de niña. Y termina con esta frase insólita, inolvidable:

—¿Lo ves, Arthur? Thaïs tuvo una vida bonita.

No se oye un solo ruido: solo la voz de Gaspard, nítida en medio del silencio. Creo que no he respirado mientras escuchaba su relato. He forzado una apnea para que mi aliento no me impida oír. Ahora contengo los sollozos y dejo correr mis lágrimas en silencio. Muy bajito, repito: «Thaïs tuvo una vida bonita». Nunca me he atrevido a decirlo. Tenía miedo de que me tomaran por rara o por loca. Gaspard lo ha dicho de un modo sencillo, meridiano. Y es cierto. Thaïs tuvo una vida bonita.

Una vida bonita... Y, sin embargo, lejos de cuanto uno podría imaginar. Lejos de los caminos trazados que nos invitan a crecer, a avanzar deprisa, a hacernos viejos. Que nos empujan a desarrollar nuestras aptitudes, a perfeccionar nuestras competencias, a incrementar nuestras experiencias. La vida de Thaïs fue a contracorriente. A la edad en que los niños multiplican sus conocimientos, Thaïs empezó a retroceder. Poco después de los dos años y de su memorable cumpleaños, su estado empeoró sin remedio. Durante los meses siguientes dejó de andar, perdió el oído, el habla, la vista, la motricidad. Antes

de Navidad había llegado a la fase terminal de su enfermedad.

Recuerdo el comentario de un sanitario que me avisó: «Al final de su vida, su hija no será más que un corazón palpitante». En ese momento la frase me pareció siniestra. Daba a entender todas las pérdidas a las que tendríamos que hacer frente; insinuaba todo lo que ya no existiría. Empequeñecía a Thaïs hasta reducirla a los meros latidos involuntarios de su corazón. Hoy reinterpreto este comentario a mi manera modificándolo ligeramente, para afirmar con orgullo que, efectivamente, al final de su vida era exactamente un corazón palpitante. Nada más que un corazón palpitante: no como un órgano vital que late a pesar de sí mismo, sino un corazón que late como símbolo vivo y universal del amor. Sí, durante sus últimos meses de vida Thaïs se limitó a amar y ser amada. Con apenas tres años, perdió mucho para ganar aún más, alimentada con tanto amor recibido y enriquecida por tanto amor entregado.

Es ese corazón palpitante el que conoce Arthur a través de lo que le contamos de ella. Y a través de lo que él mismo conoce en el fondo de su corazón.

LOS HOMBRES, SIN DUDA, NO SE DAN CUENTA, PERO EL MAQUILLAJE es un arte todo sutileza. Iluminar la tez, intensificar la mirada, subrayar el bucle de la boca, borrar las imperfecciones; y hacerlo sin que se note. Cada una tenemos nuestros hábitos, nuestros pequeños trucos. Hoy no me voy a pasar mucho tiempo delante del espejo. Tan solo unos instantes para un trazo de lápiz negro, unos gramos de polvos, un toque de rojo en los labios, una gota de perfume empolvado. Tengo una cita con un hombre que me conoce y me quiere sin artificios. Un hombre al que no puedo ocultar nada. Un hombre con el que comparto penas y alegrías. Loïc. El hombre de mi vida desde hace trece años. Y por mucho tiempo más.

Vuelvo a aquella noche. Una de las más cortas del año, una de las más densas también: la víspera del solsticio de verano. Una noche mágica que comienza festivamente. Damien, un amigo de la infancia, ha organizado una gran velada, sin otro motivo que el placer de reunirnos a todos antes de la trashumancia estival. El lugar de reunión elegido es nuestra región común, Berry, en el centro del Hexágono. Ha invitado a los habituales, los inseparables, los incondicionales, y a otros que no conozco. Esa noche de junio todos somos jóvenes, despreocupados y felices. Y privilegiados también, porque hasta ese momento el dolor nos ha esquivado.

La fiesta transcurre de maravilla. Tengo veinticinco años, mi vida es tan ligera como mi paso, bailo, bailo y bailo. Hasta aturdirme. Casi sin aliento, con las mejillas arboladas, salgo de la casa, en plena efervescencia, buscando el fresco del jardín. Fuera todo está tranquilo. Unos cuantos charlan alrededor de las mesas iluminadas con farolillos de colores. Tomo asiento sola, un poco apartada, para saborear un instante de calma. Hasta mí llegan amortiguadas las notas de las conversaciones, interrumpidas por las carcajadas.

Tres amigos se reúnen conmigo, seguidos de un joven al que no conozco. Me cuentan su reciente estancia en Italia. Yo habría estado de viaje si no fuera porque una serie de imprevistos decidieron lo contrario. La conversación me fastidia un poco. Tomo parte en ella con un punto de resquemor. Sentado a nuestra mesa, el desconocido no parece prestar atención a nuestra charla. Y, sin embargo, le escucho decir:

—¿Te gustaría ir a Italia?

—Me encantaría.

—Algún día te llevaré.

El diálogo se detiene ahí. No he dicho más que una palabra, pero la cabeza me da vueltas y el corazón me late fuerte. Olvido los ruidos de la fiesta y el tañido de las

flautas, las conversaciones a mi alrededor y la suavidad de la noche, la luna llena y las estrellas centelleantes. Lo único que importa es esa mirada incandescente, desconocida hasta entonces, que se clava en mí bajo el manto de la noche y de la que no me puedo despegar. En ese instante, en el tiempo que tarda un arco en destensarse y lanzar la flecha, sé que seguiré a ese hombre hasta el fin del mundo.

Fue, indiscutiblemente, lo que llaman un flechazo. Y me sucedió a mí, que no creía en esas cosas; o que, al menos, las tildaba de sandeces. No veía en él más que la versión romántica de un encuentro, que solo servía para alimentar los cuentos de hadas y hacer soñar a las chicas sentimentales. Tampoco creía en los príncipes azules, demasiado perfectos para ser reales. Y sin embargo... Solo hizo falta una mirada para que Loïc conquistara mi corazón. El suyo tampoco se resistió mucho tiempo. Ese amor debía durar para siempre. Porque era compartido, porque era auténtico, porque era patente. Porque era necesario.

Llevados de esta certeza y locamente enamorados, unimos nuestras vidas ante el altar, apenas un año después de nuestro primer encuentro. Era el principio de un *happy end*: viviríamos felices y tendríamos muchos hijos. Todo cuadraba: nuestro amor perfecto, el nacimiento de nuestro hijo Gaspard y, dos años más tarde, el de Thaïs. Nuestra vida en común no conocía ni la tempestad ni la lluvia. Hasta esa tarde de agosto; hasta esa playa de Bretaña; hasta ese extraño pasito de Thaïs. Hasta ese grano de arena en la maquinaria de nuestra felicidad, hasta ese aluvión en nuestro río largo y tranquilo.

No hace falta consultar las estadísticas para comprender que, con demasiada frecuencia, la enfermedad de un niño anuncia la muerte de un matrimonio. El nuestro no tenía por qué ser la excepción a la regla. Loïc y yo estábamos hechos para ser felices juntos, no para sufrir. Aun así, ante el anuncio de la leucodistrofia de Thaïs, nuestra primera reacción fue creer que nuestra unión no sería víctima de las circunstancias. Estábamos seguros de nuestro amor.

Pero ¿basta con quererse para resistir la tormenta? ¿Basta con estar seguro de la existencia de un sentimiento para no temer que se vaya a pique? No lo creo; o, mejor dicho: ya no lo creo. Convencidos de que nuestro matrimonio se salvaría de la prueba, no le prestamos atención. Éramos ante todo padres, auxiliares de clínica y también enfermeros, olvidándonos de ser amantes. Así, sin graves crisis ni discusiones sonadas, nos alejamos el uno del otro. Loïc, como buen marino bretón, conoce el peligro de la deriva silenciosa. Pobre del capitán que, demasiado seguro de sí mismo, se adormece al timón y pierde lentamente el rumbo, poco a poco, sin siquiera notarlo. Pobres de los amantes que, demasiado confiados en sus sentimientos, dejan de mirar en la misma dirección, sin siquiera darse cuenta.

Una mañana, Loïc y yo nos despertamos, uno al lado del otro, como dos extraños. Durante muchos meses nos habíamos olvidado de pasar tiempo juntos, de cuidar el uno del otro, de escucharnos. De querernos.

La constatación fue dolorosa, y fuerte la tentación de capitular: no nos sentíamos capaces de navegar contra el viento para volver a empezar juntos. Un comentario que habíamos leído hacía tiempo nos hizo reconsiderar la situación: con ocasión de sus bodas de platino, en las que celebraba sus sesenta y cinco años de vida en común, le preguntaron a un matrimonio cuál era el secreto de su longevidad. Casi sorprendida por la pregunta, la mujer de cabello canoso, con el rostro surcado de arrugas, respondió con naturalidad:

—Nacimos en un mundo en el que, cuando algo se estropeaba, no se tiraba: se arreglaba.

Nosotros quisimos seguir creyendo en ese mundo. Nuestra embarcación hacía agua: no íbamos a dejarla naufragar. Taponaríamos la brecha, achicaríamos el agua. Actuaríamos para salvar nuestro matrimonio.

¿Qué quedaba aún de nuestro flechazo? Una chispa: una chispa muy pequeña, sí; pero, aun así, una promesa de calor, de consuelo, de luz. De nosotros dependía dejarla morir o alimentarla para que mostrara todo su potencial. Ese día decidimos hacer todo lo posible para que ese amor reviviera. Me sentía de alguna manera como el hombre de Cro-Magnon que descubre el fuego y enseguida se dedica a alimentarlo. Nos hicimos responsables de esa llama caída del cielo. La llama que nos unió.

Nuestro matrimonio es el punto de equilibrio de nuestra familia. Ahora se ha convertido en nuestra principal preocupación. Recuerdo aquella tarde de primavera. Loïc y yo habíamos decidido hacer una escapada de unas horas, lejos de casa, para respirar y coger fuerzas. Las semanas anteriores habían sido complicadas y agotadoras. Las cosas no iban demasiado bien entre nosotros. Queríamos disfrutar de la suavidad de los primeros rayos del sol para dar un paseo romántico. Loïc había venido a comer. Acabábamos de terminar y nos disponíamos a salir, dejando a las niñas en las buenas manos de Thérèse, cuando llegó la enfermera para su visita diaria. Después de pasar unos minutos junto a Thaïs, se reunió con nosotros en el salón, donde estaba acabando de prepararme, y nos dijo:

—Thaïs no está mejor hoy. Su ritmo cardíaco y su respiración son inestables.

—¿Cree usted que es grave? —preguntó Loïc.

—No lo sé. Quizá no, pero no estoy muy segura. Veo que van a salir. ¿No prefieren quedarse?

—Escuche —me sinceré—: sé que no es muy oportuno, pero las cosas entre nosotros no van demasiado bien. Necesitamos salir de aquí y estar los dos solos. No nos vamos

lejos ni por mucho tiempo: solo el necesario para airearnos juntos.

—Lo comprendo muy bien —nos dijo ella sin vacilar—. Hacen bien en cuidarse. Yo me quedo con Thaïs lo que dure su escapada. Venga, váyanse tranquilos. Confíen en mí. Les aviso si pasa cualquier cosa. ¡Que disfruten del paseo! ¡Aprovechen!

Nos fuimos tranquilos. Cuando regresamos, Thaïs estaba mejor. Y nosotros, también.

Hoy estoy segura de una cosa: amarse toda la vida depende de una decisión constantemente renovada. Con flechazo o sin él. Una decisión que implica muchos actos. Porque el amor se alimenta de obras. Más de una vez han invitado a Loïc a dar testimonio conmigo. Durante una de esas intervenciones, alguien le preguntó cómo era posible que nuestra unión hubiese resistido. Loïc contestó sin vacilar:

—Nuestro matrimonio se sostiene... ¡de momento!

¡Cuál sería mi sorpresa, por no decir mi estupor, al escuchar su respuesta! Podía interpretarse como el principio de una confesión, o más bien el final de una historia. Regalándome una mirada divertida y una sonrisa tranquilizadora, Loïc prosiguió:

—Esta mañana, al levantarme, he decidido amar a mi mujer. Amarla hoy, nada más que hoy. Y, cuando suenen las doce campanadas de medianoche, renovaré esa decisión para el día siguiente. Y volveré a hacerlo así todos los días de mi vida.

Sí. Si el amor es una inclinación del corazón, un latido que no se controla, amar es una decisión, un aprendizaje diario.

EL AROMA DE LAS MEJORES PATATAS GRATINADAS DEL MUNDO, las de Thérèse, perfuma la cocina. Se deshacen, son jugosas, reconfortan. Casi lamento mi decisión de comer en el centro... Thérèse me ha revelado su receta en más de una ocasión, pero nunca he conseguido repetirla igual. Sigo fielmente los ingredientes, respeto la cronología de los gestos y el tiempo de cocción. No hay manera.

Thérèse, Azylis y Arthur ya están instalados alrededor de la mesa. Como buen conocedor, Arthur no ha esperado para pedir doble ración. Engulle abundantes cucharadas que acompaña con comentarios festivos. A su lado, el plato de Azylis da ganas de llorar. Está casi vacío. Azylis ya no come mucho. Estos últimos meses hemos visto disminuir su apetito y eternizarse las comidas. Desde el momento en que comenzó a perder peso, no lo dudamos. Ni un instante. Ni una vez. Consultamos con su médico para que le practicara una gastrostomía. Creo que el equipo de neurología jamás ha visto tanta determinación para pedir una intervención tan temida por las familias. Nosotros la conocemos. Vivimos la experiencia con Thaïs, en condiciones mucho más graves. La otra vez dimos demasiados rodeos. Para Thaïs cada bocado se volvió peligroso. Podría conducir a un destino fatal si el alimento se introducía en las vías respiratorias. El estado de Thaïs era crítico y no éramos conscientes. No éramos conscientes porque no queríamos ese sistema de alimentación artificial. No queríamos aceptar el deterioro de nuestra hija. No obstante, no se vislumbraba ninguna mejora natural. Entonces, a regañadientes, nos decidimos por la gastrostomía. Y no lamentamos la decisión. Thaïs no tardó en ganar fuerzas y kilos. Las comidas volvieron a convertirse en un agradable rato en familia.

La experiencia nos hizo no esperar en el caso de Azylis. Nos adelantamos para no actuar bajo la presión de una situación crítica. Azylis necesita fuerzas y calorías para crecer y desarrollarse. La alimentación por gastrostomía le aporta todo lo que necesita sin que tenga que hacer el más mínimo esfuerzo. Se administra directamente dentro del estómago gracias a la instalación de un «botón» al que se conecta una bolsa de leche especialmente preparada. Es práctico, discreto e indoloro. Los primeros días Arthur creía que conectábamos el tubo al ombligo de su hermana. Intentaba en vano hacer lo mismo y se desesperaba porque no lo conseguía, convencido de que su ombligo estaba estropeado. Entonces Gaspard le explicó el funcionamiento de la gastrostomía recordando la de Thaïs. Arthur puso cara de que lo entendía y dijo:

—¡Ah, vale! Es que es para niñas...

Azylis sigue sentándose a la mesa con nosotros porque conserva el apetito. Continúa

comiendo un poco, pero solo lo que le gusta. Coditos, fritos, quesitos gruyer, crema de untar... ¡La composición de sus menús haría poner el grito en el cielo a los nutricionistas y a los especialistas en alimentación!

Thérèse está ocupada cortando las rodajas de patata en pedacitos que luego aplasta con los dientes de un tenedor. Azylis traga lentamente cada bocado. Le doy un beso. Después me acerco a Arthur y no resisto la tentación de picar unas migajas de patatas de su plato. Él frunce el ceño para mostrar su desaprobación. Le doy un beso a él también.

—Buen provecho, hijo. Hasta luego.

—¿Dónde vas?

—A comer con papá.

—¿Y no te has puesto un vestido brillante de princesa?

—No, hoy no.

Sonríó al imaginarme entrando en el restaurante vestida como Cenicienta para el baile. ¿Y por qué no la próxima vez?

Ya está aquí el ascensor. Me meto dentro, pulso el botón del bajo y luego muevo el dedo mecánicamente hacia otra tecla antes de detener el gesto. Iba a apretar el botón que cierra las puertas sobre la marcha. La que tiene dos flechas que convergen una frente a otra. ¿Por qué me va la vida en que el ascensor eche a andar más deprisa? No me sirve de nada ganar unos segundos. No tengo prisa; no llego tarde. Pero es más fuerte que yo.

Hace poco leí que es precisamente ese botón el que más se usa en los ascensores; más aún que el que ordena que las puertas se queden abiertas unos instantes más, el tiempo de permitir que entren otras personas. No soportamos esperar. Las horas del día deben ser eficientes. Por eso los momentos de transición no tienen ningún interés para nosotros. Nos imponen una inactividad insoportable. Queremos acortarlos lo más posible o llenarlos para hacerlos rentables. Hace unos años decidí, a ejemplo de Thérèse, dejar de correr detrás del tiempo, relajar la permanente tensión que me inflijo inconscientemente. Thérèse sabe vivir así de forma instintiva. Ese modo de relativizar el tiempo, de no contarle nunca, procede de su tierra africana, de sus raíces senegalesas. No es esclava de las horas. Vive cada instante como viene y lo valora como lo que es: un instante de vida. Yo, al igual que ella, quiero perder el tiempo en vivir, y vivir el momento presente. Pero la piel de los reflejos es dura. ¡Cuántas veces, a la pregunta «¿qué haces?», habré contestado suspirando con impaciencia: «Nada. Espero»! ¿Cómo puedo pensar así? Esperar no es no hacer nada. ¿Hay algún instante en la vida en el que no hagamos nada? ¿Nada de nada? ¿Ni siquiera pensar? En algún momento podremos decirnos que no estamos haciendo nada tangible, concreto, valioso. Y, sin embargo, me encantan esos instantes privilegiados, porque me proporcionan el lujo de una aparente inactividad.

NO VOY MUY LEJOS. Loïc y yo hemos quedado en el distrito vecino, en un lugar cargado para nosotros de recuerdos. Para llegar a él, el medio de transporte más rápido sería el metro, pero prefiero coger un autobús. El aire es fresco, cortante, tonificante. Los rayos del sol suavizan la atmósfera. Da la impresión de que podría nevar. Tengo ganas de callejear y de regalarme una breve visita de París. El trayecto en autobús será perfecto.

Elijo un sitio en el sentido de la marcha, junto a la ventana. Me siento, coloco el bolso encima de las rodillas y pego la frente al cristal helado. Debajo de mi asiento, un ventilador obsoleto emite todo el aire de que es capaz. La señora de al lado, que ya es mayor, se queja. Tiene miedo de que ese calor sea nocivo para la circulación de sus piernas. Prefiere cambiarse de sitio.

Parada tras parada, el autobús va atravesando mi distrito. No me aburro. En silencio, doy gracias al que trazó el itinerario, quizá sin salir de su despacho, por no haber elegido el camino más corto. Los ejes principales tienen menos encanto que las calles secundarias. Mi mirada se pierde más allá de las calles empedradas, de las aceras, de las fachadas de los edificios. El rostro de una mujer joven se cuela en mis pensamientos. No sé cómo se llama. De hecho, no sé nada de ella. La conocí anoche, después de una conferencia. Tras escuchar mi testimonio, de pie, emocionada y agarrada al micrófono, pidió la palabra. Con voz ligeramente aguda, dijo: «¿Cómo lo ha hecho usted? ¿Cómo ha soportado esa prueba? ¿Es usted una *superwoman*? ¿Tiene una receta mágica? No hay nada que me dé más miedo que la enfermedad y la muerte de mi hijo. No sería capaz de vivirlo como usted. Y creo que, después de eso, no sería capaz ni siquiera de vivir». ¡Qué bien comprendo sus preguntas y su angustia! Antes lo fueron más, poco antes de toda esta aventura.

Recuerdo un comentario que me hicieron como explicación del drama que se había abatido sobre nosotros:

—Os pasó a vosotros porque teníais las fuerzas para sobrellevarlo.

¿Realmente es así? ¿Las pruebas se reparten en función de nuestras aptitudes para vivirlas? En tal caso, y lo digo sin rodeos, habría preferido ser incapaz de vencer la más mínima dificultad. Sí, habría preferido carecer de fuerzas y conservar a mi princesita junto a mí toda la vida. He reflexionado mucho sobre este comentario y he concluido que no creo que nuestras capacidades nos expongan a sufrir en proporción a esta o aquella prueba.

No poseo ninguna aptitud en particular. No me han cortado con el patrón de

superwoman. Tampoco Loïc tiene un traje de superhéroe. Ni él ni yo tenemos nada de excepcional. No obstante, igual que todo el mundo, poseemos unas fuerzas insospechadas. De hecho, estoy profundamente convencida de que todos poseemos capacidades que ignoramos. Un valor, una resistencia, un aguante que no conocemos. En circunstancias extraordinarias somos capaces de fuerzas extraordinarias. Sacamos de dentro de nosotros lo que necesitamos. Y nuestros recursos son mucho más ricos de lo que pensamos.

De ello dan fe las víctimas de las catástrofes naturales. Los terremotos, las riadas, las erupciones volcánicas son fenómenos que golpean a ciegas y afectan a poblaciones en masa. Nadie ha reunido previamente a los más valientes en el mismo sitio. Y, sin embargo, ¿cuánta gente se supera a sí misma para sobrevivir? Se olvidan del miedo, del dolor y de sus limitaciones para obedecer a un único sentimiento: el amor a la vida, motor eficaz del instinto de supervivencia. Fijaos en las madres que corren hasta la extenuación con sus hijos en brazos, en los hombres que levantan pesos descomunales para salvar a los suyos, en los niños que resisten días y noches el hambre y la sed, en las familias que reconstruyen su hábitat en ruinas y reedifican su vida sin gemir. En la tranquilidad del día a día, esta gente no tiene nada de increíble. Pero el hombre, enfrentado a lo peor, es capaz de mostrar lo mejor que hay en él.

También yo soy superviviente de un tsunami. Todavía bajo la impresión de la catástrofe, aturdida por todos los esfuerzos desplegados, convaleciente de tanto cansancio acumulado. Me he pasado meses viviendo más allá de mis límites para hacer frente a una situación inédita. Hasta entonces había disfrutado de la comodidad de emplear un tiempo bien medido, siempre había llevado mal la falta de sueño y no soportaba los hospitales. Todo eso lo olvidé. He perdido la cuenta de las noches en blanco, de los días enteros en los servicios hospitalarios, de los cambios de ritmo, de los golpes encajados. Durante todo ese tiempo, libré una batalla en dos frentes, en dos empresas distintas: por un lado, añadir vida a los días de Thaïs; por otro, añadir días a la vida de Azylis. Y continuar viviendo. Me dejé zarandear por la incesante resaca de las olas: a menudo tragué agua, perdí pie más de una vez, pero siempre regresé a la superficie.

Hoy, cuando me preguntan cómo hice para afrontar todo esto, respondo con absoluta sinceridad: «No lo sé». Como tantos otros, temía a la enfermedad. Como tantos otros, estaba convencida de que no sobreviviría a la muerte de un hijo. Mi primera reacción ante la noticia de la dolencia de Thaïs fue el asombro: el de constatar que yo aún seguía con vida. Pensaba que me fallaría el corazón, fulminado por la noticia. Tomo prestadas las palabras de Nietzsche para explicar lo impensable: «Lo que no mata fortalece». Ya que no sucumbí al diagnóstico, decidí hacerle frente. Al lanzarme a la batalla, liberé

fuerzas sobrehumanas que no presentía. Y, una vez recobrada la calma, no me abandonaron. Se volvieron silenciosas y discretas.

Por eso, cuando escucho a alguien, derrotado, sincerarse: «No soy capaz» o «yo no podría», le contesto: «Eso usted no lo sabe» o «no puede saber usted de lo que es capaz». Y le invito a invocar una fuerza, una sola: la de atreverse a creer en ella.

NUNCA SE RETRASA. Miro el reloj y aprieto un poco el paso. Me gustaría llegar antes que él para verle acercarse, observarle desde lejos sin que se dé cuenta y sentir cómo se me esponja el corazón. Doblo la esquina y entorno los ojos para distinguir la entrada del restaurante. Descubro una silueta familiar, apoyada en un *scooter*, con un casco debajo del brazo y el teléfono pegado al oído: Loïc ya está ahí. Reconozco su cazadora de cuero curtida por los años, sus vaqueros indestructibles, la barba incipiente que da sombra a sus mejillas con un tinte azulado.

Me parece lejana la época en que Loïc se ponía todas las mañanas su traje oscuro, una corbata sobria, una camisa impecable y sus zapatos lustrados. La época en que trabajaba en despachos de alto *standing* para clientes prestigiosos, la época de la consultoría. El cambio se produjo aquí mismo, en este restaurante, hace unos cuatro años.

Habíamos quedado para una comida romántica. Una comida inolvidable. Loïc ha llegado antes que yo. Observo con orgullo su porte elegante y su traje bien cortado. Al acercarme, adivino enseguida que hay algo que le inquieta. Se lee en la sombra atormentada de sus ojos y en el movimiento de su mandíbula. Guardo silencio hasta que estamos sentados a la mesa. Pide un aperitivo y se lo bebe de un trago antes de soltarme:

—Hay algo que te quiero decir.

No me gusta el nerviosismo de su voz y me temo una mala noticia. Loïc coge una profunda bocanada de aire antes de proseguir.

—Me gustaría cambiar de trabajo.

¡Uf! Si solo es eso, no hay razón para inquietarse. Su carrera ha estado muy bien definida desde que salió de la escuela de negocios. ¿Ahora quiere colmar nuevas ambiciones, formar parte de una consultora más grande u ocupar un puesto de más responsabilidad? Le miro sonriente, más tranquila.

—¡Muy buena idea! ¿Qué piensas hacer?

—Ebanistería. Quiero ser ebanista.

Dejo el vaso torpemente, sin aliento y con los ojos como platos.

—¿Ebanista? ¿Quieres ser ebanista? Es una broma, ¿no? Venga, dime de verdad en qué nuevo trabajo estás pensando.

—Ebanista.

Ya no queda el más mínimo deje de ansiedad en su voz. Loïc ha recobrado la calma mientras yo no paro de moverme en la silla.

—Después del colegio, de la selectividad y de la carrera, elegí un camino concreto,

que me condujo, como era lógico, a trabajar en una consultora. He sido muy feliz durante años, pero ahora quiero cambiar.

Escucho sus palabras, percibo la sinceridad que hay en su reflexión, pero no puedo decidirme a aceptarlo. Ese giro profesional me produce vértigo. Era lo que me faltaba. Este mes de septiembre tengo más que nunca la impresión de estar caminando a ciegas por una estrecha cornisa. El estado de Thaïs es crítico: se acerca rápidamente el final. Azylis empieza a presentar síntomas inquietantes de la enfermedad. Hace ya varios meses, he hecho un paréntesis en mi vida profesional para dedicarme más a ellas. Procuro por todos los medios continuar conectada con el mundo exterior y seguir su cadencia. No sé adónde llevará esta aventura a nuestra familia. Para mí el trabajo de Loïc representa una seguridad indispensable. Y no solamente económica. Es el cordón sanitario que evita que me tambalee. Imprime ritmo a nuestros días, a nuestras semanas. Me da tranquilidad, porque al menos en ese terreno no siento miedo, no tengo dudas. El resto de nuestra existencia me parece aleatorio. Así que ¿por qué cambiar? ¿Por qué volver a empezar de cero? ¿Y por qué hacerlo ahora, en medio de la tormenta? No oculto mis lágrimas para manifestar mi rechazo.

—Lo siento, pero no quiero que dejes tu trabajo para hacerte ebanista. ¡Es una locura! Y no quiero locuras en nuestra vida. Necesito paz y tranquilidad. El trabajo que tienes ahora me da seguridad, porque nos evita estrecheces y porque sé que eres competente. Y, además, no tienes ni idea de ebanistería.

—Aprenderé. Estudiaré lo que haga falta. Ya me he matriculado. Puedo empezar enseguida.

—Pero ¿para qué? Te gusta ser consultor, ¿no? Da la impresión de que te llena, te permite mantenernos, te proporciona un reconocimiento social. ¿Para qué te vas a hacer ebanista? Probablemente ya no tendrás nada de eso, ¿sabes? ¿No quieres conformarte con lo que tienes?

—No. Quiero ser libre.

—¿Libre de qué? ¿Del horario, de cogerte vacaciones?

—Libre. Simplemente libre.

Loïc quiere seguir su camino dejándose llevar por su inspiración, al margen de la presión económica y de la consideración social. Pero a su deseo de libertad se opone mi miedo. Mis miedos. El miedo al cambio, el miedo a lo desconocido, el miedo a no volver a estar tan orgullosa de este hombre elegante.

Cambio de táctica e intento contemporizar. Le doy largas.

—De acuerdo, pero no hay prisa. No tienes por qué decidirlo ahora. Espera a que nuestra situación familiar recobre un poco de tranquilidad. Espera a que vuelva la calma. Entonces podremos discutirlo de nuevo.

—No te preocupes, cariño. Si quieres, puedo esperar todo el tiempo que haga falta. Es verdad que no hay prisa. Lo decidiremos juntos. Pero una cosa es segura: hoy no es un día peor que mañana para cambiar. Si intentamos que se den las circunstancias ideales, corremos el riesgo de no hacer nunca nada. En este momento nuestra vida es especialmente complicada, es cierto, pero eso no nos debe paralizar. Hay que seguir viviendo, haciendo planes y poniéndolos en práctica.

Comprendo el sentido de sus argumentos y el razonamiento esbozado entre líneas. Hace más de nueve meses los médicos nos informaron de la inminente muerte de Thaïs. Era cuestión de días, de semanas quizá. Cuando volvió a casa en diciembre pasado, nadie imaginaba que en Navidad seguiría con nosotros. Y mucho menos en Pascua. Hemos pasado por muchas alarmas y temblado más de una vez, pero ella ha aguantado. Hoy nadie se aventura a hacer un pronóstico sobre el tiempo que le queda de vida. Con su inigualable franqueza, Gaspard pregunta cada cierto tiempo:

—Me habíais dicho que Thaïs se iba a morir pronto, pero todavía sigue viva. ¿Estáis totalmente seguros de que algún día se morirá?

—Sí, la cercanía de su muerte es una certeza, pero no sabemos cuándo. Ni la hora ni el día.

Al principio nos preparamos para encajar el golpe. Después reunimos todas nuestras fuerzas para mantener el frente, velándola día y noche. Hasta el agotamiento. Solo entonces bajamos los brazos y la guardia. Aceptamos no saber, no controlar. Era fuerte la tentación de paralizarse y esperar, de no hacer planes. De vivir una condena aplazada. Tuvimos que admitir que ese tiempo, esas semanas, esos meses, no eran para Thaïs un respiro, sino su vida. Y Thaïs no deseaba que pusiéramos nuestra existencia entre paréntesis todo el tiempo que durara la suya. Era para ella una pesada responsabilidad ser la causa de la inmovilidad de nuestra familia. Una responsabilidad impropia.

Por eso, la mejor manera de rendir homenaje a la vida de Thaïs era vivir la nuestra. Tuvimos el valor de irnos de vacaciones, de salir de noche, de ver a nuestros amigos, de proponernos cosas, de ir hacia adelante. De ese modo, tras la muerte de Thaïs no empezaríamos a vivir de nuevo, sino que seguiríamos viviendo. Sencillamente.

El camino profesional de Loïc se mueve en esa misma dirección: seguir viviendo. Halla eco en la cita de Oscar Wilde: «Vivir es la cosa más rara del mundo; la mayoría de la gente solo existe». Lo que siempre me ha gustado de Loïc no es su traje a la última ni sus mejillas perfectamente afeitadas, sino su libertad. Sabe vivir emancipado de las presiones sociales y de las convenciones inútiles. Le da igual el qué dirán o cómo le miren los demás. Loïc es un hombre libre. Esa libertad es un tesoro.

Necesito el tiempo de acabar de comer y el camino de vuelta a casa bajo una lluvia torrencial para madurar mis pensamientos. Le llamo refugiada bajo un portón para

decirle:

—¡Adelante! Estoy contigo. Te acompaño en este nuevo camino. Confío en ti. ¡Vive tu vida!

Cuatro años después, tengo ante mí a un ebanista satisfecho, profesional, un poco preocupado por su responsabilidad al frente de su pequeña empresa, pero feliz. Estoy orgullosa de él, más de lo que lo he estado nunca. Porque no ha elegido la comodidad, sino la libertad.

LOÏC ESTÁ ACABANDO DE HABLAR POR TELÉFONO MIENTRAS ME ACERCO. Parece absorto y tiene el ceño fruncido. Conozco esa cara: no está preocupado, sino concentrado, como el que se entrega totalmente a lo que hace. Le oigo hablar de dimensiones de armarios, de rieles para cajones. No sé si interferir en su conversación, pero no me puedo contener. Cuelga al tiempo que yo le paso el brazo por el cuello y sello sus labios con un beso. Le acaricio con la palma de la mano la barba incipiente y me dejo sorprender por su aspereza. Esta mañana a Loïc aún no le ha dado tiempo de echarme de menos, pero yo estoy feliz de verle.

Cogidos de la mano, franqueamos juntos la puerta del restaurante. Me encanta este sitio. Conserva el ambiente genuino de las grandes *brasseries* parisinas del pasado y el encanto de los años locos. Recorremos el largo pasillo que lleva de la calle al restaurante. Al pasar, lanzo una mirada furtiva a la carta exhibida en un alto atril de cobre. Huevos al plato con setas de chopo frescas, sopa de pescado de la casa, tartar al gusto, cocido: ofrece toda la buena cocina francesa tradicional, sin cursilerías ni pretensiones. De repente se me abre el apetito. Le decimos al camarero que nos recibe:

—Somos dos. Tenemos una reserva.

Nos invita a seguirle.

En el amplio comedor hay un número considerable de comensales. Todas las mesas están ocupadas. El ambiente es bullicioso, animado y cálido. Seguramente resultaría insoportable de no ser por el techo de cristal, esa majestuosa apertura al infinito. Alzo los ojos para contemplar la inmensa vidriera que deja que entren la luz y el cielo. El restaurante está dispuesto en tres niveles. Las plantas verdes recorren las balaustradas de hierro forjado. Nuestra mesa se encuentra en un extremo del primer nivel, un poco apartada. Loïc se adelanta al camarero y corre la silla de terciopelo rojo invitándome a sentarme. Luego toma asiento frente a mí y hace una seña al chico para que no se vaya lejos. Pedimos inmediatamente: lomo de buey al punto, patatas fritas y un vaso de buen vino tinto. El postre lo decidiremos más tarde, aunque a mí ya hay algo que me ronda la cabeza: guardo un buen recuerdo del bizcocho borracho casero.

Nada más sentarnos, sin ponernos de acuerdo, los dos dejamos los móviles encima de la mesa, junto a la servilleta aún doblada, antes de mirarnos, sonreír y silenciarlos, guardándolos al mismo tiempo: él en el bolsillo y yo en el bolso. No queremos que nos molesten. La hora que tenemos por delante es nuestra, solo nuestra. Loïc y yo hemos tomado la costumbre de quedar de forma regular, los dos solos. El tiempo que dura un

paseo, una comida, un cine; el tiempo sobre todo de escapar del barullo familiar y de las tensiones del trabajo. Solo queremos estar juntos. Nada más.

La conversación empieza en un tono ligero, de enamorados. Hablamos de todo un poco, de las pequeñas cosas del día a día. Y un poco de nosotros. En la mesa de al lado una pareja come en silencio. Solo se oye el entrechocar metálico de los cubiertos y el tintineo del vaso al golpear el filo del plato de porcelana blanca. Tienen la mirada baja y mastican con indolencia. No desprenden animosidad: solo un sentimiento de hastío. Su actitud revela el paso de los años en común, la costumbre, la rutina. Quizá nosotros estaríamos igual si las circunstancias de la vida no nos hubieran despertado, zarandeado. La mujer levanta la cabeza, observa el comedor a izquierda y a derecha por encima del hombro de su marido, sin detenerse en su rostro, como si fuera transparente. Nuestras miradas se cruzan. Le sonrío. Ella lanza una mirada furtiva a la mano de Loïc, entrelazada con la mía. Comprendo en su suspiro y leo en sus ojos fatigados no la tristeza, pero sí la falta de ilusión. Entonces se inclina hacia su marido y le dice algo en voz baja. Él apenas contesta. Y aprieto la mano de Loïc un poco más fuerte. ¡Que nos queramos siempre!

Llega el camarero con lo que hemos pedido. Sirve los platos, llena los vasos de vino, coloca una jarra de agua y una panera, trae el juego de acero inoxidable con la sal, la pimienta y un pequeño bote de mostaza.

—Buen provecho —deja caer mientras se aleja.

Los platos están abundantemente surtidos. Nos lanzamos a ellos de inmediato. Cojo una patata frita con los dedos. Está muy caliente, crujiente. Antes de darle un mordisco le pregunto a Loïc:

—¿Te acuerdas de los cumpleaños de Thaïs? ¿De los cumpleaños que celebramos con ella?

—¡Sí, claro! Fueron tres... solamente tres.

Veo cómo mi vecina afina el oído y continuo bajando la voz:

—Tres cumpleaños y, si te fijas, cada uno distinto.

Pensándolo bien, ninguno de los cambios de edad de Thaïs tuvo lugar en iguales condiciones. Celebramos con alegría su primer año, como tantos otros padres, libres de preocupaciones y enternecidos. Yo había preparado una gran tarta para saciar su apetito. Recuerdo el comentario de Loïc, que no comprendía por qué había salido corriendo, en el último momento, para volver a comprar velas.

—¡Pero si tenemos un paquete entero...! ¿Para qué quieres otras?

—¡Porque quiero una rosa! ¡No pretenderás que ponga una vela azul en el cumpleaños de mi hija!

En vista de mi tono ultrajado, Loïc no se atrevió a insistir. Abdicó y suspiró con una

media sonrisa:

—¡Ay, las hijas...!

Soplamos esa preciosa vela rosa con Thaïs, pensando con entusiasmo y emoción:

—Este cumpleaños es el primero de una larga lista.

Al año siguiente, lo tenía todo preparado la víspera: la tarta, los regalos, la decoración y las velas con motas rosas, de esas que se vuelven a encender solas. Pero el día D no transcurrió según lo previsto... ¿Cómo olvidar ese segundo cumpleaños?

ME TAMBALEO. Loïc camina pegado a mí y me sujeta por el codo. Su paso tampoco es demasiado seguro. Llegamos a la salida, apoyados el uno en el otro para no caer. Empujamos la puerta que da a la calle. El frío de finales del invierno se apodera de nosotros. No se me ha ocurrido cerrarme el abrigo al salir. Estoy tiritando. Loïc tira de los dos extremos del grueso paño de lana y me abrocha los botones. Me sube el cuello y me estrecha contra él. El calor de nuestros cuerpos forma una misma y única muralla contra el viento. Pegados el uno al otro, vamos recobrando el sentido, dolorosamente. Hace unos minutos nuestra vida ha dado un vuelco. Hacia donde no debía.

Ese primero de marzo acabamos de saber que nuestra pequeña Thaïs padece una enfermedad incurable. Acabamos de escuchar por primera vez dos palabras cuya asociación es fatal: «leucodistrofia metacromática». Acabamos de comprender que Thaïs morirá pronto. He estado a punto de gritarle al médico: «¡No es posible, se ha equivocado usted! ¡Hoy es su cumpleaños! Tiene dos años». Dos cortos años que, en realidad, equivalen ya a la mitad de su vida.

Después de la noticia, Loïc y yo no hemos cruzado una palabra. Nos quedamos en medio del pasillo, horrorizados. Nada de lo que ocurre fuera nos afecta. No tenemos la sensación de estar ahí. Como si nuestros cuerpos se hubieran desmembrado, como si nuestras células se hubieran dispersado, como si nuestras almas se hubieran disgregado. Hemos dejado de existir.

Abro la boca para hablar. No reconozco mi voz.

—Loïc, prométeme que no se lo diremos a los niños. Al menos, no por ahora; lo más tarde posible.

Loïc afloja sus brazos y se aleja un poco para mirarme a los ojos.

—¿Quieres que se lo ocultemos? ¿Por qué?

—Porque quiero preservar su inocencia a toda costa.

¿Hay algo más precioso que la inocencia de un niño? Gaspard tiene cuatro años y Thaïs, tan solo dos. ¿Qué saben ellos de las dificultades de la vida? Nada. No tienen que ver con ellos. No son para su edad. Quiero ahorrárselo para que vivan el mayor tiempo posible en el reino del osito Winnie y de Babar, donde no existen el sufrimiento ni el miedo ni la muerte. La aspereza del mundo de los adultos no tardará en rozarles. Un día descubrirán que no todo es de color de rosa, perfecto y bueno. Pero hoy, no. Temo que la noticia los hunda irremediablemente.

Loïc escucha atentamente mi súplica. Sus palabras se convierten en susurros cuando me contesta con dulzura al oído:

—¿Qué les decimos entonces? ¿Que todo va bien? ¿Y luego hacemos como si no

pasara nada? ¿Ocultamos nuestro dolor y nuestras lágrimas? ¿Fingimos reír y sonreír? Quizá a ese precio preservemos su inocencia, pero perderemos su confianza. Porque más pronto o más tarde lo sabrán. Y más bien pronto que tarde. Sabrán la verdad en cuanto Thaïs comience a empeorar. Entonces comprenderán que les hemos mentido. Y no volverán a creer nunca en nosotros. Creo que no hay nada más importante que la confianza de los niños. Gaspard y Thaïs creen en nosotros, por encima de todo. ¿De qué queremos protegerlos guardando silencio? ¿De la vida? ¿De su vida? Porque es su vida, querámoslo o no. Y, sobre todo, es la vida de Thaïs... Debemos salvaguardar la confianza que tienen en nosotros y, a su vez, confiar en ellos. No vamos a esperar a decírselo. Seguro que lloraremos, y mucho; pero lloraremos juntos. Vamos a vivir esta prueba. Y la vamos a vivir en familia.

Asiento varias veces con la cabeza, sin pronunciar palabra, con la garganta atenazada por los sollozos.

Ese mismo día les decimos la verdad a Gaspard y a Thaïs, sin rodeos. No les hablamos de leucodistrofia metacromática ni de enfermedad neurológica genética degenerativa. No nos escondemos detrás de esos complicados términos para diluir la realidad. Utilizamos palabras que estén a su nivel para que lo entiendan bien. Les explicamos que Thaïs tiene una enfermedad que hoy le impide hacer determinadas cosas y mañana otras. Les decimos que, a causa de su enfermedad, no vivirá mucho tiempo. Les aseguramos que, pase lo que pase, estaremos ahí. No escondemos nuestras lágrimas durante la confesión y las de Gaspard se mezclan con las nuestras. Permanecemos un buen rato abrazados todos juntos, unidos por el dolor. De pronto, Gaspard se seca las lágrimas con el revés de la manga, antes de preguntar:

—Bueno, y ahora ¿celebramos el cumpleaños de Thaïs?

Le contesto perpleja:

—Cariño, hoy no vamos a celebrar el cumpleaños de Thaïs. Has entendido lo que acabamos de explicarte: nos hemos enterado de que tu hermana está enferma. Estamos demasiado tristes para hacer una fiesta.

Lejos de desalentarse, con su hermosa y franca mirada y su cándida sonrisa, replica:

—Sí, lo he entendido perfectamente. Y también sé que va a morir. Pero ahora no está muerta. Y hoy es su cumpleaños. Así que ¿por qué no vamos a celebrarlo?

Al verle coger a su hermana de la mano y salir de la habitación cantando «cumpleaños feliz» a pleno pulmón, comprendo. Comprendo lo que es la inocencia de un niño. No consiste en no saber. No consiste en crecer con orejeras para ver solamente lo bonito y un día abrir dolorosamente los ojos a las dificultades del mundo. Los niños saben, digan lo que digan y se les diga lo que se les diga. No asimilan los acontecimientos de manera global, como hacemos los adultos. No intentan controlarlos:

los viven como vienen. Saben volver a encontrar fácilmente el camino de la felicidad. Y arrastrarnos a nosotros con ellos. La inocencia de un niño consiste en conocer la verdad y vivirla con naturalidad, sin temblar, sin proyectarse hacia adelante, avanzando confiado.

El día en que Thaïs cumplió dos años me di cuenta de que, si quería seguir amando la vida y disfrutar de la felicidad, debía volver a encontrar mi alma de niña.

Al año siguiente, cuando Thaïs cumplió tres años, di rienda suelta a esa alma de niña. Sabíamos que era nuestro último cumpleaños a su lado. En lugar de dejarnos dominar por la tristeza, decidimos celebrarlo dos veces: el 28 de febrero y el 1 de marzo, para sacarle el máximo partido. Nos reunimos alrededor de Thaïs, en su habitación. Gaspard trepó a la cama para instalarse pegado a ella; Azylis tendió los brazos hacia su hermana. Cantamos «cumpleaños feliz» con todo el corazón. Celebramos con alegría el año transcurrido, sin pensar en el que comenzaba y en la prueba que se avecinaba. Preparamos tartas que ella no probó, elegimos regalos que no abrió, invitamos a amigos a los que no vio. Thaïs disfrutó de la fiesta a su manera, toda discreción y delicadeza. Con el esbozo de una sonrisa, con lo profundo de una respiración, con la luz de una mirada, nos hizo comprender que en ese instante era feliz. Nosotros, también. Éramos tan felices con ella...

ME CUESTA TERMINARME EL PLATO Y MI MIRADA SIGUE ligeramente inmersa en el pasado. Loïc me hace regresar junto a él acariciándome la mejilla. De paso enjuga una discreta lágrima aferrada a mis pestañas. Luego coge su vaso, lo levanta y me propone un brindis.

—Por nosotros. Por ella. ¡Felicidades, princesita!

—Felicidades.

Nuestros vecinos de mesa están pagando la cuenta. Loïc aprovecha para llamar la atención del camarero con un gesto de la mano. Pide dos cafés antes de desdecirse.

—¿Quieres postre?

—No, gracias, no tengo hambre. Es suficiente.

—¿Y el bizcocho borracho que tanto te tentaba?

—Otra vez será.

—Entonces, dos cafés, por favor. Uno de ellos, largo.

Loïc conoce mis costumbres. Sabe que el café demasiado cargado me sienta fatal. Es una de las secuelas de esos años difíciles. Ni el cuerpo ni el alma salen indemnes de las experiencias dolorosas de la vida. De ahí que, desde hace más de cinco años, tenga ardor de estómago y una contractura muscular en la espalda, justo debajo del omóplato izquierdo. En cuanto a los moratones del alma...

La mujer de al lado se levanta para seguir a su marido. Al pasar junto a nosotros me dice:

—He oído que es su cumpleaños, de modo que ¡felicidades!

—No, no es mi cumpleaños. Pero gracias, de todas formas.

—Perdone, me había parecido entender que celebraban un cumpleaños.

—Sí, el de nuestra hija.

—¡Ah! ¿Qué edad tiene?

—Cumpliría ocho años.

Se queda sin voz, con la boca abierta y el rostro como la grana.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No... no debería haberme metido donde no me llaman. Pero no podía imaginármelo. Esto no es corriente... Parecen ustedes felices.

Se va antes de que podamos añadir una palabra. ¿Cuántas veces hemos escuchado este comentario? Mucha gente parece sorprenderse de que la prueba no haya dejado irremediablemente su huella en nuestros rostros. ¿Deja estigmas el dolor? ¿Forma arrugas el sufrimiento? ¿Abren surcos las lágrimas? La pena enrojece mis ojos, palidece mis mejillas y pellizca mis labios, en ocasiones varias veces al día. Pero no por mucho

tiempo: cuando por fin se va, se lleva con ella esa máscara para dejar que el resplandor de la vida vuelva a ocupar su lugar.

Las pruebas que hemos conocido no resumen nuestra existencia. Evidentemente, forman parte de ella y ocupan un puesto importante entre las preocupaciones diarias, pero no han contaminado todos los aspectos de nuestra vida. Como ese hombre con el que me cruzaba en la playa de pequeña. Era amigo de mis padres. Todos los años pasaba las vacaciones en el mismo sitio que nosotros. Le faltaba un brazo, amputado tras recibir una herida muy grave, una herida de guerra. Recuerdo que, la primera vez que lo vi, fui incapaz de despegar los ojos de ese muñón cicatrizado y, sobre todo, del vacío que había debajo. Mi atención se centraba en la ausencia de ese miembro. El hombre tenía otras características físicas: una buena estatura, una figura atlética; pero yo solo me fijaba en esa. Para mí era «el que tiene solamente un brazo».

Continuamente le preguntaba a mi padre por él. Debía de haber sufrido mucho después del accidente. Y más aún moralmente cuando le anunciaran la inevitable amputación. Es cierto que al principio lo pasó muy mal. Eran muchas cosas a las que enfrentarse: las curas, la rehabilitación, la mirada de los demás. Al final acabó aceptando vivir de ese modo. Se adaptó a su situación. Retomó sus actividades profesionales y deportivas. Incluso conducía. No fingía ignorar su singularidad, pero tampoco se polarizaba en ella. Después de algunos días junto a él, todos nos olvidamos de su discapacidad para verle como era: un hombre, un marido, un padre. El número de brazos que tenía no cambiaba nada.

En la mesa de al lado se sientan otras dos personas. La seriedad de su rostro deja intuir una cita de negocios. Loïc y yo terminamos de comer, pagamos la cuenta y salimos del comedor. Nuestros sitios no seguirán vacíos mucho tiempo. El restaurante está al completo. Salimos a la calle. Le propongo a Loïc prolongar nuestro encuentro a solas con un corto paseo. Él consulta el reloj y duda antes de renunciar. No tiene tiempo, debe volver al trabajo. Le está esperando un cliente. Me despido a regañadientes. Antes de que se ponga el casco, le beso cariñosamente y le digo:

—Ten cuidado. Y no vuelvas muy tarde.

Mientras Loïc se aleja, vuelvo a encender el teléfono. Nada más iluminarse, la pantalla me informa de varios sms y de unos cuantos mensajes de voz. Los recorro rápidamente con la vista: todos mencionan el cumpleaños de Thaïs. Los guardo para saborearlos más tarde. Escucho hasta el último mensaje, temiéndome como siempre una llamada de Thérèse en la que me comunique una mala noticia o me pida que vuelva enseguida. Ya ha ocurrido varias veces, sobre todo desde que Azylis sufre crisis epilépticas. Así que nunca me quedo del todo tranquila cuando me encuentro lejos, y

menos aún si no estoy localizable. Nunca se sabe lo que puede pasar... Thérèse no ha llamado. Resisto la tentación de telefonearla. Aplico la famosa fórmula de «no hay noticias, buenas noticias» y guardo el teléfono en el bolsillo interior del bolso. Miro la hora y compruebo encantada que todavía es pronto. Entonces me ocurre algo poco frecuente en mi vida, algo que me gusta más que cualquier otra cosa: tengo tiempo. Tiempo para mí sola. Un tiempo que querría pasar con ella.

CONOZCO TODAS LAS TIENDAS DE ESTA CALLE COMERCIAL, especialmente las zapaterías y las de ropa femenina. No se me escaparía ningún cambio de rótulo. Con un poco de concentración, hasta sería capaz de ir enumerándolas en orden. Hay que decir que este es uno de mis lugares favoritos. Recorro sus aceras cada cierto tiempo.

Hoy rehúyo sin esfuerzo la llamada de los escaparates y bajo la calle con paso decidido para llegar al último número. Rara vez me aventuro hasta allí: mi expedición se suele centrar en el tramo superior, junto al metro ligero. El objetivo de mi paseo se encuentra justo al final de la calle, allí donde concluye el reino de las tiendas. Camino con la mirada fija en el edificio que se alza al otro lado exhibiendo su blancura. Lanzo una ojeada a derecha e izquierda y cruzo casi a la carrera. Un conductor toca el claxon para advertirme de mi imprudencia. Debería haber utilizado el paso de peatones, un poco más allá, pero no quería desviarme de mi camino. Me disculpo con un gesto de la mano.

Nunca he cruzado esta cancela blanca, flanqueada por dos castaños en plena desnudez invernal. Cuando llego al atrio, alzo los ojos y contemplo el alto campanario en piedra de color claro. Su delicada y trabajada arquitectura contrasta con la sobriedad del cuerpo del edificio. Como si los constructores del siglo XIX hubieran dispensado un trato de privilegio a la obra vertical y a esa punta que toca el cielo.

Subo las escaleras de una en una, sin precipitación. Las voy contando maquinalmente. Paso bajo uno de los tres arcos que dominan la entrada y me vuelvo para disfrutar de la perspectiva del bullicio de la calle. El contraste es apabullante. Aquí lo material deja su lugar a lo espiritual: el ruido cede paso al silencio. Empujo la puerta de madera de doble batiente. Y entro por fin en este lugar que me reclama.

A esta hora no hay ninguna celebración. La iglesia está tranquila y silenciosa. Es mucho más amplia de lo que deja ver su fachada. La nave, con un techo abovedado sostenido por sobrias columnas, llega hasta el coro. Las filas de sillas, perfectamente alineadas, recorren el suelo. Me acerco y acaricio con la palma de la mano su erguido respaldo de madera con reflejos satinados.

No soy capaz de calcular el número de plazas. El ambiente debe de ser muy distinto cuando la nave y los cruceros están totalmente llenos. En este momento no hay más que media docena de fieles, recogidos. Todos parecen absortos en su meditación. En un pasillo lateral dos mujeres cuchichean al abrigo de una columna. Hablan deprisa. Me siento en una silla de las últimas filas, despacito, para que no cruja el asiento de paja. Hay poca luz. Solo los tímidos rayos del sol de febrero atraviesan las altas vidrieras de

colores. Observo las manchas multicolores que forman en las paredes desnudas y en la rústica piedra del suelo. Luego, de un modo espontáneo, mi mirada se posa en la parte delantera de la nave. Un fresco exhibe su colorido sobre el muro circular, detrás del coro, sin robar nada a la sobriedad de este ambiente depurado. Cierro los ojos. Me siento bien aquí.

Las iglesias fueron mi refugio en las horas más oscuras. Dondequiera que estuviese, en París o en Marsella, en Bretaña, en Berry o en cualquier otro lugar, a menudo empujaba sus puertas en busca de un poco de tranquilidad, de paz. Me sentaba igual que hoy, a resguardo de las miradas. Muchas veces entraba llorando y salía reconfortada. No venía a buscar consuelo, sino a abandonarme. A confiarme. Y a beber en las fuentes de la fe que me mueve y me ilumina.

Creo en Dios desde muy pequeña, con una fe cómoda y serena que entonces aún no había conocido la prueba del tiempo ni el fuego. Me resultaba fácil creer cuando la vida me sonreía, alabar la bondad divina cuando me colmaba de bienes. Todo fue sencillo hasta que la enfermedad de Thaïs vino a dar un vuelco a mi existencia, como el perro que pone patas arriba un juego de bolos en fila. Ese día mi horizonte se oscureció. En unos instantes, el futuro adquirió el negro inquietante de una densa desgracia. No me proyecté en ella. Dejé de mirar a lo lejos por miedo a perderme. Alcé los ojos al cielo. Y busqué la luz.

En la prueba, en la vertiginosa subida a mi Himalaya, la fe en Dios se convirtió en mi linterna; o, mejor dicho, en mi linterna frontal: esa que los alpinistas fijan alrededor de su cabeza, bien centrada en la frente, para ver dónde poner el pie y asegurar el paso. Esa linterna me permite iluminar mi camino, espantar la angustiosa oscuridad. Y avanzar con confianza. Su resplandor no alcanza la cima. Proyecta su luz sobre el camino a recorrer, sobre el paso a paso cotidiano. No más allá. Me invita a preocuparme solo del día siguiente, sin que me inquiete toda mi vida. El ayer fue, el mañana será y solo el hoy es.

Pese a la solidez de mi fe, no he sufrido la prueba con una docilidad apática. ¡Cuántas veces he gritado al cielo mi temor y mi angustia, cuántas veces he dejado expresar mi cansancio y mi cólera! Pero ni una vez, ni una sola vez, me he rebelado contra Dios ni contra nadie. Nunca me he preguntado «por qué». No, nunca me he planteado ese interrogante con múltiples ramificaciones: «¿Por qué yo? ¿Por qué mis hijas?».

Me he negado a emprender el camino de la explicación, de la justificación. Instintivamente, presentía que esos porqués me harían perderme. Por eso, nunca me he creído víctima de una injusticia, como tampoco me he sentido culpable de ninguna falta.

No he buscado un responsable de mi desgracia. Habría sido fácil acusar a Dios de repartir las pruebas desde lo alto de su nube. ¿Para qué? Para sobreponerme a mi dolor no necesito enemigos. Quiero aliados, apoyos. Y Dios demuestra ser ese apoyo indefectible.

Hace unos meses descubrí un texto que recuerda a una parábola. Su título me hizo sonreír: «Pasos en la arena». Vi en ello un tierno guiño a Thaïs y a sus inolvidables pasitos sobre la arena mojada. La paternidad del texto no está confirmada: se suele atribuir al poeta brasileño Ademar de Barros. Un poeta inspirado. Cuenta el sueño que un hombre tiene una noche. Sueña que recorre una playa con Dios a su lado. En el cielo, como en una pantalla, van desfilando todas las escenas de su vida. Él las revive una a una y, al volverse, descubre que dos pares de pasos dejan huellas muy distintas sobre la arena. Reconoce las suyas y las de Dios. Los dos caminan juntos. Al mirarlas más de cerca, ve que en algunos sitios en el suelo solo ha quedado impresa una huella. Esa única huella corresponde a los días más difíciles, los más angustiosos, los más dolorosos de su vida. Entonces, profundamente decepcionado, se vuelve hacia Dios y le pregunta por qué le abandonó en los peores momentos de su existencia, aquellos en los que más necesitaba de la ayuda divina. El Señor le contesta que, lejos de lo que el hombre pueda pensar, no le ha dejado solo ni un minuto: todo lo contrario. En los días de la prueba y el sufrimiento, estaba ahí; y son Sus pasos los que dejan una huella en el suelo, una huella aún más profunda, pues en esos momentos de dolor el Señor le llevaba a él sobre Sus hombros.

Por eso, en lugar de intentar conocer la razón y el sentido, expuesta al riesgo de girarme en redondo en busca de una justificación, en lugar de quedarme sentada al borde del camino a esperar que Dios lo suba por mí y en mi nombre, decidí ponerme en marcha. Porque era mi vida. Y me tocaba a mí vivirla. En ese ascenso conservé la confianza en Dios, como un niño se fía de sus padres. Sabía que nunca estaría sola para afrontar las dificultades.

Una madre desconsolada me comentó: «¡Cómo la envidio! La prueba es más fácil para usted porque cree en Dios». Comprendo perfectamente lo que significa su frase. Y, sin embargo, ¡si supiera cuánto he sufrido! Su pena no tiene nada que envidiar a la mía. En la hora del adiós a Thaïs, padecí el dolor insondable de una madre que pierde la carne de su carne, sea creyente o no. En el instante en que la tierra helada cubrió el cuerpo adorado de Thaïs, conocí la oscuridad, viví las tinieblas, como cualquier madre que no podrá volver a ver a su hijo. La fe no evita el sufrimiento. No es la panacea, un remedio milagroso contra las enfermedades del cuerpo y el corazón. No ahorra nada del dolor

humano, pero sí te evita un escollo: el de la desesperación. Recuerdo las palabras de Gaspard, las que pronunció hace una semanas. Sus palabras de niño. Sus palabras de luz.

ME CUESTA RECUPERAR EL ALIENTO. Como cada vez que voy a recogerle al colegio, Gaspard me ha preguntado:

—¿Echamos una carrera?

Yo me excuso siempre enseñándole los pies:

—Lo siento, no puedo. Llevo tacones.

Hoy me vuelve a retar. Se adelanta a mi consabida respuesta diciendo:

—Ya sé que llevas tacones, pero mi mochila pesa mucho. Así que estamos iguales. ¿Vamos? Venga, mamá: es fácil, la calle es cuesta abajo.

Acepto por esta vez. Ahora me arrepiento. Hace mucho que adopté la línea de conducta del antiguo primer ministro inglés Winston Churchill: *No sport*. Y me va muy bien. La próxima vez no la quebrantaré...

Gaspard me espera al final de la cuesta desde hace muchos segundos, triunfante y risueño. Me acerco a él sin aliento y le paso el brazo por los hombros:

—Eres demasiado rápido para mí. Ya entiendo por qué tu entrenador de rugby te llama «la *mobylette*».

Hoy he aceptado su desafío porque deseaba darle gusto. Quería tenerlo bien preparado.

—Gaspard, tengo que darte una mala noticia.

—¿Cuál? ¿De qué se trata? ¿Qué pasa, mamá?

—Tiji ha muerto.

Tiji es el perro de mis padres, un espléndido boyero de Berna. Gaspard lo adoptó desde que llegó. Fue él también quien eligió el nombre. Mamá me ha llamado esta mañana para ponerme al corriente. Enseguida me he imaginado la tristeza de mi hijo cuando se entere. He decidido decirle la verdad sin titubeos, como me enseñó él mismo hace unos años cuando me propuso pronunciar la palabra «muerto», sin ocultarme detrás de los «se ha ido», «ha fallecido», «ya no está aquí», «no volverá». A los niños no les gustan los circunloquios. No temen a las palabras. En su momento, Gaspard pronunció una frase inolvidable: «La muerte no es grave. Es triste, pero no es grave». Animada por esta experiencia, hoy he conseguido anunciarle la muerte de Tiji sin rodeos. Una pequeña victoria de la que me siento orgullosa.

Gaspard no dice una palabra. Su rostro ha perdido el color. Respira ruidosamente, boqueando como si le hubieran golpeado en el estómago. Retrocede dos pasos y se apoya en el poste de una farola.

—¿Esa es la mala noticia? ¿Estás segura? ¿No hay nada más?

—No, de verdad. Eso es todo. Solo quería decirte que Tiji ha muerto.

Gaspard deja de contener las lágrimas y estalla en sollozos.

—¡Qué susto, mamá! Creí que me ibas a decir que se había muerto Azylis.

No se me había ocurrido ni por un instante. Y allí, estorbando el paso en medio de la acera, con los brazos caídos, los hipidos que sacuden sus hombros me hacen consciente del trauma de mi hijo. Gaspard ya ha vivido algo impensable, la muerte de su hermana pequeña. Conoce la enfermedad de Azylis y teme volver a pasar por la misma situación. Lo estrecho contra mí e intento ahogar su dolor en el mío.

—Tranquilízate, cariño. Azylis está bien. No hay motivo para inquietarse por el momento, pero comprendo que estés triste. Solo tienes diez años y has vivido acontecimientos muy difíciles. Cosas muy duras de llevar para tu edad. Por favor, mantén la esperanza.

Gaspard levanta la cabeza y aparta de un soplido el mechón que le estorba en los ojos.

—Si Azylis se muere, me dará muchísima pena, porque pensaba que se había curado. No me atrevo a imaginar lo difícil que será vivir sin ella; pero eso no me impedirá seguir amando la vida, ¿sabes, mamá? Aunque Azylis se muera, seguiré confiando.

Ha sido él quien ha empleado ese término sin que yo se lo sople, sin que le corrija ni saque conclusiones. Gaspard no ha hablado de esperanza, sino de confianza. Durante mucho tiempo pensé que ambos términos eran sinónimos. Creía que se podían intercambiar al hilo de la frase para evitar repeticiones, sin modificar el significado de que se trate. Ahora comprendo que su carácter gemelo es solo aparente.

La esperanza y la confianza son dos nociones muy distintas. La esperanza o, más bien, las expectativas que alimentaba hasta entonces consistían en contar con un mañana mejor para sobrellevar la dureza del presente. Mi esperanza se dirigía hacia la realización de un deseo concreto en un futuro más o menos cercano. Esta espera no era más que una conjetura: podía o no realizarse y, por lo tanto, causarme una decepción. Vuelvo a pensar en Gaspard. Si funda su esperanza en la curación de Azylis y si los acontecimientos no se desarrollan como él espera, sufrirá una profunda desilusión. Su esperanza se verá frustrada. La luz se extinguirá, sumiéndole en la oscuridad de la desesperación.

La confianza, por el contrario, está anclada en una certeza: la certeza de lo que nos aguarda al final del camino, la promesa de la cima del Himalaya. La confianza no es aleatoria. Es sólida y concreta. Sé cuál será el final de mi camino, al margen de las pruebas. Sé lo que encontraré y a quiénes volveré a encontrar allí arriba. Animada por esta confianza, íntimamente fundida con la fe, puedo vivir el hoy como se presenta, con sus penas y sus alegrías.

Comprendo mejor esta frase: «La esperanza muere, la confianza permanece». Y, desde entonces, pienso, en contra del adagio, que la esperanza no hace vivir. La esperanza permite resistir, aguantar; si no se cumple, conduce a la desesperación. Y la desesperación hace morir, si no el cuerpo, al menos sí el alma. Por eso, no es la esperanza lo que hace vivir: es la confianza. Sí, solo la confianza hace vivir.

CERCA DE MÍ, DETRÁS DE LA COLUMNA, LAS DOS MUJERES ALZAN ligeramente el volumen de la conversación. Ya no temen molestar a nadie. La iglesia está vacía. Me he quedado sola en medio de la nave. Como suele ocurrir en estos edificios de piedra de espesos muros, el aire es frío y húmedo. Me arrebujó en mi abrigo, soplo a través de los guantes y subo los pies sobre el palo horizontal de la silla. Apoyo los codos en las rodillas y la cabeza, ligeramente inclinada, en el hueco que forman las palmas unidas de mis manos. Era la postura que adoptaba de pequeña cuando escuchaba un cuento de labios de mamá, dejando divagar mi espíritu. En ese instante, la voz que mece mi oído e invade mi mente es otra. La voz de Thaïs. La reconocería entre mil. Como esa Nochebuena, la primera lejos de ella, en que escuché atentamente al coro celestial de los ángeles gloriosos, con la mirada puesta en el firmamento, hasta distinguir su canto.

La voz de Thaïs ha perdido su entonación infantil, aunque sin adquirir la gravedad de un adulto. Continúa siendo alegre y serena. Thaïs no me deja nunca, pero sigue faltándome. Nunca me acostumbraré a su ausencia. Sufro al ver cómo mis brazos se cierran sobre sí mismos cuando no tienen otro deseo que estrecharla a ella. Intento dominar ese vacío físico: aprendo a vivir con una carencia. Por eso, hablo con ella a menudo, a veces casi sin darme cuenta. Le confío lo que soy, lo que vivo, lo que siento. No soy la única que conserva un vínculo con Thaïs. En mi familia, e incluso fuera de ella, cada uno ha tejido una nueva relación con Thaïs. Como Gaspard, quien, al principio, atribuyó a su hermana una curiosa misión. Decidió no volver a estudiar, persuadido de que Thaïs le soplaría la respuesta. Incluso convenció de ello a sus compañeros de clase y en el patio del recreo cambiaba su solución milagrosa por cartas de Pokemon, esas cartas japonesas de las que era en aquella época fan incondicional. Bastó una pregunta de la profesora para poner fin al asunto: la mala nota colectiva tenía su origen en el negocio de Gaspard. Mientras devolvía a sus amigos el objeto del trato incumplido, le oí murmurar entre dientes:

—Te has pasado, Thaïs. Podías haberme ayudado. No te costaba nada.

A partir de entonces, no ha vuelto a contar con su hermana para que trabaje por él: no es que la considere incompetente, sino que ha comprendido que ese no es su papel. Ahora le pide valor para vencer un miedo, para superar una dificultad: a veces solo espera de ella su discreta y tranquilizadora compañía. Con curiosidad de madre, llegué a interrogar a Gaspard para saber si se dirigía con frecuencia a su hermana. Él se quedó pensando unos instantes antes de contestarme con franqueza:

—Sí le hablo, pero la mayoría de las veces es ella la que me habla a mí.

Cuando nació Thaïs, di gracias al cielo por esa preciosa hija, esa aliada para toda la vida. Ahora mi aliada está en el cielo.

La puerta de madera chirría al girar sobre sus goznes. Me vuelvo. Acaba de entrar un joven. Lleva una cartera de cuero usada y pasada de moda. Camina con paso ligero y decidido, como si estuviera en su casa; se detiene junto a las primeras filas de sillas, hace una genuflexión y da media vuelta. No sale otra vez, sino que abre una discreta puerta y desaparece de mi vista mientras sube una estrecha escalera. Mi oído recupera pronto su presencia. De pronto, unas notas musicales inundan la iglesia. Los sonidos graves del órgano se amplifican en ese espacio inmenso. El joven organista ensaya los cantos de la misa del próximo domingo. Me ofrece un hermoso interludio.

Cojo el bolso y dejo mi sitio con un pequeño gesto de la cabeza hacia el altar. Paso entre las columnas laterales, echo una ojeada alrededor y, un poco más allá, distingo el resplandor de las velas. Avanzo por el pasillo evitando hacer ruido con los tacones. No hay peligro de molestar a mucha gente, pero para mí el silencio de las iglesias es sagrado. ¡Son tan raros en nuestra época los sitios sin ruido! Paso junto a las dos comadres, que siguen en plena conversación. Nos saludamos sin pronunciar palabra. Las luces me guían hasta los portavelas de hierro forjado. El primero presenta varias filas rectas y alineadas sobre las que se pueden colocar pequeños cabos de vela dentro de un plástico de colores. Esas son las que eligen siempre mis hijos por sus reflejos tornasolados. A su lado hay otro modelo más clásico, con pinchos colocados a intervalos regulares sobre los que sujetar los numerosos cirios que se derriten en el soporte. No queda ningún sitio libre. Reorganizo la colocación para dejar libre el espacio que necesita mi ofrenda. Saco el monedero y cuento el dinero. Lo tengo justo. Meto las monedas una a una en el cepillo negro de metal. Su tintineo resuena por toda la nave. Elijo unas velas delgadas, esbeltas, y me aseguro de que estén bien rectas. Las coloco en el expositor y me guardo la última en la mano. La enciendo con la llama de la de al lado, cuyo tallo de cera está prácticamente consumido. Espero a que la mecha prenda bien protegiéndola con la palma de la mano; luego la acerco al resto de mis velas para encenderlas todas, antes de colocarla también sobre un pincho. Ahora hay ocho débiles llamas danzando en la penumbra de la iglesia. Carraspeo para aclararme la voz y, sonriendo, sola delante de mis velas, sin que me importe romper el silencio del lugar, con los ojos fijos en el techo del cielo, entono bajito:

—«Cumpleaños feliz... te deseamos, Thaïs, cumpleaños feliz»...

¡POR UN PELO! NADA MÁS SALIR AL ATRIO, MI TELÉFONO SE PONE a sonar ruidosamente. Se me había olvidado apagarlo y, de haber tronado así en la iglesia, me habría hecho pasar un mal rato. Me da tanto agobio que descuelgo sin leer el nombre que aparece en la pantalla.

—¿Dónde estás?

Reconozco la voz y sonrío al escucharla.

—En la puerta de la iglesia. Tardo cinco minutos.

—Muy bien. Hasta ahora.

Cuelgo y vuelvo a salir a la calle principal. Esta vez mi mirada se demora un poco ante las tiendas. Los escaparates están de estreno. Se quitan el abrigo de invierno y se engalanan con los colores del buen tiempo. Amarillo limón, rosa chillón, azul eléctrico y naranja vitaminado: este verano la moda se presenta tornasolada. Me siento contenta. La cercanía de la primavera me hace feliz. Estoy deseando ver las tiernas yemas de los árboles, sentir el calor de los rayos del sol, oír piar a los pájaros. No es que no me guste el invierno: ni mucho menos. Pero, cuando se está acabando una estación, siempre espero impaciente el comienzo de la siguiente. Dejar la anterior no provoca en mí ninguna nostalgia. Su tiempo, haya sido bueno o malo, ha llegado a su fin. Pataleo como un niño, al acecho de las primeras señales de cambio. A finales de verano me entusiasma la idea de empezar el otoño, y luego la de ver llegar el invierno, antes de revivir la primavera y volver a saborear el verano. Me gustan las particularidades y las promesas de cada una de ellas. Loïc dice que es una señal de mi alegre temperamento, de mi forma de ver siempre el lado bueno de las cosas. Seguramente tiene razón. No sé si soy especialmente optimista, pero amo la vida. Y amo vivirla. Nunca me fijo en el nivel del vaso. No me planteo si está medio vacío o medio lleno. No me importa. Saboreo cada trago, sin pensar en lo que he bebido ni en lo que me queda por beber. Lo importante no es cómo ves el contenido del vaso, sino lo que haces con él. Recuerdo la frase de John Lennon: «Cuando era pequeño, mi madre siempre me decía que la felicidad era la clave de la vida. En el colegio, cuando me preguntaron qué quería ser de mayor, respondí: “Feliz”. Entonces me dijeron que no había entendido la pregunta y yo les contesté que ellos no habían entendido la vida».

Llego a la plaza y no me cuesta nada encontrar la cafetería de la esquina. Alexandra me hace una seña desde la puerta. Entro en la cafetería, abarrotada de gente. Entre las mesas hay poco espacio. Me deslizo en medio de ellas sujetando el abrigo contra mí y

levantando el bolso para no arrastrar un vaso o un plato. Me cruzo con dos chicas que se dirigen a la salida: una de ellas se aparta para dejarme pasar. Le doy las gracias y me contesta mientras se aleja:

—De nada, señora.

Me doy la vuelta, desconcertada. ¿Tan respetable es mi aspecto como para que me llamen señora? En realidad, ella no es más que una estudiante, mientras que yo rondo la cuarentena. Los años no me suponen ningún complejo, pero no me veo envejecer: no tengo tiempo.

Me acerco a Alexandra, beso sus frías mejillas y me siento a su lado, de cara a la puerta. Quiero disfrutar de la vista de los jardines de la plaza.

—Lo siento —me dice Alexandra—. No te he esperado fuera: estaba congelada.

—¿Y Marie? ¿Viene ahora?

—Sí, acabo de hablar con ella. Estaba saliendo del metro.

Como si nos hubiera oído, Marie empuja en ese momento la puerta de la cafetería. Nada más entrar, agita la mano gritando: «¡Hola, chicas!». Zigzaguea entre las mesas, con las dos manos colocadas sobre el vientre redondeado para protegerlo de posibles choques. Llega a nuestra lado y, agotada, se deja caer en la silla.

—¡Cuánta gente! En el metro, en la calle, aquí... Creí que no iba a llegar nunca. ¿Qué tiene de especial el día de hoy?

—Esta mañana, en el desayuno, Gaspard sugería que el 29 de febrero fuese festivo. A lo mejor hay más gente que ha pensado lo mismo...

Se acerca el camarero. Fiel a su sangre italiana, Alexandra pide un café solo bien cargado. Yo elijo un capuchino. Marie pide un sándwich de jamón y queso y una ensalada.

—No me ha dado tiempo a comer. Acabo de salir de la última ecografía.

—¿La última ya? —exclama Alexandra—. Pero ¿cuándo das a luz? Parece que fue ayer cuando nos diste la noticia de tu embarazo.

—¡A lo mejor para ti fue ayer, Alex, pero a mí me parece un siglo! Me faltan menos de dos meses. Y, mientras tanto, el niño creciendo. ¿Y tú, Anne-Dau? ¿Qué tal hoy? ¿Ha sido muy difícil el día?

—Aparte del despertar, va mejor de lo que me esperaba.

—No tiene nada de raro —me corta Marie burlándose cariñosamente—. A ti siempre te cuesta despertarte, sea o no 29 de febrero. Por las mañanas eres una auténtica marmota, sobre todo estos últimos años, pero antes también. Y no digas que no, porque hace mucho que nos conocemos.

Me encanta la franqueza de Marie, esa forma suya de darme un empujón sin ser

brusca conmigo. No me trata como si fuera una cosita frágil: no ve en mí solamente a la mujer que sufre o a la madre desconsolada. Me ve como lo que soy: una mujer normal.

Unas semanas antes de la muerte de Thaïs, ella y otra amiga vinieron a verme a casa. Ese día yo estaba preocupada y con la moral baja. Al verme así, me dijo:

—¡Ya está! ¡Mañana nos vamos de compras!

A la otra amiga se le atragantó el café y, mientras yo iba a la cocina en busca de una bayeta, la oí regañar a Marie en voz baja:

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿En qué estás pensando? ¿Cómo se te ocurre proponerle iros de compras? No creo que le interese demasiado. Lo que necesita es consuelo, no que le recuerdes una vida que ya no tiene y que no volverá a tener nunca.

Volví al salón y dije:

—¡Qué buena idea! Me vendrá fenomenal.

Ese día, igual que hoy, Marie se atrevió a actuar con naturalidad. Eso es lo único que necesito. Comprendo que no es fácil saber cómo comportarse ante una persona sometida a una prueba. Lo sé porque a mí también me pasa. Como le sucede a cualquiera, a menudo me encuentro con personas que sufren, y tartamudeo antes de que se me ocurra qué decir, y tiemblo antes de saber qué hacer. Son pocos los que dan certeramente con la palabra adecuada. La mayoría nos quedamos bloqueados ante la desgracia ajena. Mudos y parálíticos. Pero hay una cosa segura: cualquier palabra es mejor que el silencio incómodo, cualquier actitud es mejor que la tímida distancia. Porque no hay peor prueba que la que engendra la soledad. Como en el caso de mi querida Camille.

CAMILLE, IGUAL QUE YO, PERDIÓ UN HIJO, UN NIÑO PRECIOSO QUE padecía una enfermedad incurable. Camille vive sola; no tiene mucha familia, pero sí amigos. O, al menos, los tenía antes del fallecimiento de su hijo. En el primer aniversario de su muerte la llamé por la mañana. No contestó, y lo entiendo. Le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que ese día lloraba con ella, que me acordaba de ella de un modo especial. No dije nada más ni mejor. Por la noche, justo antes de cenar, me devolvió la llamada. Su tono de voz era monocorde, carente de timbre. Me contó su triste jornada, me agradeció el mensaje y, estallando en sollozos, me confesó que nadie más había dado señales de vida. Por supuesto, su madre y su hermano la habían acompañado, pero no había recibido una sola llamada de sus amigos. De ninguno. Y, sin embargo, no se habían olvidado: lo sé. La víspera yo misma había hablado con uno de ellos y lo habíamos comentado. Antes de colgar, Camille me dijo:

—Nunca los había necesitado tanto como hoy y, sin embargo, jamás en la vida me he sentido tan sola.

Registré mi agenda en busca de amigos comunes y les envié un mensaje a todos animándoles a dar señales de vida antes de que acabara el día. Al rato, con unos minutos de intervalo, recibí dos respuestas por sms. Dos respuestas idénticas: «No puedo. No sé qué decirle». Y a solas, en medio de la cocina, con los ojos fijos en el silencioso auricular de mi teléfono, grité:

—Yo tampoco sé. Pero decidle lo que queráis, lo que podáis, ¡da igual! Lo importante no son las palabras. ¡Tened un poco de valor! Hacedlo por ella, para evitar que se hunda.

Hay multitud de diccionarios, de guías de buenas costumbres, de manuales de urbanidad. En ellos se leerán fórmulas sempiternas como «mi más sentido pésame» o «te acompaño en el sentimiento». Pero en ningún sitio encontraremos la frase ideal, siempre oportuna, trasladable a cualquier situación dolorosa. No existe. El consuelo no es cuestión de decoro. Es una historia de amor. Consolar no consiste en salir de uno mismo para ponerse en el lugar del que sufre, cosa que es imposible, sino en llegar a un punto de encuentro, aquel en el que se forja el vínculo, en el que se abre el corazón y se cierra la herida.

Sea cual sea el gesto que materialice la intención, hay una cosa segura: ese movimiento salva. Como una mano tendida para levantar al afligido, invitarle a quedarse en el mundo, decirle y repetirle que sigue teniendo un sitio en él. Nada aísla más que la prueba. Nada da tanto miedo. Al dolor se le suele añadir otra dificultad, a veces más dura

aún de llevar: la soledad. La madre Teresa lo comprendía muy bien cuando decía: «El dolor más grande es sentirse solo, sin amor, aislado de todos». Por eso lucho contra la jerarquización del dolor. Esa forma de pensar implica un distanciamiento. En la cima de la pirámide, lo más lejos posible de la base, se encuentran quienes consideramos que más sufren. Aislados como los exiliados, los apestados, los intocables. ¿Cuántas veces he tenido que aclarar que el luto no es más contagioso que la leucodistrofia? Una mujer que pasaba por una dura prueba se acercó a mí para confesarme que nadie se atrevía a invitarla después del drama que había trastocado su vida; y, sin embargo, eso era lo único que esperaba: salir para divertirse, para distraerse. Hacía poco había hallado el valor necesario para darlo a entender así y se encontró con un incómodo silencio por parte de sus amigos. Ya no se atrevían a hablar con naturalidad, a reírse o a divertirse delante de ella. La mujer había renunciado a esas amistades y peleaba por no renunciar a la vida. Me dijo:

—Mal que bien, consigo superar el duelo, pero no este aislamiento, esta exclusión de la sociedad.

Un antiguo eslogan publicitario decía: «La felicidad cuesta tan poco como una llamada de teléfono». Hoy día cuesta igual de poco que un sms o incluso un correo electrónico. Todos los medios de comunicación son buenos. Cuando volví a llamar a los amigos de Camille para insistir una vez más, uno de ellos me contestó: «No le voy a enviar un mensaje de texto: no se hace algo así en estas circunstancias». ¿Y por qué no? Si resulta demasiado difícil descolgar el teléfono y establecer un contacto directo, ¿por qué no escribir un mensaje? Cualquier cosa es mejor que el silencio. En cuanto a qué decir, la sencillez es una opción infalible. Nadie se cansará de escuchar o de leer «me acuerdo de ti», «estoy contigo», «ánimo» o, simplemente, «te quiero». Porque todos necesitamos sentirnos queridos.

Desearía abrazar a Marie, a Alexandra y a todos los demás, a todos los que han estado ahí, con mayor o menor renuencia. Querría agradecerles de todo corazón que no nos hayan abandonado, que hayan resistido a nuestro lado, y que hoy sigan ahí, en los aniversarios dolorosos y en los otros más felices. Nuestros amigos perseveraron y no se dejaron descorazonar por nuestra actitud. Reconozco que no se lo pusimos fácil, por lo menos al principio. Al enterarse de la enfermedad de Thaïs, muchos dieron señales de vida. Tras unas palabras de aliento, la mayoría nos preguntó espontáneamente qué podía hacer para ser útil. Y todavía me escucho contestarles: «¿Podéis curar a Thaïs? Por desgracia, no. Así que me temo que no podéis ayudarnos». En mi comentario hay que ver más dolor que cinismo. En ese momento lo único que me importaba era la curación de mi hija. En cuanto a lo demás, Loïc y yo queríamos arreglárnoslas solos. Nos sentíamos jóvenes e invencibles. Teníamos la sensación de que era a nosotros a quienes

correspondía cuidar de Thaïs y manejar la situación. Pensábamos que debíamos ser unos padres fuertes. Incluso dudamos a la hora de contratar a Thérèse, convencidos de que se trataba de un lujo y no de una necesidad. Nada discurrió como imaginábamos. Aún ignorábamos que Azylis estaba enferma. No sabíamos que muy pronto llegaríamos a nuestros límites físicos y morales. Agotadas las fuerzas y la paciencia, nos dimos cuenta de que no podríamos hacerlo solos. Nunca. Así que fuimos recurriendo, uno tras otro, a quienes se habían ofrecido para preguntarles si aún estaban dispuestos a ayudarnos. Contestaron que sí. Y comenzamos a vivir de nuevo.

Ese favor recibido de aquí y de allá reforzó nuestras relaciones de amistad completándolas con una dimensión añadida: la confianza, cuando la entrega conduce al abandono. Loïc y yo aprendimos a recibir y a pedir con naturalidad; nuestros amigos aprendieron a ofrecer y a aceptar con absoluta sencillez. Desde ese día, casi nunca hemos rechazado la ayuda de nuestros más allegados. De esa hermosa solidaridad conservo recuerdos emocionados y algunas anécdotas inolvidables. Como la del bote de mostaza.

—¿CÓMO HE PODIDO? ¡PERO ¿QUÉ ME HA DADO?! ESTA VEZ ME HE pasado de la raya.

Recorro una y otra vez el salón de esquina a esquina, hablando sola, retorciéndome las manos y frotándome la cabeza. Miro el reloj. Las agujas señalan las ocho y veinte pasadas. Hace más de media hora que ha salido. No debería tardar mucho. ¿Qué puedo decirle para disculparme? ¿Tendré el valor de achacarlo al agotamiento o a una inconsciencia transitoria? Esta me la guarda, seguro. ¿Cómo no va a hacerlo?

Sophie me llamó a última hora de la tarde. Thérèse ya se había ido y Loïc aún no había llegado. Acababa de ocuparme de Thaïs, que ahora dormía apaciblemente. Gaspard estaba en la cama con un libro y Azylis gorjeaba en la suya, a la espera de su último biberón del día. Reinaba la calma en casa. Me disponía a preparar la cena cuando sonó el teléfono. En el auricular resonó la enérgica voz de Sophie. Me alegró escucharla. Hablamos de todo un poco y nos pusimos al día, antes de que ella me planteara la pregunta fatídica:

—¿Necesitas algo?

Miré a mi alrededor, pasé revista a la casa en mi cabeza: no, todo en orden. Eso le iba a contestar cuando de repente recordé que me faltaba algo. Y, sin pararme a reflexionar, me escuché decirle:

—¡Ah, sí! ¿Podrías traerme un bote de mostaza, por favor? No me queda nada.

Su respuesta brotó espontánea:

—Por supuesto. Ahora voy. Te la llevo enseguida.

Y colgó. Volví a la cocina a seguir con la cena, postergando la preparación de la vinagreta. Y, de pronto, me di cuenta de lo que acababa de hacer.

Sophie no vive cerca de nosotros. Tiene unos hijos y una familia. También ella estaría en plena cena o acostándolos. Y yo, cual reina de Inglaterra, ¡no dudo un momento en pedirle que me traiga un bote de mostaza! ¡Y deprisita! Pero ¿qué me pasa? Es cierto que muchas veces tengo necesidad de ayuda, una necesidad real de que se queden con Gaspard o cuiden de Thaïs o de Azylis, por ejemplo. En este caso, mi necesidad no era imperiosa. Era como cualquier otra ama de casa a la que le falta la mostaza para aderezar la ensalada. Podría haber prescindido de ella o llamado a Loïc para que la comprara de camino a casa.

Una media hora más tarde, suena el telefonillo. Descuelgo entre balbuceos y oigo:

—¡Una entrega directa desde Dijon!

Abro la puerta y me doy de bruces con un bote de mostaza de cristal, tamaño grande. Detrás del objeto de mi desfachatez distingo la radiante sonrisa de Sophie. Y, de golpe,

comprendo su entusiasmo. Me doy cuenta de que no le molesta tener que desplazarse por un simple bote de mostaza. Ha puesto en ello todo el corazón, como lo habría hecho para responder a una necesidad vital. El encargo no tiene importancia. Para ella lo que cuenta es estar ahí, sentirse útil y ayudarme a llevar mi carga sea como sea. Y yo lo que de verdad necesito es su amistad. Mucho más que la mostaza.

Alexandra y Marie aún se ríen al recordar la anécdota. Como para justificarme, pasados más de cinco años desde el suceso, aclaro:

—Quedaos tranquilas, que no dejé volverse a Sophie como había venido. En estas llegó Loïc y la invitamos a cenar. Lo pasamos muy bien esa noche. ¡Y la vinagreta estaba buenísima!

—Una cena bien vale un bote de mostaza. Por cierto, te recuerdo que el sábado que viene vamos a tu casa, si aún sigue en pie la invitación. ¿Necesitas algo? ¿Mayonesa o una botella de aceite de oliva? —dice Alexandra con guasa.

Hago ademán de lanzarle mi sobre de azúcar, todavía sin abrir, y anuncio sin preámbulos:

—Siento romper el encanto de esta conversación, pero debo irme. Tengo una cita romántica. Hoy voy a recoger a Gaspard al colegio.

—¡Qué buena idea! Se va a poner muy contento.

—Sí, eso espero. Hace poco me ha dicho que el año que viene, cuando esté en el instituto, podrá ir a buscarle si quiero, pero en ese caso tendré que esperar en la esquina de la calle, y no en la puerta del colegio... Así que aprovecho antes de convertirme definitivamente en persona *non grata*.

Nos separamos sabiendo que nos volveremos a ver el sábado siguiente en mi casa.

—¿Mostaza a la antigua o mostaza fuerte? —deja caer Marie mientras se aleja.

Veo cómo las dos se echan a reír. Da gusto tener amigas.

APENAS ME DA TIEMPO A METERME A TODA PRISA EN EL METRO antes de que las puertas vuelvan a cerrarse con un chasquido. El tren arranca con una sacudida. Las ruedas chirrían sobre las vías. Ocupo un asiento vacío y miro a mi alrededor. La mayoría de los pasajeros tienen la cabeza inclinada, inmersos en sus ocupaciones. Algunos hojean, sujetándolo con los brazos extendidos, uno de los diarios que se reparten gratuitamente en el transporte público. Otros aprovechan el trayecto para avanzar en la lectura de un libro. Muchos escuchan música con los cascos pegados a las orejas, o bien teclean en el móvil. Como esas dos chicas sentadas codo con codo, que escriben a toda velocidad en sus *smartphones* sin cruzar una palabra. Admiro su destreza. Tengo la sensación de estar asistiendo a un concurso de mensajes de texto. Solo espero que no estén escribiéndose la una a la otra en lugar de hablarse cara a cara... Se bajan en la siguiente estación sin levantar los ojos ni los pulgares del teclado. Un joven de aspecto indolente ocupa el asiento plegable que hay frente a mí. Oigo desde aquí las notas discordantes de la música, aullando en sus auriculares. No tiene reparo en cantar al mismo tiempo y perturbar –seguro que adrede– la tranquilidad del lugar. Aunque algunos de sus vecinos suspiran ostensiblemente, ninguno se atreve a hacerle un comentario. El metro es el espacio del individualismo colectivo. El tren se detiene de nuevo. Una señora de cierta edad sube a él, no sin esfuerzo. Nadie se da cuenta; o, al menos, todos hacen como si no la hubieran visto. Tan solo el joven «cantante» se levanta y dice con voz grave:

—¿Quiere mi sitio, señora?

La anciana acepta sonriente y avanza hacia él pasito a pasito. El joven sujeta el asiento para evitar que se cierre mientras la señora se sienta.

—Gracias.

—De nada. Yo me bajo en la próxima estación.

—Gracias de todas maneras.

Había olvidado uno de mis recientes propósitos: no fiarme de las apariencias y, sobre todo, no hacer juicios precipitados...

Yo también hago transbordo en la siguiente parada. Así que me pongo detrás del joven y observo cómo baja el volumen de la música al salir del vagón. Quizá sea su manera –un poco provocadora, no cabe duda– de luchar contra la indiferencia de las masas...

Mientras recorro el andén, observo el letrero azul que destaca sobre el muro de azulejos blancos. Indica el nombre de la estación: Pasteur. Fuera, por encima de nuestras

cabezas, en una calle ancha, a varias decenas de metros de la boca del metro, se encuentra un gran hospital infantil. Uno de los más prestigiosos de París e incluso de Francia. Hace seis años menos un día yo estaba allí, entre esos muros centenarios. ¡Cuántos recuerdos...! Unos recuerdos reavivados hace muy poco, con motivo de algunos reencuentros cuando menos curiosos.

Me vuelvo a ver en medio de ese imponente centro de conferencias. Sé que ella está ahí, en alguna parte. Llevo varios años sin verla. A decir verdad, no la he visto más que una vez, pero su rostro y su nombre permanecen grabados en mi memoria, en el cajón de las horas oscuras. Esa mujer ha sido más importante en mi vida de lo que es capaz de imaginar. Fue ella quien, un memorable 1 de marzo, nos dio la noticia de la enfermedad de Thaïs. Ella quien dejó caer la cuchilla sobre nuestras alegrías, nuestros sueños y nuestros proyectos. Ella la primera testigo de nuestra pena insondable. Esta médica entró un instante en nuestra existencia para salir de ella con la misma rapidez. No estuvo allí más que lo que duró el diagnóstico.

Durante mucho tiempo, la simple idea de un reencuentro me revolvía el estómago, provocándome de nuevo la náusea como en una onda expansiva. Pensaba que nunca volvería a verla. Hoy su nombre figura en la lista de los intervinientes en el coloquio en el que participamos Loïc y yo. Y queremos verla.

Llega un receso entre dos conferencias. El público se dispersa por la amplia sala de recepción. Mis ojos recorren velozmente la muchedumbre compacta y bulliciosa. Inspecciono cada rostro. Intento afinar el oído con el propósito de distinguir su voz entre ese guirigay. Una voz que no he olvidado. Por fin, descubrimos a la neuróloga a unos metros de nosotros, conversando con otras personas. Loïc me coge del codo e inicia la marcha. Avanzamos hacia ella como un solo hombre. Ahora no nos separan más que unos cuantos pasos. Ella alza los ojos y los clava en nosotros. Frunce el ceño y deja vagar la mirada un instante, el tiempo necesario para rastrear en su memoria. Cuando vuelven a posarse en Loïc y en mí, sus ojos parecen haberse hecho más grandes. Nos ha reconocido.

—Buenos días, doctora. ¿Podemos hablar un momento? No sé si se acuerda de nosotros. Somos...

—Sí, me acuerdo perfectamente. Sé quiénes son —me interrumpe ella.

No se ha olvidado. Recuerda el diagnóstico de Thaïs y el peligro que corría el niño que esperábamos. Nos revela que, pasado un tiempo, preguntó por nuestra familia. Y se enteró de la enfermedad de nuestra pequeña Azylis y de la muerte de Thaïs. El perceptible temblor de su voz deja adivinar su temor antes que su emoción. Prefiere llevar ella la voz cantante en lugar de dejarnos hablar. Sin duda, tiene miedo de lo que vayamos a decirle. Piensa, como es lógico, que queremos volver sobre el anuncio, sobre

ese momento tan delicado. Sobre lo que dijo y sobre lo que no dijo ese día. Sobre las formas que utilizó, el tono empleado o el tiempo que le dedicó. Quizá tema los habituales reproches que reciben los médicos en esas ocasiones. Nosotros no tenemos intención de tocar ese asunto. Por supuesto que habría cosas que decir, detalles que revisar, pero no queremos juzgar ese instante en términos de éxito o de fracaso.

Un día, un equipo de profesionales nos pidió que evaluáramos el anuncio de la noticia. Se trataba de decir cuánto tiempo duró, si nos chocó o nos disgustó algo, cuáles fueron nuestros sentimientos después de la conversación. Preguntas absurdas todas ellas. ¿Cuánto tiempo? Un segundo o una eternidad, no lo sé: en momentos como ese no existe la noción de tiempo. ¿Lo que nos chocó o nos disgustó? ¿Saber que nuestra hija estaba enferma y que se iba a morir, cómo no! ¿Nuestros sentimientos? La nada.

Soy perfectamente consciente de que a veces estos anuncios pueden ser desacertados. Hay quienes me han contado casos realmente desafortunados. Diagnósticos inapelables comunicados de prisa y corriendo, en un visto y no visto, en un pasillo, sin miramientos. Espetados por médicos impertinentes o torpes, preocupados o con prisas. Esta actitud puede explicarse: el malestar del médico, una emoción mal manejada, la necesidad de poner distancia, incluso el miedo. Las explicaciones no sirven de excusa. Recuerdo el comentario que escuché de un médico que se preguntaba sobre la pertinencia de las precauciones que se deben tomar en el momento de dar la noticia cuando se sabe que, en cualquier caso, se haga lo que se haga, la revelación de un diagnóstico vital es traumática. Tanto cinismo me horrorizó. Por supuesto que esos anuncios son traumáticos. Precisamente por eso requieren delicadeza, comprensión, humanidad. Para no empeorar aún más las cosas. Es cierto que no sirve de nada prolongarlos: no por ello quien los escucha es más capaz de registrar la más mínima información. Sin embargo, sí recordará el entorno general, el contexto. Las formas pueden hacer más dura la prueba. O, por el contrario, aliviarla.

Evidentemente, la noticia de la enfermedad de Thaïs será siempre un terrible recuerdo. No obstante, somos conscientes de que ese día la neuróloga hizo cuanto pudo por crear las condiciones más favorables. Nos condujo a una sala reservada solo para nosotros y pidió la presencia de una psicóloga. Las palabras que empleó fueron al mismo tiempo precisas y sencillas. Se tomó el tiempo necesario, procurando que la conversación ni se eternizara ni se enredara. El anuncio del diagnóstico de Thaïs se hizo todo lo bien que se podía hacer.

En este momento, ese anuncio no es de lo que se trata ni el objetivo de nuestra empresa. Por eso, vuelvo a tomar la palabra por miedo a que la médica, aún inquieta por nuestra presencia, se nos escape antes de escuchar lo que tenemos que decirle.

—Durante nuestra entrevista, hace ya algunos años, nos anunció usted un cataclismo. Desde entonces, nada ha vuelto a ser como antes. Nos despedimos de usted entre lágrimas, temerosos del futuro. Hoy queríamos verla para decirle que somos felices.

Queremos que lo sepa. Porque no cabe duda de que cuesta prever que una familia sometida a una prueba de este tipo pueda volver a gustar el sabor de la felicidad. Porque seguramente imagina que hemos seguido viviendo en el mismo estado en que nos dejó. Por eso, y por lealtad, debemos decirle que el sol vuelve a brillar después de la lluvia: no rompió nuestras vidas al darnos a conocer la enfermedad de Thaïs. Las marcó de un modo indeleble. Pero no nos impidió vivir. Confiamos en que, a partir de ahora, no solo recuerde el día del anuncio, sino también, y sobre todo, el de hoy. En su carrera como neuróloga le quedarán aún muchos diagnósticos que exponer. Quizá vea las cosas de un modo distinto si sabe que uno se puede recuperar de un golpe como ese. Y que se puede ser feliz, aun cuando haga falta tiempo.

Sus hombros se relajan, su mandíbula pierde la crispación. Esboza una primera sonrisa. El miedo cede paso al alivio. Solo pronuncia una palabra:

—Gracias.

AÚN NO ES LA HORA, PERO YA HAY MUCHA GENTE ESPERANDO delante de las verjas cerradas del colegio. Entre la barrera que protege de la calle y la fachada de ladrillo rojo del edificio el espacio es pequeño. Todos los días, la hora de la salida recrea la atmósfera de los parques bursátiles. En cuanto se abre la puerta principal, todos se ponen de puntillas y gritan un nombre agitando la mano. No entiendo cómo los niños, desde lo alto de la escalinata de entrada, logran distinguir una cabeza conocida en medio de semejante aglomeración. La efervescencia no dura nada. Pasados unos minutos, todo el mundo se marcha y la calle recobra la calma.

La clase de Gaspard siempre sale la última. Por eso me quedo en retaguardia, en la acera de enfrente, y observo la escena. Me encanta este colegio de barrio. El patio es en verdad muy pequeño, lo mismo que el comedor, pero lo que dota al colegio de un ambiente humano es precisamente su tamaño. Gaspard lleva aquí desde primaria y conozco a la mayoría de los profesores y a buena parte de las familias. Veo crecer a los niños, nacer hermanos y hermanas, y marcharse a los más mayores. He entablado buenas amistades, sencillas y sólidas. De tanto encontrarnos casi todos los días en la misma acera, muchas veces lo que dura un suspiro, compartimos el día a día. Nos bastan unos minutos para intercambiar noticias, manifestar nuestros estados de ánimo, comunicar nuestras alegrías. Forjar un vínculo y mantener el contacto.

El baile de salidas comienza con los de infantil y continúa por cursos en orden creciente. Estoy hablando con Cécile, Clémentine y Anne-Sophie, quienes, como yo, esperan a sus hijos mayores, cuando una manita me tira de la manga y reclama mi atención. Bajo los ojos y descubro el rostro precioso y sonriente de Héloïse. Me agacho para ponerme a su altura. Entonces veo con claridad sus grandes ojos verdes, su nariz cubierta de pequitas, sus rizos castaños.

—Hola, Héloïse. ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás?

—Hola, Anne-Dauphine. Muy bien. ¿Y Azylis? ¿Cómo está?

—También muy bien.

—¿De verdad? ¿Eso quiere decir que se ha curado?

Una vez más, comprendo que mi respuesta se presta a confusión. Con frecuencia, quienes me piden noticias de Azylis en realidad me están preguntando sobre la evolución de su enfermedad, mientras que mi respuesta se refiere a su estado en ese momento. No niego la grave enfermedad de mi hija, pero la he asumido como lo que es. Por eso contesto como contestaría a Gaspard o a Arthur. Hoy, siendo objetiva, Azylis está bien. No me refiero al progreso de sus limitaciones y sus dolencias, sino a su estado general.

No tiene catarro ni gripe ni fiebre. Así que está bien.

—No, Héloïse, no se ha curado. Azylis no puede curarse, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé. Siempre será mi amiga delicada.

Así es como Héloïse llama a Azylis. Se encariñó de mi hija al verla a la salida del colegio, metida siempre en su carrito. Después de haberse quedado observándola varias veces de reojo, un día se acercó para preguntar con la mayor naturalidad por qué no andaba ni hablaba nunca. Su espontaneidad me conmovió. Entonces le expliqué que Azylis estaba enferma. Ella le cogió la mano y, sonriéndole, le dijo:

—Da igual: eres muy guapa. Ahora ya eres mi amiga.

Azylis estaba en la gloria.

El año pasado, Héloïse llegó un día con aire de triunfo y me tendió un sobre rosa cubierto de lentejuelas de colores. En medio llevaba escrito el nombre de Azylis rodeado de corazones. Antes incluso de abrir la preciosa misiva, me embargó una oleada de emoción. Héloïse invitaba a Azylis a celebrar su cumpleaños. Mientras yo me secaba discretamente los ojos empañados, añadió:

—Azylis será mi invitada de honor. ¿A qué puede jugar? ¿Cuál es la tarta que le gusta?

—Creo que le gustará todo. Es la primera vez que la invitan a un cumpleaños. Gracias, Héloïse. ¿Cuántos años cumples?

—Cinco, cumplo cinco. Muy mayor, ¿a que sí?

—Sí, muy mayor. ¿Sabes?, Azylis también cumple cinco años a finales de mes. Sois casi gemelas.

Héloïse miró a Azylis con incredulidad. Comprendí lo que sentía. Viéndola así, atada en su carrito, nada permitía adivinar su edad. Su motricidad se parece más a la de un bebé de unos meses, pero su sonrisa y su mirada reflejan una auténtica madurez. Azylis, tan mayor y tan pequeña a la vez...

El día D, no sé cuál de las dos, la hija o la madre, estaba más contenta. La invitación animaba a acudir disfrazada. No dejé pasar la ocasión de estrenar por fin el disfraz de princesa que le habían regalado a Azylis en Navidad. La tuve mucho rato delante del espejo de cuerpo entero de nuestra habitación para que admirara el vestido de corte amplio, con sus preciosas mangas abullonadas, en raso color rosa con bordados dorados; la deslumbrante diadema colocada sobre su cabello primorosamente peinado; las pequeñas bailarinas de plástico transparente —también rosa, por supuesto—. Thérèse, Gaspard y Arthur desfilaron ante ella para alabar su regio vestido. Hasta Loïc llamó por teléfono y le deseó que disfrutara de la fiesta de cumpleaños.

Recorrí el trayecto con una sonrisa de orgullo, como si empujara la carroza de una princesa. Sentía deseos de decirles a todos los transeúntes: «Vamos a un cumpleaños». Con ese mismo entusiasmo llamé al telefonillo, anunciando triunfalmente: «¡Somos nosotras!», como si fuéramos los reyes de la tierra. Pero, mientras esperaba el ascensor, me puse a temblar. Comprendí de golpe a qué me iba a enfrentar al cabo de unos instantes: una decena de preciosas niñas de cinco años corriendo, cantando, jugando, gritando, saltando, aplaudiendo, disfrutando. Y, en medio de ellas, mi Azylis, inmóvil y silenciosa. El contraste me traspasó el corazón. De pronto, su disfraz me resultó grotesco y también yo me sentí ridícula, y me entraron ganas de dar media vuelta, de regresar a casa, de quitarle todos los aderezos y continuar la jornada como si nada, olvidando esa locura, esa vida que no es para nosotros. O, al menos, no para ella.

Ya había girado las ruedas en dirección a la salida del edificio cuando entró una niña con su madre. Iba disfrazada de bailarina y llevaba en la mano la misma invitación que nosotras. Al llegar a nuestro lado, se quedó mirando a Azylis un buen rato antes de decir:

—¡Pero si es la amiga de Héloïse! ¿Cómo se llamaba?

—Azylis. Se llama Azylis.

—¡Hola, Azylis! Me alegro de conocerte. Llevas un vestido superbonito.

Miré por encima de la capota del carrito. Azylis mostraba una sonrisa radiante. Comprendí que estaba encantada de encontrarse allí y orgullosa de su aspecto. Su felicidad trajo consuelo a mi corazón. Y me convenció. Llegó el ascensor y nos subimos las cuatro. Cuando Héloïse abrió la puerta de la casa, exclamó:

—¡Ha llegado Azylis!

Todas las invitadas se arremolinaron alrededor de Azylis besándola calurosamente por turno. Mi princesa estaba exultante. Antes de marcharme, deposité un cariñoso beso en su mejilla diciéndole:

—Aprovecha y pásalo bien. Vuelvo dentro de un rato.

Y me fui, orgullosa. Orgullosa y maravillada de mi preciosa Azylis, «la amiga delicada», que tanto sabe de conquistar corazones, solo con una sonrisa. Y que despierta en pequeños y mayores lo que hay de mejor en ellos.

—¡MAMÁ, MAMÁ!

Gaspard me llama desde lo alto de las escaleras. Le hago señas para que baje y se reúna conmigo. Él llega corriendo junto a mí.

—Mamá, espera: no te vayas. La profesora quiere hablar contigo.

No me huelo nada bueno.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—¿Seguro, Gaspard?

—Sí, mamá, te lo prometo. Me he portado super bien. No ha pasado nada, pero me ha dicho que quiere verte.

La profesora agita la mano hacia donde estoy, invitándome a acercarme. La mayoría de los alumnos ya se ha dispersado. Todavía queda un grupo pequeño jugando en la acera mientras las madres siguen charlando. Le digo a Gaspard que se una a ellos el tiempo que tarde en hablar con su profesora. Él no se hace rogar y sale corriendo para reunirse con sus compañeros.

La profesora me acompaña hasta el vestíbulo. Las puertas de entrada se cierran detrás de nosotras. Reina la calma. En el suelo, un guante olvidado, algunas hojas desperdigadas y un lápiz pisoteado son otros tantos vestigios de la agitación que animaba el lugar hasta hace unos momentos. Libre del guirigay de los niños, de repente el colegio se ha vuelto extrañamente silencioso. Solo el paso apresurado de los últimos profesores resuena sobre las grandes losetas del embaldosado. La profesora de Gaspard habla casi en susurros.

—Buenas tardes, señora. Siento robarle tiempo, pero quería hablar con usted.

Parece turbada y frota con nerviosismo las partículas de tiza incrustadas en los surcos de su índice y su pulgar. Empiezo a inquietarme.

—¿Ha pasado algo con Gaspard?

—No, no se trata de eso, tranquila. Es que hoy, en clase, he aprovechado el día en que estamos para hablarles a los alumnos de los años bisiestos. Les he preguntado si sabían cuál es su particularidad. Gaspard ha levantado la mano y ha explicado perfectamente que el calendario cuenta con un día más, el 29 de febrero. Y ha añadido que ese día era el cumpleaños de su hermana.

La profesora hace una pausa, suspira y continúa:

—Le he dicho a la clase que Gaspard tenía razón y he añadido que entonces su hermana solo celebraría su cumpleaños una vez cada cuatro años. Los niños han empezado a removerse para hacer un comentario a mi observación cuando Gaspard ha

dicho tranquilamente: «Da igual. Mi hermana no celebra su cumpleaños porque está muerta».

Ahora entiendo mejor la desazón de la profesora. Poso mi mano sobre su brazo tembloroso y le digo:

—Lo siento. Debería habérselo dicho, pero estaba convencida de que usted sabía lo de Thaïs.

—Sí, no se preocupe: lo sé. En el colegio todo el mundo se acuerda del fallecimiento de su hija. No es eso. Lo que me angustia es haber suscitado sin querer esa conversación. Gaspard es un chico valiente y me da pena haber reavivado en él un recuerdo tan triste.

—No se preocupe. No ha hecho usted nada malo. Thaïs forma parte de la vida de Gaspard. Es capaz de hablar de ella como lo ha hecho hoy, con la mayor naturalidad, sin dejarse embargar por la emoción. Para él sería mucho más doloroso que su hermana se convierta en un tema tabú del que nadie se atreva a hablar por miedo a herirle.

En el momento de la muerte de Thaïs, Gaspard estaba en primaria. Era nuevo en el colegio y, aunque —como la mayoría de los niños de su edad— tenía bastantes amigos, ninguno era realmente su confidente. Pero, poco antes de la muerte de Thaïs, Claire, la profesora de Gaspard, perdió también a su madre, justo antes de Navidad. A la vuelta de las vacaciones, ambos se reincorporaron al colegio con el corazón todavía en carne viva. El primer día la profesora llamó aparte a Gaspard para proponerle un trato: «Un secreto solo entre nosotros dos». No hizo falta nada más para convencer a mi hijo. El contenido del convenio era muy sencillo: cada vez que el dolor de uno de los dos se hiciera demasiado duro de llevar, haría una señal al otro. Y el otro le apoyaría y le consolaría con una mirada o con un gesto imperceptible para el resto de la clase. Me conmoví cuando, tiempo después, me enteré de la existencia de ese pacto. Ese año, Claire no solo enseñó a mi hijo a escribir y a leer. Le inculcó principios y le transmitió valores que le serán aún más útiles en su vida de adulto. Gracias a ella, Gaspard se dio cuenta de que hay otros que sufren como él y que puede consolarles a pesar de su propia pena. Una hermosa lección de solidaridad, de compasión y de consuelo. También comprendió que puede ser él mismo en cualquier circunstancia. No tenía que representar ante el mundo un personaje distinto del que era en casa: en sociedad sus penas merecían tanto respeto como sus alegrías. ¡Qué lejos queda eso que nos decían, cuando yo era pequeña, en el despacho de la directora!: «Los problemas personales se dejan en la puerta del colegio».

—¿QUÉ TAL TE HA IDO HOY EN EL COLEGIO?

Gaspard camina a mi lado, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante para compensar el peso de su cargada mochila. Va disfrutando a grandes bocados de una napolitana de chocolate todavía caliente, una tradición inexcusable los días que voy a recogerle. Se detiene, clava en mí unos ojos abiertos de par en par por la sorpresa y contesta alzando los hombros:

—Bueno, pues lo que es el colegio, sin más...

Temo que la aversión de Gaspard hacia todo lo que guarda relación con el colegio no sufra ninguna variación. Hace poco tuvimos la entrevista con el director de su futuro instituto, previa a su ingreso en sexto el año que viene. El director le hizo algunas preguntas de carácter general para evaluar sus conocimientos y su personalidad, antes de indagar acerca de su asignatura preferida. Muy sorprendidos, Loïc y yo oímos responder a Gaspard pausadamente:

—La lengua.

No hicimos ninguna observación, ningún comentario. La entrevista concluyó positivamente. Nada más cerrarse la puerta del despacho, los dos, al unísono, preguntamos a Gaspard:

—¿Así que la lengua es tu asignatura preferida?

—¡Pues claro que no! Pero ¿qué queráis que dijera? No podía contestar: «Ninguna. Aparte quizá del deporte, solo me gustan el recreo y el comedor». ¡Es el director! A él le encanta el colegio. Ha elegido venir todos los días sin que nadie le obligue. Algo tenía que decir para no ofenderle. ¡No entiendo cómo se le puede hacer esa pregunta a un niño! Me he puesto a pensar: si digo matemáticas, demasiado peligroso: puede pedirme que haga una operación; si digo historia, lo mismo: puede preguntarme sobre algún acontecimiento. En cambio, la lengua...

Lanzo una ojeada de envidia a la napolitana de Gaspard. Él capta mi mirada, parte el trozo que le queda en dos mitades iguales y me ofrece la que tiene borde.

—¿Qué quería la profesora?

—Nada importante. Me ha contado lo que habéis hablado en clase sobre el 29 de febrero y el cumpleaños de Thaïs. Quería asegurarse de que no te habías puesto triste.

—No, para nada. Me ha alegrado poder decir que era el cumpleaños de Thaïs. Aunque en el recreo se me ha acercado Thomas y me ha dicho: «¡Qué pena! Tu hermana se ha muerto muy pronto».

Gaspard detiene sus pasos. Deja la mochila en el suelo, se acomoda la cazadora y me

mira directamente a los ojos.

—Mamá, ¿tú crees que Thaïs se ha muerto muy pronto? Yo creo que no. Creo que se ha muerto al final de la vida; o sea, al final de *su* vida.

¿Es que este niño me tiene que sorprender siempre? Su visión de las cosas nunca deja de causarme asombro. Con sus reflexiones espontáneas, con la mirada de niño con que observa el mundo, Gaspard me invita a reflexionar. Me anima a reconsiderar lo que sé, a cambiar mi forma de pensar. «Thaïs se ha muerto al final de su vida». ¡Menuda perogrullada! Aparentemente, solo aparentemente... Porque, si se piensa despacio, la observación de Gaspard tiene sentido, por no decir mucho sentido.

Todo mi ser —mi espíritu, que nunca deja de buscarla; mi cuerpo, que la reclama—, todo en mí grita que Thaïs ha muerto muy pronto. Muy pronto para mi corazón de madre. Muy pronto para hacer realidad los proyectos, los deseos, el futuro que quería para ella. Muy pronto para ir al colegio, estudiar en la universidad, encontrar un trabajo, enamorarse, traer hijos al mundo, verlos crecer. Muy pronto, demasiado pronto. Y, sin embargo... ¿la vida se resume en una cantidad de años o de experiencias acumuladas? ¿Solo tiene interés si se rellenan las casillas? Thaïs vivió tres años y tres cuartos. Algo que parece insignificante cuando la esperanza de vida es mayor que nunca, cuando muchos de nosotros moriremos centenarios. Soy consciente de todo lo que no ha conocido, lo que no ha sabido, lo que no ha visto. Se ha ido demasiado pronto para tener una vida larga, sí; pero ha tenido una vida, una gran vida. Como decía Benjamin Disraeli, «la vida es demasiado breve para ser pequeña». A Thaïs le dio tiempo a dejar en nuestros caminos una huella profunda e imborrable. Le dio tiempo a ser feliz, a reír y a llorar. Le dio tiempo a recibir amor de todos. Le dio tiempo a amar, con un amor que despierta el deseo de amar. Le dio tiempo a conmovernos, a emocionarnos, a maravillarnos.

Por eso, al igual que Gaspard, creo que Thaïs llegó hasta el final de su vida. Su vida no tenía que durar ochenta años: solo tres años y tres cuartos. No por eso deja de ser una existencia entera. Tenemos demasiada tendencia a pensar, o al menos a decir, que una vida demasiado corta no es una vida, y que una vida demasiado larga ya no es vida. Y yo me pregunto: ¿a partir de cuántos años y hasta cuántas decenas de años hablamos de vida? ¿Es verdaderamente el tiempo lo que importa en nuestra existencia? La vida no es un tiempo que se tasa y se revaloriza con cada vela que soplamos. En palabras de Abraham Lincoln, «al final, lo que importa no son los años de vida, sino la vida de los años». Por eso, cuando vuelvo a recrear las tres primaveras de Thaïs, no puedo evitar pensar con emoción: «¡Solo tres años, pero cuánta vida!».

A DOS CALLES DE LA NUESTRA, LEVANTO LA CABEZA Y RECORRO con la vista la fachada que se alza ante nosotros. Mis ojos se detienen en el tercer piso. Las contraventanas están abiertas. Monique ya debe de estar de vuelta. De hecho, tenía intención de regresar antes de primeros de marzo. Le había prometido que iría a verla inmediatamente después. El momento y el día me parecen oportunos. Temo no tener tiempo más adelante y lamentarlo. Dudo si acompañar a Gaspard para luego volver sobre mis pasos.

—No te preocupes, mamá, ya soy mayor. No pasa nada, vivimos al lado. Puedo volver solo.

Cuando era pequeña, en el precioso y apacible pueblo de Alpes de Alta Provenza, mamá no tenía ningún reparo en dejarnos caminar solas a mi hermana y a mí hasta el colegio, situado al final de la calle. Nuestra única consigna era la de no acercarnos a la calzada. De la mano, recorriamos la acera sin otra compañía. En alguna ocasión, incluso iba yo sola. A mamá no le preocupaba. No corría peligro. Hoy, en cuanto Gaspard desaparece de mi vista a la vuelta de la esquina, me siento intranquila. Y no son precisamente los coches lo que me da miedo.

Gaspard patatea impaciente. Le apetece volver solo a casa, pero aún le apetece más ser mayor y que así se le considere. De manera que le dejo marcharse. Me muerdo la lengua para contener la retahíla de recomendaciones que se me ocurren antes de que salga corriendo.

Por la manera en que Monique ha contestado al telefonillo, por las lágrimas de su voz, comprendo que algo no va bien, nada bien. Me apresuro a subir los tres pisos, optando por las escaleras mejor que por el ascensor, como si cada segundo fuera importante. Cuando llego sin aliento delante de su puerta, presiono el timbre con el dedo más tiempo de lo habitual para obligar a Monique a abrirme cuanto antes. Escucho el ruido del cerrojo y el chasquido de la llave al girar. En el umbral de la puerta aparece Monique. Apenas la reconozco. Su rostro, sus cabellos, su postura, su ropa: todo es un deshecho. Ella, que no sale nunca sin estar impecablemente peinada y maquillada; ella, que respira energía y entusiasmo, hoy es la sombra de sí misma. Algo se ha roto.

Me da un beso y noto sus húmedas mejillas pegadas a las mías. La sigo hasta el salón sin pronunciar palabra. Las cortinas están prácticamente corridas del todo y sumergen la habitación en la penumbra. Sobre una mesa redonda, una sola lámpara encendida hace lo que puede por iluminar el espacio a pesar de su oscura pantalla. Me acerco a un halógeno de pie para pulsar el interruptor. Con un movimiento de la cabeza, Monique me

da a entender que no quiere que encienda. Conozco ese sentimiento, ese rechazo a la luz. Traduce un gran sufrimiento interior, un sufrimiento que oscurece el corazón y el espíritu.

—Monique, por favor, dígame qué ha pasado. Es su hijo, ¿verdad? Creía que estaba mejor.

Ella no dice nada, pero es todo su ser doblado en dos, como replegado sobre sí mismo, el que me responde. Cuando hay un gran dolor, el cuerpo se contrae de este modo en busca de la postura reconfortadora de un niño en el vientre de su madre. Hasta ese tiempo en que nos sentíamos a gusto, ya con vida pero a resguardo.

Hace unas semanas, antes de Navidad, el hijo menor de Monique tuvo un accidente de coche. Acababa de cumplir treinta y nueve años: era feliz, tenía una vida plena. Amaba la vida. Volvía a casa justo antes de medianoche. No cometió imprudencia ni infracción alguna. Simplemente, se cruzó en el camino de un joven conductor poco ducho al volante. A Monique la llamaron de madrugada. Ya estaba despierta, esperando a que el café acabara de filtrarse. Fue un amigo de su hijo el que le avisó. Ella le saludó con brusquedad antes de conocer el propósito de su llamada. Se acuerda de la frase que pronunció, una frase que hoy le parece muy poco oportuna: «Pero bueno, Matthieu, estas no son horas de llamar a la casa de nadie». A continuación, nada: un agujero negro. Y después unas cuantas palabras inconexas: «Jean», «accidente de coche», «hospital», «traumatismo craneal», «se teme por su vida». Ella les dio varias vueltas en la cabeza, como las piezas de un puzle. Su cerebro se negaba a comprender su significado. Por fin, lanzó un grito. Reunió sus efectos personales, hizo la maleta, cerró las contraventanas, apagó la calefacción. Después salió corriendo a la estación del Este para coger un tren con destino a Alsacia y reunirse lo antes posible con «su niño».

Durante el viaje me llamó para contármelo. Justo antes de colgar, se dio cuenta de que se le había olvidado apagar la cafetera. «¡Y el gato! ¡No me he acordado de mi gato!». Le prometí que me encargaría de todo. Me fui a su casa y la portera, una mujer eternamente jovial, me abrió la puerta. Retiré la cafetera del aparato y limpié el café quemado. Me llevó unos minutos dar con el gato, que dormía enroscado encima de una almohada en una habitación vacía: tal vez la de Jean. Se lo confié a la portera, encantada de esa pequeña compañía.

Cuando llegó a urgencias, Jean estaba muy mal. Los médicos eran muy escépticos en cuanto a su evolución. Monique se pasó velándolo largos días, al acecho de señales de mejora, como el centinela que, transido por el frío y en la oscuridad de la noche, espera el alba y la promesa de los cálidos rayos del sol. Poco a poco, el estado de salud de Jean fue mejorando; los hematomas se reabsorbieron. Salió de reanimación y lo trasladaron a la unidad de cuidados intensivos. Monique, más tranquila, tenía previsto pasar unos días en París antes de la primavera. Justo el tiempo necesario para darse un respiro, resolver

asuntos pendientes y ver a su gato. Ahí se acabaron las noticias. Parecían tranquilizadoras. El miedo se transformó en confianza. Antes de resurgir con más violencia aún.

Me acerco a Monique e intento calmar sus sollozos estrechándola contra mí. Se rodea el vientre con los brazos mientras me cuenta. Hace dos semanas, Jean se ha vuelto a sumergir en el coma.

—Una mañana, así como así, sin ningún síntoma previo. Los médicos diagnosticaron una hemorragia cerebral ocurrida de noche. La víspera se había quejado de dolor de cabeza. Tenía que haberle hecho caso. Podría haberme dado cuenta. Jean se despertó a los pocos días, pero ya no está aquí. Sus ojos están vacíos, su voz está vacía, su cabeza está vacía.

Monique habla sin mirarme. Tiene la vista clavada en el suelo, sin verlo. Su mirada vaga lejos de aquí, tan lejos que ni todos mis esfuerzos ni toda mi buena voluntad bastan para consolarla.

—Los médicos son muy pesimistas. El alcance de los daños es enorme. Creen que Jean no volverá a recuperar nunca sus funciones.

Querría tranquilizarla, decirle que a veces la plasticidad del cerebro nos reserva buenas sorpresas. Querría hablarle de personas con graves lesiones que han salido adelante a pesar de todos los pronósticos. Guardo silencio: comprendo que hoy esas palabras no serán bien recibidas. Descansan sobre una hipótesis, allí donde Monique querría certezas. No aportan la esperanza que necesita en este momento.

Seguramente, Monique se ha olvidado de mi presencia, a pesar del tornillo de mis brazos alrededor de sus hombros. Habla como para sí misma.

—Mi Jean, mi pequeño Jean. ¿Qué vida te espera? No tienes ni cuarenta años y tu vida está arruinada. Lo siento, cariño: de haber sabido la suerte que te aguardaba, no te habría traído al mundo.

Un rayo de dolor traspasa mi corazón. Ninguna madre debería lamentar jamás haber dado la vida a su hijo. Con una mano cojo a Monique por el codo y deslizo la otra por detrás de su espalda, entre sus omoplatos, invitándola a sentarse en el sofá tapizado. Ella se deja guiar dócilmente. Me siento junto a ella, con las piernas de lado para tenerla frente a mí, y le miro a los ojos.

—Monique, usted no podía saberlo. Nunca sabemos lo que les espera a nuestros hijos. ¡Afortunadamente! Si no, nadie los tendría. ¿Y qué más da saberlo? ¿Qué habría hecho usted de haber visto el futuro de Jean en una bola de cristal?

—Me habría echado atrás. Eso no es vida, ¿sabes?

—¿Y qué pasa con sus primeros treinta y nueve años? ¿Con todos los tiempos

felices? Siempre ha dicho usted de él que era un niño feliz, que luego se convirtió en un adolescente bromista y temerario, y más tarde en un joven responsable.

—Eso fue antes. Ahora su vida ya no tiene sentido. No merece la pena vivirla.

Entiendo la hondura de su desesperación. Y me entristece verla así, privada de luz. Si lograra encontrar las palabras... Me gustaría preguntarle: «¿Qué es lo que da sentido a la vida, Monique? ¿La profesión que ejercemos, la familia que construimos, el coche que conducimos, la cuenta bancaria que engordamos? ¿Cuál es la vida que merece la pena vivir, Monique? ¿La de los importantes, los fuertes, los valientes, los inteligentes, los afortunados? ¿Qué es lo que realmente importa en la vida, Monique?». Me gustaría hablarle de Flora.

Flora es joven. Tiene diecinueve años. Es guapa. Es feliz. Sin embargo, no habla, no se levanta de la cama, no se mueve. Y así ha sido desde el día en que nació, a causa de un problema cerebral que se presentó seguramente en el momento del parto: «indetectable», aseguraron los médicos. Los mismos médicos que no tardaron en anunciar a los padres de Flora que la niña no viviría, añadiendo: «Mejor así, para ella y para ustedes». Pero, en contra de todo lo esperado, Flora sobrevivió. A lo largo de los meses y de los años siguientes, cada cierto tiempo los médicos se pronunciaban sobre las perspectivas de su esperanza de vida. Flora las ha desmentido siempre. Los pronósticos periódicos cesaron el día que los padres de la niña dijeron a los médicos: «Ya ven ustedes que quiere vivir. Contraviene todas las predicciones. Así que dejémosla vivir».

Cuando nos conocimos, lo primero que me impresionó en Flora fue lo duro de su enfermedad, antes de sentirme conmovida por su personalidad. Durante la conversación, mantenida al ritmo de su dicción lenta y accidentada, me confió sonriente:

—Mi problema es que no puedo hacer gran cosa de mis días. Es triste no tener un objetivo en la vida. Por eso decidí empeñarme en hacer felices a los demás. A eso consagro la mayor parte de mi tiempo. A cuantos vienen a verme, al personal sanitario, a mi familia, a los representantes de las asociaciones, a todos sin excepción intento hacerles felices. ¡Menudo trabajo!, ¿verdad? Pero es un trabajo estupendo.

Ese día, yo me había despertado con la moral baja. Flora me devolvió la sonrisa para mucho tiempo. Hacer feliz a la gente: ¡qué ocupación tan bonita! Que nadie diga jamás que la existencia de esta joven no tiene razón de ser. Ella le proporciona cada día el sentido más hermoso que existe: la felicidad. El sentido de una vida no lo determinan las pruebas a las que nos enfrentamos. El sentido de una vida es lo que hacemos de ella.

Monique se frota los ojos con la palma de la mano para secárselos. Una madre con el corazón roto llora siempre como un niño.

Saca del paquete un pañuelo limpio que deshilacha entre sus nerviosos dedos.

—Nunca había conocido un dolor tan grande. Y he pasado por muchas pruebas: la ausencia de mi marido, la muerte de mis padres; pero nada es comparable a lo que siento hoy. ¿Y sabes lo que más me hace sufrir? No poder ayudar a mi niño. Digo mi niño aunque ya no sea joven, porque en mi corazón de madre siempre seguirá siendo mi niño. Y ahora, cuando más me necesita, no puedo hacer nada para ayudarlo. Es insoportable. Insoportable. Más valdría que...

Monique no termina la frase, pero su mirada se pierde de nuevo en el vacío durante un breve instante. Lo sé. Sé cuánto duele ese sentimiento de impotencia. Lo conozco. Pero sé algo más. Algo que acaba con esa sensación de no poder. Es mi secreto. El que me confió Thaïs. Nunca lo he contado; al menos, nunca con detalle. Porque conlleva una parte oscura, una parte que amenazó con enterrar mi espíritu y sepultar mis mejores sentimientos. Una parte que tuve que vencer.

Inspiro profundamente y expulso el aire despacio. Busco el valor y las palabras. Cierro los ojos para convocar mejor a mi memoria. Y al instante, ahí mismo, recupero mis recuerdos, que desfilan tras mis párpados cerrados. Como si fuera ayer.

DEBÍA HABERME IMAGINADO QUE AQUELLO VOLVERÍA A EMPEZAR. Ya que lo presentía, podía haberme anticipado para que no me pillara otra vez desprevenida. ¿Por qué no he dejado al menos las cajas a mano? Mientras rebusco en el cajón, hasta el fondo, grito:

—¡Voy, Thaïs! No te preocupes. Ahora mismo estoy ahí.

En la habitación de al lado, la llamada de Thaïs se ha convertido en un quejido constante. Por fin encuentro el objeto de mi búsqueda. La caja todavía está cerrada. La cojo y la sujeto con fuerza entre mis manos temblorosas. Salgo casi a la carrera para cruzar el pasillo y volver lo antes posible junto al lecho de mi hija.

No sabría decir hace cuántos minutos comenzó la crisis. ¿Dos, cinco, diez? No llevo la cuenta: tengo la sensación de que ha pasado una eternidad. He perdido la noción del tiempo. Como si el dolor dilatara los segundos. Me apresuro. Echo pestes contra la caja que se me resiste, extraigo con frenesí un blíster y saco un comprimido. Y, por fin, se lo doy a Thaïs. Rezo para que haga efecto lo antes posible y libre a mi princesita de sus insoportables dolores.

Me quedo a su lado, estrechando con fuerza sus manos. Intento calmarla con palabras que ni siquiera a mí me convencen.

—Ánimo, Thaïs, pasará pronto. Ya está, ya te he dado la medicina. Venga, preciosa, venga. ¡Ánimo! Estoy aquí. Se pasará.

Sus gritos se reanudan con más fuerza aún. Se me parte el corazón.

Noto cómo se forma una bola en mi interior; luego el estómago se me sube a la garganta, un sudor frío me cubre la espalda, se me nubla el cerebro. ¡Sufrir de este modo es inhumano! ¡Inhumano! Nadie debería conocer algo así, y mucho menos una niña de dos años y medio. No soporto más ver a Thaïs padecer tantos sufrimientos, tan violentos que no son cuantificables en la escala del dolor. Los medicamentos que le he administrado la aliviarán, pero su tiempo de latencia es muy largo. No puedo más. Esto tiene que terminar. Mi mirada se posa sobre el frasco de comprimidos y, sin pensarlo siquiera, me escucho decir a Thaïs con voz monocorde:

—Cariño, veo cuánto sufres. Es una pesadilla. Si quieres que esto acabe, dímelo. Haré lo que sea para aliviarte, lo que sea. Aunque tenga que ser algo definitivo.

Sí, en ese momento estoy dispuesta a todo. Cualquier cosa antes que dejarla sufrir. Solo espero una señal por su parte, un gesto, una palabra. Pero Thaïs guarda silencio.

De su boca no sale ningún sonido, ni un solo ruido. Me mira con el rostro

congestionado por el grito que retiene entre sus dientes apretados. En medio de un silencio de muerte, clava los ojos en mí. Invita a mi mirada a hundirse en la suya. Y ya no la suelta. Sus ojos, ventana de su alma, hablan a los míos. «No pasa nada, mamá. Me duele, pero sé que pasará. Tú has hecho todo lo necesario para que así sea. Mi grito solo expresa dolor, no desesperación. Pero, si no lo soportas, si te resulta demasiado difícil verme así, me callaré. Te protegeré, mamá, para que no sufras». Eso es todo lo que leo en sus ojos abiertos, en ese instante serenos, mientras los míos no se despegan de su tormento.

Me acurruco a su lado y lloro hasta la saciedad. No le toca a Thaïs preocuparse de evitarme la pena, de callar su dolor para ahorrarme el mío. Tiene derecho a expresar lo que siente sin temor a hacerme daño. Pegada a ella, de pronto comprendo lo que me duele tanto: no ser capaz de aliviarla. Ese sentimiento de impotencia frente a su dolor es insoportable. Me empuja a plantearme una solución radical, pues me digo interiormente: «Es lo menos que puedo hacer por ella».

Reclino mi cabeza sobre su pecho y le hablo bajito.

—Perdona, Thaïs, perdona lo que te he dicho. Y, sobre todo, no creas que no te soporto más, princesa; es tu dolor lo que se me hace inaguantable.

Y sollozo como una niña pequeña mientras añado:

—Me gustaría tanto aliviarte cuando sufres... pero no sé qué hacer. Soy tu madre y, sin embargo, no sé qué hacer. Te doy las medicinas, pido que te ajusten el tratamiento, pero tengo la sensación de que no es suficiente. Veo que sigues sufriendo y me desespero. ¿Qué puedo hacer para ayudarte, Thaïs?

Thaïs no pronuncia una palabra, pero noto palpar más fuerte los latidos de su corazón, justo debajo de mi oído. Como si quisieran captar mi atención, como si quisieran decirme algo. Entonces mi corazón se sumerge en el suyo para hallar la respuesta. En un instante, todo se vuelve nítido y claro. ¡Es una señal!

Sus latidos regulares me dicen: «Mamá, quíerme. Es lo único que te pido. Solo necesito eso». Nada más: no espera nada más de mí. ¿Cómo no lo he comprendido antes? Los cuidados que se le prodigan curan las llagas, pero es el amor el que permite olvidar el dolor, es el consuelo el que alivia el sufrimiento. Gracias, Thaïs, gracias por haber cambiado mi corazón, dejándole darse cuenta de que la respuesta al dolor no es la muerte: no lo será nunca. La respuesta al dolor es el amor.

Al tiempo que mi conciencia se ilumina, el sentimiento de impotencia que me dominaba hasta entonces desaparece. No estoy inerme frente al dolor de Thaïs. No lo estaré nunca. Siempre podré amarla, siempre podré amarla más. Mi espíritu vislumbra nuevos horizontes, mi corazón se libera. A partir de ahora, me enfrento a los dolores inhumanos de Thaïs con un amor sin barreras, sin reservas, sin límites.

Me cuesta abandonar estos recuerdos, cuya evocación despierta en mí sentimientos encontrados. Los sufrimientos de Thaïs me han traumatizado. Mi memoria no perderá nunca su rastro. Pero mi corazón de madre recordará siempre el increíble amor compartido en esos momentos terribles. Un amor que le permitió no estallar en mil pedacitos, sino henchirse y aumentar su capacidad de amar.

Respiro con dificultad y mi mente está en ebullición. Monique se ha callado. Me ha rodeado los hombros con su brazo y ahora es ella la que me consuela a mí. Su pena se ha calmado de momento. Volverá, no cabe duda, seguramente esta tarde, a la hora en que se pone el sol. Las fuerzas suelen flaquear justo antes de que caiga la noche, durante el crepúsculo. Ahora quiere llamar al hospital para preguntar por Jean. Así que me despido. Antes de que se cierre la puerta, me dice con un suspiro de cansancio:

—Tengo miedo. No sé si seré capaz de soportar esa vida.

—Ya verá cómo sí. Viva día a día, sin pensar demasiado en el mañana. Hoy Jean solo le pide que le quiera. Con todo el corazón.

De camino a casa, la conversación sigue rondando mi cabeza. La repaso a la luz de las palabras de Corneille: «La fuerza del amor se manifiesta en el dolor». Solo el amor tiene el poder de invertir la tendencia. Y no únicamente el amor de una madre. Recuerdo un encuentro con un catedrático de medicina hoy jubilado. Evocando sus lejanos años de jefe del servicio de pediatría, me habló de un momento crucial en su carrera. El día en que acudió junto al lecho de un niño arrasado por el dolor. Las enfermeras le habían llamado horrorizadas. Él evaluó la intensidad de la crisis y prescribió los analgésicos necesarios. Desgraciadamente, los dolores eran refractarios y cada vez más violentos. Para hacer frente a las constantes crisis del niño, aumentó las dosis y añadió otros medicamentos más fuertes. Hasta agotar todas las posibilidades, sin éxito. Incapaz de aliviar a su pequeño paciente, se disponía a irse, a cerrar la puerta de la habitación tras él y marcharse lejos, al otro extremo de la planta, para no enfrentarse a su impotencia. Había decidido renunciar... antes de echarse atrás. Volvió sobre sus pasos. Se acercó al niño enfermo, lo cogió en sus brazos y lo acunó. Se quedó así un buen rato, hasta que el pequeño se calmó. El personal sanitario no se lo podía creer cuando se lo encontró: él, el destacado catedrático a menudo distante y autoritario; él, el jefe de servicio prestigioso y respetado, sentado al borde de la cama, estrechando al niño contra él, cantándole dulces melodías. Su emoción seguía siendo palpable mientras me lo contaba, pasados los años. Y mientras concluía con lágrimas en los ojos:

—Cuando creemos que no podemos hacer nada más, aún queda el amor.

—¿GASPARD, ARTHUR? ¡Azylis, Thérèse!, ¿dónde estáis? ¡¿Hola?! ¿Hay alguien?

Nadie. Al parecer, no hay nadie en casa. Mi voz tropieza con las paredes y resuena en las habitaciones. Vuelvo a llamar. Miro en los dormitorios, en el salón. Todo vacío. ¡Qué raro! Me he cruzado en la calle con Marina, la ergoterapeuta de Azylis, así que hace unos minutos los niños tenían que estar en casa. Seguramente Thérèse se los ha llevado a todos al parque antes de que se haga de noche. Puede ser que hayan salido por el garaje y por eso no me los he encontrado. Me quedo un poco desilusionada. Tenía ganas de verlos. Dudo si salir en su busca, pero no sé a qué parque habrán ido. Me imagino a los dos chicos al trotecillo, echando una carrera y revoloteando alrededor de la sillita de Azylis para deleite de esta. Espero que vaya bien abrigada. Es bastante friolera. Cuento con la infalible supervisión de Thérèse, que la habrá arropado convenientemente. Entrará en calor deslizándose una y mil veces por el tobogán, como de costumbre, mientras Gabriel y Arthur trepan a la araucaria. A mis tres hijos les encanta jugar en la calle. Sería más fácil organizarse si tuviéramos una casa con jardín. ¡Esperemos que sea pronto! Llevo mucho tiempo resistiéndome a la idea de mudarme. No he querido dejar el piso en el que ha vivido Thaïs. No estaba preparada para ese duelo. Desde entonces ha llovido mucho. Ahora me lo planteo con un poco más de serenidad, por el equilibrio familiar.

Miro el reloj. Son las cinco pasadas. Me alegra estar aún a tiempo de merendar. Siempre me ha encantado este momento del día, especialmente en invierno. Me quito el abrigo y los guantes, guardo el bolso y empujo la puerta de la cocina. Me quedo boquiabierta y con los ojos como platos: el desorden que reina en ella es poco habitual. Cacerolas, boles, cucharas de madera, espátulas y demás utensilios se amontonan sobre la encimera: parecen abandonados por unos usuarios repentinamente desaparecidos. Oigo risitas ahogadas. Sonrío, pero no me muevo del sitio. Los cloqueos se reanudan, ahora con mayor nitidez. Me acerco sigilosamente a la mesa, me agacho y me encuentro cara a cara con Gaspard y Arthur, muertos de risa. En ese momento, Thérèse y Azylis salen también de su escondite.

Gaspard está muy satisfecho de su maniobra.

—¡Te hemos pillado!, ¿eh?

—¡Sí! Estaba convencida de que habíais salido a jugar. ¿Qué hacíais escondidos debajo de la mesa?

—No queríamos que nos vieras.

Ataviado con un delantal que le llega hasta el suelo, Arthur se me planta delante enfurruñado, con la cabeza gacha, los labios apretados y los brazos cruzados.

—¡Mamá, lo has estropeado todo! No tenías que entrar en la cocina. Te íbamos a dar una sorpresa.

—¡Uy, lo siento, no lo sabía! ¿Cuál es la sorpresa?

—Estamos haciendo una tarta de chocolate con Thérèse —contesta Gaspard.

—¡Qué buena idea! Aún no he merendado, así que me voy a poner las botas.

—No —replica Arthur con el ceño fruncido—, no es para ahora. Es para después de cenar, porque es el cumpleaños de Thaïs.

—Muy bien, pues esperaré a la cena. ¡Hala, manos a la obra!

Los niños no se hacen rogar. Arthur se arremanga, se sube a una silla y rompe sobre una cacerola una tableta de chocolate negro. Gaspard pesa el azúcar, la mantequilla y la harina. Consulta la receta que tiene delante y da instrucciones a sus pinches. Azylis no se queda mano sobre mano. Bien sentada en una sillita de su tamaño afianzada sobre un soporte con ruedas, monta las claras a punto de nieve con la cabeza sostenida por una mentonera. Thérèse la ayuda a sujetar la batidora con la mano. Azylis temblequea y se ríe cuando las vibraciones le recorren el brazo.

Los niños me dan permiso para quedarme, pero recibo instrucciones de no interferir en la elaboración de la tarta. «Ahora que ya no es sorpresa...», dice Arthur desilusionado. De modo que me mantengo al margen. Lleno el hervidor, elijo un té de aroma intenso y perfumado, y vierto el agua hirviendo sobre las hojas secas, observando cómo aumentan de tamaño. Tuesto dos rebanadas de pan de molde y las unto con mantequilla mientras aún están calientes. Me siento a la mesa y admiro al experto equipo que se afana ante mi vista. Thérèse vigila de cerca la buena marcha de las operaciones. Cada uno está a lo suyo. Al cabo de unos minutos, el olor del chocolate fundido inunda la habitación y estimula nuestras papilas. Arthur no aguanta más y mete discretamente el dedo en la cacerola. Gaspard, que le ve, le regaña con severidad. Arthur le contesta. Gaspard se enfada. Y empieza la pelea. Como de costumbre, la armonía entre ellos ha durado poco. Intervengo suspirando:

—¡Ya está bien, chicos! No os peleéis: estáis haciendo una tarta estupenda.

—¡Ha empezado él!

Su respuesta ha brotado al unísono, acusándose mutuamente. La discusión aumenta de volumen. Se suceden las lindezas. Y vuelta a empezar. Arthur blande la cuchara de madera llena de chocolate caliente, mientras que Gaspard lo rocía de harina. Thérèse los separa antes de que la cocina acabe completamente arrasada. Durante unos instantes, se quedan cada uno en su esquina, echando pestes, y luego reanudan su colaboración como si no hubiera pasado nada.

Azylis contempla la escena con cierta distancia, sin dar señal alguna de alterarse por

la pelotera entre sus hermanos. Me apena ver cómo se pelean mis hijos. Me gustaría que se llevaran bien. Loïc, que es el mayor de una familia numerosa, suele tranquilizarme a menudo asegurando que no hay nada más normal que las peleas entre hermanos, incluso las algo virulentas. Aunque la mayoría de las veces logro convencerme, no puedo evitar pensar que la singularidad de nuestra familia dota a su relación de una dificultad añadida. La diferencia de edad entre Gaspard y Arthur es grande. No son solo siete años lo que les separa. Desgraciadamente, es mucho más que eso. En ese lapso de tiempo hay un pasivo, una vivencia, una historia. Hay dos hermanas pequeñas con las que Gaspard no puede jugar ni pelearse. Es verdad que le gusta pasar tiempo con Azylis y que se interesa realmente por lo que hace, pero no es lo mismo que un chico mayor que comparte sus aficiones y sus juegos.

Gaspard insistió sin tregua en que quería un hermanito. Durante mi embarazo manifestó un entusiasmo febril. Cuando nació Arthur, vino corriendo al hospital y se paró en seco delante de la cuna, con expresión de desconcierto: «¡Pero si solo es un bebé! Yo no había pedido esto. Quería un hermano más o menos de mi edad para jugar con él. Con este bebé no puedo hacer nada. Es un enano». Por más que le explicamos que todas las personas empiezan a vivir así de pequeñitas, para él la llegada de un niño de pecho fue un error en el pedido. Finalmente, pasados unos días, el cariño pudo más que la desilusión. Sigo convencida de que Gaspard guarda un rastro de ese sentimiento. Su frustración no genera animadversión hacia Arthur, pero sí manifiesta todas las renuncias por las que ha tenido que pasar nuestro hijo mayor con Thaïs y Azylis. Por eso solo tiene un anhelo: que su hermano pequeño crezca. Y yo solo tengo un deseo: que Arthur crezca despacio.

La tarta ya está en el horno. Gaspard comprueba la temperatura y el tiempo de cocción, mientras Arthur se queda con la nariz pegada al cristal del horno. Me acabo el té y recojo con la punta del índice las migas que han caído en el plato. Propongo a los niños jugar a algo en cuanto la cocina esté recogida. Gaspard y Arthur intercambian una mirada cómplice. Y el mayor toma la palabra en nombre de los dos.

—Bueno, mamá, nos encantaría jugar contigo, pero preferimos ver dibujos animados. Hemos trabajado mucho preparando la tarta, ¿sabes? Así descansaremos.

Me quedo pensando. Normalmente, no me gusta que vean la televisión entre semana. Pero este día es un poco especial...

Así que acepto, en medio de sus gritos de entusiasmo. Se van corriendo al salón.

—¡Yo elijo el DVD! —exclama Gaspard.

—No, lo elijo yo.

—No, Arthur, siempre eliges tú. Hoy me toca a mí.

¡Y vuelta a pelearse! Esta vez dejo que se arreglen ellos solos. Ya acabarán

poniéndose de acuerdo.

Azylis sigue en la cocina con Thérèse. Paladea una cuchara cubierta de masa de chocolate. Es un ejercicio difícil para sus manos inhábiles. Pero no se da por vencida: nunca se da por vencida. Su boca toda embadurnada me sonríe. La limpio con una servilleta de papel húmeda y le pregunto:

—¿Me das un beso, Azylis?

Ella me responde con una sonrisa radiante y abre mucho la boca. Pego mi mejilla. Sus labios aprietan, pero no sale ningún sonido. Nos quedamos así un rato, sin movernos. Azylis necesita tiempo para hacer las cosas. Lo comprende todo, rápido y bien, pero la ejecución de sus movimientos es lenta. A la información le cuesta circular desde su cerebro hasta su cuerpo. Los miembros tardan en obedecer. Las lesiones de la vaina de los nervios dificultan su motricidad. Y la privan de muchas capacidades.

Espero sin pestañear. Pero no pasa nada. Azylis está inmóvil, con la boca apretada. No consigue dar el beso. Un beso, ¿qué es un beso? Un gesto fácil, evidente, instintivo, pero imposible ya para mi hija. Este pequeño paso en el progreso de su enfermedad no es insignificante. Demuestra una vez más que la enfermedad no se ha frenado. Se me encoge un poco el corazón. Pero no por mucho rato. Enseguida se calma, porque sé cómo van a evolucionar las cosas. Con paciencia, Azylis se empeñará una y otra vez en intentar dar besos. Llegará al límite de sus posibilidades, hasta estar segura de su impotencia y aceptarla. Porque siempre acepta sus límites. Entonces buscará otro modo de demostrarnos su amor. Confío en ella. Su capacidad de adaptación no es comparable a nada.

Azylis aún no se ha rendido. Noto su respiración en mi mejilla. Se concentra todo lo que puede. Me separo un poco y cojo su cara entre mis manos.

—No te preocupes, princesa, he notado tu beso, al menos en el corazón. No pasa nada si no lo consigues. Si quieres, nos podemos dar un beso de mariposa.

Acerco mi rostro a su pómulo y agito varias veces las pestañas lentamente, rozando su mejilla. Ella sonríe. Y yo también.

Salgo de la cocina para dejar que vaya a reunirse con sus hermanos. Al llegar a la puerta, oigo un sonido inesperado, un «muac» que estalla en la habitación y resuena en mi pecho. Me doy la vuelta y contemplo la cara de felicidad de mi princesa. ¡Lo ha conseguido! Estoy orgullosa de ella, de su paciencia, de su tesón, de su confianza en sí misma, de todas sus excelentes cualidades.

Vuelvo sobre mis pasos para estrecharla entre mis brazos, enjugándome una lágrima en sus cabellos.

—Gracias, Azylis, gracias por el beso. Eres maravillosa.

En ese momento, no puedo evitar pensar en Jeanne. Y en la conversación que

mantuvimos. Jeanne podría ser mi madre. Me la encuentro a la salida del colegio. Suele ir a recoger a sus nietas. Me encanta lo elegante, lo dulce que es, y admiro su sonrisa. Porque conozco su hondura y su fuerza. Jeanne tiene dos hijas más o menos de mi edad: Catherine, la mayor, y Anne-Sophie, la benjamina. Conocí a Anne-Sophie cuando Gaspard comenzó primaria: su hija pequeña estaba en la misma clase que él. Nos hicimos amigas enseguida. Me contó la historia de su familia después de escuchar la mía. Desde muy pequeña, su hermana mayor, Catherine, sufrió graves crisis epilépticas. Aunque sobrevivió, su cerebro quedó irreversiblemente dañado. Hoy Catherine roza la cuarentena. Ha crecido, pero sus capacidades neurológicas son las de una niña pequeña, dependiente de otros para todas las actividades de la vida diaria.

Desde que recibí esa confidencia, tengo la costumbre de cambiar unas palabras con Jeanne cuando me cruzo con ella. Nunca hablamos de temas demasiado personales, pero nos preguntamos por nuestras respectivas niñas. Este interés no es un mero reflejo cortés: manifiesta una preocupación sincera y teje los lazos de una callada complicidad.

Un día, a la salida de clase, esperaba a Gaspard a cierta distancia del colegio. No tenía ganas de hablar con nadie: mi moral estaba por los suelos. Me preocupaba Azyllis y su futuro. Jeanne también estaba allí, un poco más lejos. Le hice una seña con la cabeza, pero no me moví de mi sitio. Ella me contestó con una sonrisa. A la vuelta, emprendimos el mismo recorrido. Mientras caminábamos hablando de todo un poco, vi correr delante de nosotras a las hijas de Anne-Sophie, perseguidas por Gaspard, y le dije a Jeanne:

—¡Qué suerte tiene! Sus nietas son a cual más guapa y más encantadora. Anne-Sophie la ha llenado a usted de satisfacción.

—Sí, son adorables. Y es verdad que Anne-Sophie ha hecho de mí una abuela satisfecha. Pero, ¿sabe?, Catherine me hace igual de feliz. Estoy muy orgullosa de mis dos hijas.

Me detuve en seco, como paralizada por un golpe violento. Un golpe en todo el corazón. Me quedé inmóvil, estorbando el paso. Me fijé en Jeanne, en su pelo blanco, en las arrugas que surcaban su hermoso rostro, en las manchas de sus manos. Tenía ante mí a una mujer ya de cierta edad. Y esa madurez confería a su respuesta otra dimensión. Pronto haría cuarenta años que Jeanne acompañaba a Catherine. Cuarenta años cuidándola, llevándola en brazos, aseándola, dándole de comer, manejándola, acostándola, levantándola. No me resulta difícil imaginar los momentos de desaliento, de cansancio, de inquietud. Y no obstante, en última instancia, con contundente sinceridad, Jeanne expresaba todo el orgullo y el amor que le inspiraba su hija. Sentí ganas de abrazarla para agradecerle el regalo que me había hecho sin saberlo. Jeanne acababa de liberarme de uno de mis mayores temores.

Su comentario nunca dejará de iluminar mi camino. Pienso en él cada vez que me estremezco al preguntarme si seré capaz de acompañar a Azylis a lo largo de toda su vida, a pesar de sus discapacidades. Si seré capaz de seguir tan orgullosa de ella como lo estoy ahora. Si seré siempre capaz de maravillarme de lo que es y de lo que hace. La voz apacible de Jeanne, en medio de la tormenta, me tranquiliza. Sí, es posible.

NO SE HA MOVIDO. Lleva varias semanas ahí, inmutable. Me desafía en cuanto entro en la habitación. Pegado en el canto de la estantería que hay encima de la mesa de trabajo, me es imposible no verlo. Su forma rectangular y su color amarillo fosforito atraen la mirada a distancia. Elegí un *post-it* bien visible para estar segura de no olvidarme. Todos los días alargo el plazo, recurriendo a cualquier pretexto inverosímil. Esta mañana, al levantarme, he tomado la firme resolución de hacerlo hoy: el día me parecía ideal. He ido retrasando la decisión de hora en hora. El beso de Azylis me ha dado el empujón que necesitaba. Ahora o nunca.

Despego el papelito. En medio del rectángulo hay un número de teléfono garabateado con tinta negra. La letra es algo insegura. Es la mía. De tanto leer la serie de números, casi me la sé de memoria, pero no la he marcado nunca. Cojo el auricular y acaricio con el pulgar las flexibles teclas de goma. Y dudo.

Al otro lado del hilo se encuentra el futuro de Azylis. Ese número es el de un centro especializado, el lugar donde mi hija podría vivir los próximos quince años. El lugar donde seguro que aprenderá, crecerá, se desarrollará. Necesita un sitio así, porque no va al colegio. Cuando iba a cumplir tres años, dudamos si matricularla en infantil. Habría podido cursar primero, quizá segundo, pero ¡a qué precio! Estaría constantemente expuesta a sus limitaciones y a sus dificultades, no solamente en clase, sino también en el recreo y en el comedor. La directora del colegio se mostró solícita. Estaba dispuesta a mover montañas con tal de admitir a Azylis. ¿Para qué?

Tardé tiempo en renunciar. Me encanta ver a Gaspard avanzar y encaminarse a buen paso hacia el instituto; me emocionó acompañar por primera vez a Arthur al colegio. Lo tranquilizador de la escolaridad es que corrobora el desarrollo de un niño. Por eso, cada inicio de curso va acompañado de un pellizco en el corazón al constatar que, un año más, Azylis se quedará en casa. Entonces tengo la sensación de que su existencia transcurre al borde del camino, fuera de los senderos trillados, alejada del recorrido tradicional. Y esa constatación me entristece. Gaspard no ve las cosas de la misma manera. Cree que es una inmensa suerte no ir al colegio. Se lo suele repetir a su hermana cada mañana cuando sale de casa. Hay quien comparte su opinión: Max, por ejemplo. Con seis años, este otro niño vino un miércoles por la tarde a jugar con Gaspard estando Thaïs hospitalizada en casa. Al llegar, me dijo casi en susurros:

—¿Puedo ver a Thaïs? Me gustaría saludarla y decirle una cosa.

—¡Claro! Si quieres, Gaspard te acompaña. Sabes que está enferma, ¿verdad?

—Sí, me lo ha contado Gaspard.

—Muy bien. Ve, pues.

Max se detuvo en el umbral de la puerta, como petrificado, y dijo con voz trémula:

—No puedo entrar, Gaspard. Se me ha puesto la carne de gallina.

—¿Sí? A ver...

Max se subió la manga de la camisa. Gaspard se quedó extasiado.

—Pues es verdad, tienes la carne de gallina. ¡Qué fuerte! ¿Y por qué?

—Me da un poco de miedo que Thaïs me impresione demasiado.

—No te preocupes, yo estoy contigo. No es más que una niña acostada en su cama.

Los dos niños entraron en la habitación. Max se acercó a la cama. Lanzó una rápida ojeada a la sonda de saturación que rodeaba el dedo de Thaïs, al tubo de oxígeno de su nariz. Su aprensión se esfumó en cuanto se encontró con la sonrisa de Thaïs. La agarró de la mano antes de preguntarle a Gaspard:

—¿Me oye?

—Sí... bueno, a su manera.

Entonces Max le habló:

—Hola, Thaïs. ¡Qué bien estás aquí! Tienes un cuarto muy bonito. Encima de la cama hay dos dibujos preciosos. ¿Los has hecho tú? ¡Uy, qué idiota! Si no puedes... Quería decirte una cosa. No sé si te das cuenta, pero ¡qué potra tienes de no ir al colegio...!

En el caso de Thaïs no nos planteamos el tema del colegio. Era muy pequeña y estaba muy enferma. Con Azylis la situación es distinta. Sigue cumpliendo años y continúa desarrollando competencias. Aunque no se mantenga estable, después del trasplante las circunstancias no son las mismas. Estrictamente hablando, Azylis no está enferma: está discapacitada. Muy discapacitada. Sí, en su caso es más correcto hablar de discapacidad. A mí no me gusta decirlo: no así, en todo caso. No es que me avergüence, ni mucho menos. Pero la mirada de la sociedad hacia la discapacidad es mucho menos benévola que la que dedica a la enfermedad. Así lo he experimentado más de una vez. Cuando digo que mi hija está enferma, suelo inspirar una compasión instintiva. Cuando digo que es discapacitada, en la mayoría de la gente observo un ligero movimiento de rechazo, incontrolado, instintivo. No lo apruebo, pero lo entiendo. La mayor parte de nosotros tenemos miedo de lo que no conocemos, miedo de la diferencia. Nos gusta lo que se parece a nosotros. La enfermedad, tanto física como mental, forma parte de nuestros temores. A mí me encantaría convertir ese miedo infundado en simpatía. Por mi hija, por supuesto, pero no solamente por ella. Por todos los que padecen esa diferencia, y también por nosotros, los que estamos sanos. Para que nuestras orejeras y nuestro corazón mezquino no nos conviertan en discapacitados.

Si ya nos costó la decisión de no escolarizar a Azylis, la de matricularla en un centro especializado es aún más dolorosa. Confieso que me tranquiliza saberla en casa, entre paredes conocidas; atenderla, estar presente mientras la tratan, ver a su kinesioterapeuta, a su psicomotricista, a su ergoterapeuta y a todos los que se ocupan de ella. No me gustaría tenerla lejos de mí, a ella, tan vulnerable. No puedo imaginar verla marcharse por la mañana y volver por la tarde sin estar al corriente de lo que ha ocurrido durante el día. Es verdad que se la confío a otros, pero solo a quienes conozco y he elegido yo: a Thérèse, por supuesto, pero también a Amélie, nuestra canguro habitual, a nuestras familias, a ciertos amigos. No puedo imaginarla en manos de desconocidos. Ya sentí ese temor el primer día de clase de Gaspard en infantil, aunque pensaba que, si la cosa no iba bien, me lo diría. Pero Azylis no puede hablar.

Soy una madre intranquila por naturaleza. Los senderos acotados, el control de los acontecimientos apaciguan mis temores. No sé nada del camino que le espera a Azylis. No estoy familiarizada con ese universo. Quiero tenerla siempre conmigo. No quiero que se aleje.

¿A qué viene entonces esa vocecita que me habla al oído y al corazón diciéndome: «Déjala vivir, deja que viva su vida»? La conozco; ya la escuché hace unos años, en la habitación de Thaïs, en una época en que no era capaz de separarme de mi princesa por temor a que me necesitara y yo no estuviera allí, por temor a que muriera sin mí. Esta preocupación permanente perjudicaba el equilibrio familiar. Ya no estaba disponible para nadie. No dormía, no salía de casa. Imponía constantemente mi presencia a Thaïs, sin preguntarme en ningún momento si era eso lo que ella deseaba. Un día, a la pediatra que venía periódicamente a evaluar el estado de Thaïs le preocupó el mío. Entonces me dijo con suavidad: «Déjala vivir». Sus palabras me impactaron y me rebelé. Le respondí a la defensiva:

—¿Cómo puede aconsejarme una cosa así? ¿Con qué derecho? Un niño necesita a su madre, y más en estas circunstancias. Thaïs me necesita.

—Sí, la necesita, pero también necesita vivir su vida. Necesita recorrer su camino, como todos. Necesita sentir que confía usted en ella.

Entonces comprendí el significado de su comentario. Un niño no aprende a andar si se le tiene constantemente agarrado de la mano. Lo acepté, pero me desgarró el corazón. La dejé marchar. Porque ninguna niña de tres años se pasa la vida pegada a su madre, por mucho que la quiera. Igual que ninguna niña que pronto cumplirá seis años desea quedarse toda la vida en casa, bajo la mirada vigilante de sus padres.

Dejar marchar: esa debería ser la definición de la palabra «mamá». Aparentemente, no hay nada más sencillo que dejar que un hijo se marche, pero lo cierto es que cuesta mucho. Porque una madre cree, visceralmente, que aquellos a quienes ha traído al mundo le pertenecen. Que su vida depende de la de ella, como cuando estaban en su

seno, calentitos y, sobre todo, bien protegidos. Ese sentimiento es aún más acuciante con un hijo como Azylis. De hecho, si se queda conmigo en casa, no es por su comodidad, sino por la mía. Me tranquiliza. Aquí, con Thérèse y conmigo, no puede pasarle nada. Sin embargo, Azylis no puede quedarse en el andén viendo pasar el tren de la vida. Tiene su propio camino, un camino quizá alternativo, pero un camino que es el suyo. Su vida posee un objetivo y un sentido. Mi papel no consiste en sobreprotegerla, sino en acompañarla dejándola caminar a su ritmo. Y en confiar en Azylis para que algún día, llegado el momento, también encuentre el sitio que más le conviene.

Te suelto de la mano, Azylis. Aunque llore, aunque me duela, aunque tenga miedo, te suelto de la mano. Porque te quiero, porque creo en ti. No me alejo de ti, no me echo atrás: eres tú la que camina hacia adelante. Yo me quedo aquí, cerca de ti, con los brazos siempre abiertos para acogerte. Vete, cariño. Vete.

Voy marcando de una en una las diez cifras del número de teléfono. En la octava, pulso el cinco en lugar del seis. Vuelvo a empezar de cero. Escucho en el auricular los pitidos repetidos y regulares. Ya da señal, ahora lo cogerán. Carraspeo y trago con dificultad. Me repito en la cabeza las frases, las palabras que llevo mucho tiempo barajando. Me anoto en una esquina que no debo olvidarme de decir que llamo de parte del SAED «Los Cerezos», el servicio de apoyo educativo domiciliario que se encarga de Azylis en casa. No lo cogen. Espero un poco más. Cuando estoy a punto de desistir, oigo cómo descuelgan. Avanzo un tímido «¿oiga?». La voz que hay al otro lado del hilo no me escucha. Es un contestador. He llamado demasiado tarde. Ya han cerrado. Mañana estarán otra vez a partir de las nueve. Cuelgo, algo aliviada. Aún conservo en la mano el papel rectangular amarillo fosforito. Lo miro atentamente antes de estrujarlo, convertirlo en una bolita compacta y tirarlo a la papelera con un movimiento calculado. Me siento mejor. Luego abro uno de los cajones de la mesa. Saco un bloc de *post-it* de color rosa chillón con forma de corazón. Despego uno y vuelvo a escribir en él con trazos gruesos el número del centro especializado. Lo subrayo dos veces. Esta vez mi letra es firme. Estoy decidida. Lo pego en el mismo lugar que el anterior, bien visible. Sonrío y digo en voz alta, con convicción: «Mañana...».

CAE LA NOCHE. Thérèse se marcha. Ha terminado su jornada de trabajo con nosotros. Vuelve a casa, a su bloque de pisos. No muy lejos de aquí, pero sí en otro sitio. A veces la envidio. Envidio poder dar vuelta a la página cada tarde, aparcarlo todo hasta el día siguiente. Sí, a veces la envidio. Solo a veces: cuando las cosas se complican demasiado, cuando la tristeza pesa demasiado, cuando el miedo es demasiado grande. Me gustaría poder desconectar, decirme que esto no va conmigo, que mi verdadera vida me espera fuera de aquí. A veces, sí, pero no hoy. Hoy estoy bien donde estoy.

Hemos terminado una partida de parchís. Hacía mucho tiempo que no jugaba. Es una forma de arbitraje perfecta entre todas las edades que participan en el juego. Azylis, instalada encima de mis rodillas, también toma parte en él tirando el dado por mí. Con una aliada como ella, confiaba en ganar, pero los chicos no han tenido ningún escrúpulo a la hora de comerme más de una vez. He hecho varios intentos de convencerles para que no me ataquen.

—Venga, no podéis hacer eso. Soy vuestra madre —llego a decir con una media sonrisa.

Arthur parece sensible a mi argumento, pero Gaspard no demuestra la más mínima piedad.

—En la guerra como en la guerra, mamá —contesta, devolviendo mi ficha a casa.

Al final ha ganado Arthur. Recorre toda la casa dando gritos de alegría, como si se hubiera llevado un auténtico trofeo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Estáis degollando un cerdo?

Loïc abre la puerta de casa y se para, intrigado por los gritos que se escuchan.

—Arthur ha ganado al parchís —dice Gaspard con cara de hastío—. Lleva diez minutos histérico.

Arthur se abalanza sobre su padre.

—¡He ganado, papá! ¡Por primera vez en mi vida!

—Es la primera vez que juegas a esto, Arthur —replica su hermano mayor.

Loïc coge a Gaspard por la espalda y a Arthur en brazos, y se reúne conmigo en el salón. Estoy acabando de recoger las fichas y el tablero que Arthur, llevado de su desbordante entusiasmo, ha regado por toda la habitación.

Azylis, callada y en calma hasta ese instante, se anima de repente. Su rostro se ilumina: ha visto a papá. Cuando tiene a Loïc delante, no existe nadie más para ella. En ese momento es exactamente igual que cualquier niña de cinco años que coquetea con su

padre. Él se derrite ante su preciosa sonrisa.

—Hola, princesa. ¿Has pasado un buen día?

Sin esperar su callada respuesta, la coge en brazos. Azylis se acurruca contra él. Loïc se la lleva a su habitación a ponerle el pijama, mientras yo acompaño a Gaspard y a Arthur al cuarto de baño.

Dejo correr el agua y añado un gel que se transforma en una espuma densa y perfumada. Ayudo a Arthur a trepar a la bañera mientras Gaspard se mete en ella de un solo salto.

—Ten cuidado de no resbalar.

Gaspard no me oye. Ya se ha tirado al agua y desaparece debajo de la espuma para luego volver a emerger expulsando el aire como una ballena. Arthur le imita encantado. Me quedo en el umbral de la puerta para evitar que conviertan el cuarto de baño en una piscina. Desde ahí puedo ver la habitación de Azylis. Loïc ha dejado con suavidad a su niña encima de la cama. Saca un pijama de la cómoda. Ha elegido un modelo rosa con las mangas y los tobillos ribeteados en el mismo tono. Lo contempla extasiado.

—¡Mira, Azylis, qué pijama tan bonito! Vas a estar guapísima.

No estoy segura de que Loïc sea especialmente receptivo a la moda infantil, pero sabe que su hija es coqueta y sensible a sus cumplidos.

¡Cómo me gusta la delicadeza con que la trata! Cuando está con Azylis, despliega un tesoro de paciencia y finura. Ella es su princesita. Y él es, indiscutiblemente, mi príncipe azul.

Un día, durante una consulta con Thaïs, un médico le comentó a Loïc:

—Si hubiera elegido usted a otra mujer, seguramente no tendría hijos enfermos.

La observación tenía su razón de ser: pretendía mostrar el carácter genético de la leucodistrofia metacromática. No era malintencionada, pero sí bastante desafortunada. Loïc contestó sin vacilar, quizá con cierta sequedad, que lo sabía, pero que solo deseaba tener hijos con una mujer: la suya. Yo.

En cuanto a mí, puede que junto a otro hombre distinto no hubiera oído hablar jamás de la leucodistrofia metacromática ni de ninguna otra condenada enfermedad de este tipo. Puede que no hubiera pasado por una prueba como esta. Puede que mi vida de pareja hubiese sido tan plácida como un mar en calma, en el que ni el oleaje ni ningún otro obstáculo importante entorpecieran la vista. Pero ¿amaría tanto como amo a Loïc? ¿Habría aguantado con otro hombre las pequeñas dificultades de la vida conyugal, las que sobrevienen bajo las señales inocentes de una simple desgana, una rutina inevitable, una contrariedad anodina, una crisis de los cuarenta o los cincuenta? No lo sé.

De lo que estoy segura es de que no elegí a Loïc por sus cromosomas ni por su signo del zodiaco. No comprobamos nuestra compatibilidad genética antes de querernos. Nos

sentimos mutuamente atraídos por características físicas, por maneras de pensar, por cualidades del alma. Nos sedujeron aptitudes, particularidades, fuerzas y también fragilidades.

De la mano de Loïc, y solo de la suya, me siento capaz de escalar el Himalaya, aun cuando ninguno de los dos estemos preparados para la alta montaña. En nuestro zapatero no hay botas de tacos. Hasta ahora no las hemos necesitado nunca. Hemos avanzado –él en chancas y yo con zapatos de tacón– convencidos de la facilidad de nuestro camino, de la evidencia de nuestra vida privilegiada. La prueba de la enfermedad de nuestras hijas nos ha aturrido, pero no nos ha derribado.

Con tacos o sin ellos, hemos decidido escalar esta montaña, continuar nuestro camino común. Y hemos emprendido juntos el ascenso: con paso inseguro, es cierto, pero juntos. Ni el uno al lado del otro, ni cada uno a su ritmo, sino encordados. Nos hemos hecho dependientes el uno del otro, dependientes de nuestras mutuas fuerzas y fragilidades. Obligados a animarnos, a sostenernos, a esperarnos. A pisar donde pisa el otro. Para alcanzar juntos la cima. Loïc bromea diciendo que, a lo largo de esta prueba, él ha aprendido a hablar, mientras que yo he aprendido a callar y a escuchar. Tiene razón: de hecho, hemos aprendido a comunicarnos, pero también a reír, a llorar, a consolar, a maldecir, a refunfuñar, a temblar, a esperar juntos. A querer.

Hoy, heridos y maltrechos, contemplamos a nuestros pies el vertiginoso desnivel de los senderos montañosos que hemos recorrido. Hoy estamos los dos en lo alto de uno de los Everests de nuestra vida. En lo más alto. Con zapatos de tacón y en chancas.

AZYLIS LUCE SU PRECIOSO PIJAMA. Me siento orgullosa: es la primera vez que se lo pone. Y lo he hecho yo. Hace poco que he aprendido a coser. Me lo propuse por ella. Me costaba mucho encontrar ropa adecuada a su tamaño y a su situación. Necesitaba cuerpos abotonados a la espalda, mangas raglán para poder meter fácilmente los brazos, pantalones de talla grande donde cupiera el corsé, pero con perneras largas y delgadas. En fin, un auténtico quebradero de cabeza. Todo lo que encontraba resultaba demasiado grande o demasiado pequeño. Así que me he aficionado a la costura. Al principio, me lancé sola; luego, con el respaldo de Agnès, una amiga mía que es una virtuosa de la máquina. Muy pronto a lo útil se añadió lo placentero. Me encanta coser para Azylis. También ella participa de buena gana. Elige las telas, evalúa los patrones, supervisa los avances del trabajo. Coso modelos únicos para una niña única.

Azylis está lista para la cena. Guapísima. Loïc ha conseguido incluso peinarla con dos coletas sin que proteste. Privilegio paterno... Arthur y Gaspard siguen sentados en la bañera, chapoteando. Su hermana se echa a reír al verlos. Los dos tienen el pelo mojado y de punta: Arthur se ha hecho unos cuernos de diablillo y Gaspard, una cresta *punk*. Dos bigotes de espuma les gotean por encima de la boca. ¿Quién ha dicho que los juegos de los niños varían de una generación a otra? Yo jugaba a lo mismo cuando tenía su edad.

Esta noche cenamos los cinco solos. Estuvimos dudando si invitar a algunos amigos, a los de «la solidaridad Thaïs». A quienes nos ayudaron, se turnaron con nosotros junto al lecho de nuestra hija y cuidaron de ella. A quienes la quisieron. Nos planteamos organizar una velada festiva para clausurar este día especial. Pero no lo hemos hecho. Al final no nos pareció oportuno. Lo que más nos apetecía era estar en familia. Solo invitamos a Thérèse, pero ha preferido marcharse a casa. Aun así, antes de irse le ofrezco un trozo de tarta. Me da las gracias y me dice:

—De todas formas, mis pensamientos y mis oraciones se quedan con vosotros.

El menú lo han elegido los niños: espaguetis boloñesa y tarta de chocolate. ¡Nada del otro mundo! He influido un poco en su elección para evitar los sempiternos coditos con queso rallado.

Gaspard y Arthur comen con apetito. Por una vez, también Azylis parece tener hambre. Loïc le va dando unas cucharadas minúsculas, vigilando que mastique bien para evitar que se atragante. Al cabo de un rato, me pide que le releve para hacer los honores a su plato antes de que se enfríe. Azylis no está de acuerdo. Protesta y vuelve la cabeza todo lo lejos que puede de mí. Yo insisto. Azylis protesta aún más y empieza a llorar

para engatusar a su padre. Loïc no es capaz de resistirse y coge de nuevo la cuchara.

Azylis sabe muy bien lo que quiere y sabe muy bien cómo hacerse entender. Igual que todos los niños, de vez en cuando se coge rabietas o hace comedia. A veces me enfado, aunque reconozco que aplaudo interiormente cuando se rebela. Me tranquiliza verla expresar de ese modo su carácter, constatar que no se deja manejar, confirmar hasta qué punto lo entiende todo. Y, por un efecto espejo, compruebo hasta qué punto su felicidad es una opción. Su conducta no es la del tonto del pueblo, que sonríe beatíficamente en cualquier circunstancia. Azylis es capaz de manifestar sentimientos negativos. Tiene sus gustos, sus deseos, sus caprichos, pero también sus manías, sus antipatías. Por eso, cuando sonríe, cuando se ríe, es porque lo ha elegido. Y yo me alegro.

—Mamá, ¿le ponemos las velas a la tarta?

Gaspard ha querido traer el postre. Lo ha desmoldado sin romperlo y lo ha colocado cuidadosamente en medio de un plato grande redondo. Antes de servirlo lo ha cubierto con pastillitas de chocolate de colores. Seguro que con las velas quedaría bonito, pero ¿se puede celebrar este cumpleaños como si no pasara nada? ¿Es oportuno encender las velas y traer la tarta a la mesa mientras cantamos «cumpleaños feliz»? En ese caso, ¿quién soplará las velitas, si Thaïs ya no está aquí para hacerlo? Son momentos delicados. Como cuando me preguntan cuántos hijos tengo.

La primera vez que me plantearon esta pregunta estaba esperando a Arthur. Fue un fontanero que había venido a reparar una fuga en el cuarto de baño. Cuando le estaba acompañando a la puerta, llegó Gaspard del colegio con Thérèse y Azylis. Entonces el hombre me dijo:

—¡Anda, pero si tiene más hijos! Creí que estaba usted esperando el primero. ¿Cuántos tiene?

Dudé antes de contestar. Dudé porque el dolor por la muerte de Thaïs aún estaba reciente y tenía miedo de emocionarme delante de un desconocido. Dudé también porque temía que se sintiera violento si le decía la verdad, temía ver cómo se le descomponía el rostro y oírle pensar: «¡Serás imbécil! Ya te podías haber callado. Así aprenderás a no preguntar lo que no te importa. Pobre madre...».

Estaba a punto de contestarle «tres» cuando me encontré con la mirada de Gaspard, pendiente de mis labios. Esperaba para comprobar qué le decía, para ver si contaba a su hermana o si esta había desaparecido definitivamente de la familia. Entonces recuperé el control y, confiando en que el fontanero se diera por satisfecho con mi respuesta y no llevara más lejos su curiosidad, le dije:

—Cuatro. Cuatro hijos.

—¡Cuatro! Mucho curro, ¿no? ¿Qué edades tienen?

Me escabullí con una pirueta.

—El mayor tiene seis y el último nacerá a finales de año.

—¡Bonita familia! Bueno, adiós, señora. Adiós, chicos.

—Adiós.

Vi dudar a Gaspard. Contuve la respiración, pero se dominó. En cuanto se cerró la puerta, se volvió hacia mí.

—¿No querías decirle lo de Thaïs, mamá?

—No, mejor no. Si me hubiera preguntado dónde estaba el cuarto hijo, se lo habría dicho. Pero no tenía demasiadas ganas de contarle mi vida.

Ese día elegí decir la verdad, evitando en la medida de lo posible adentrarme en detalles sobre nuestra existencia. No creo que haya una manera mejor o peor de actuar en estas circunstancias. Todo depende de lo que uno se sienta capaz de soportar y tenga ganas de compartir.

Solucionamos la cuestión de las velas, sobre la que hay disparidad de opiniones. Ponemos una sola, una vela grande en medio de la preciosa tarta que han hecho los niños; no para celebrar los ocho años que Thaïs no cumplirá nunca, sino para celebrar su vida. Una vida diferente, corta, difícil, pero *su* vida. La que ella amó, la que amamos nosotros.

Una vela por una vida.

OIGO UNA MÚSICA. Reconozco el lánguido canto de un violín. Me dirijo hacia ella, dejando que mi mente y mi corazón se inunden con las notas hondas e indolentes de la *Meditación de Thaïs*. Loïc y yo descubrimos la ópera de Jules Massenet cuando nos conocimos y los dos caímos bajo el hechizo de la meditación. Por eso elegimos el nombre de Thaïs.

Loïc, sentado delante de la mesa de trabajo, observa atentamente la pantalla del ordenador. Ante sus ojos desfilan las fotos de Thaïs, acompañadas de esta hermosa música. Cojo una silla y me siento a su lado. Noto su emoción y deslizo mi mano en la suya. Su dolor de padre me conmueve siempre. ¡Cuánto le habría gustado proteger a Thaïs, su princesa! ¡Cuánto le habría gustado ayudarla, curarla! Un día le oí murmurar: «Perdóname, Thaïs, no puedo salvarte». Loïc hizo mucho más que eso. Acompañó a su hija hasta el final. Cuidó de ella, la mimó, la acunó. La veló. Fue con ella fuerte y frágil a la vez. Fue el mejor padre con que una niña puede soñar.

Gaspard está en la cama, leyendo. Azylis dormita, con su muñeca entre los brazos. En cuanto a Arthur, sospecho que estará jugando con sus coches a escondidas, debajo del edredón. En silencio, pegados el uno al otro como una pareja de inseparables en su rama, mecidos por la meditación, miramos cómo van pasando las fotos al ritmo regular del diaporama.

—¿Qué hacéis?

Gaspard está de pie en el umbral de la puerta. Se ha levantado sin hacer ruido. Escuchamos un trotecillo detrás de él. Aparece Arthur, con un cochecito en cada mano.

—¿Qué pasa?

—Pero ¿qué hacéis aquí? Tendríais que estar en la cama.

—He oído la música y he venido a ver qué pasaba —dice Gaspard, instalándose en medio de los dos—. ¿Qué estáis haciendo?

—Estamos viendo fotos de Thaïs.

—¿Nos podemos quedar? —preguntan al unísono.

—Vale. Si os estáis quietecitos y callados...

Loïc va a buscar a Azylis para que no se quede sola. Esta parece encantada de la iniciativa paterna. Loïc vuelve a ocupar su sitio y se la sienta encima. Arthur se sube a mis rodillas. El diaporama empieza de nuevo ante nuestros ojos atentos. Todos juntos, nos reímos a carcajadas viendo a Thaïs disfrazada, llena de churretones, traviesa, feliz. Arthur pide que le contemos alguna anécdota. Es sorprendente lo bien que se acuerda Gaspard de las cosas. Es él el que habla y, cuando es preciso, nosotros completamos la

narración. Nadie hace comentarios cuando Thaïs aparece enferma y vulnerable. Son momentos que me parecen lejanos, casi irreales.

El desfile de recuerdos termina con una foto de Thaïs tomada al día siguiente de su segundo cumpleaños. Esa foto tan bonita en la que mira sonriente hacia el cielo. La meditación de Thaïs da paso a un silencio emocionado.

Gaspard y Arthur no tienen ningunas ganas de dormir. Reclaman más fotos, más recuerdos. Nosotros cedemos, encantados también de prolongar este momento en familia. Loïc hurga en la memoria del ordenador para reavivar la nuestra. Vamos repasando los grandes hitos de nuestra existencia, nuestra boda, el nacimiento de los niños, los cumpleaños, pero también los pequeños momentos de todos los días, inmortalizados por el objetivo de la cámara: esos momentos que, sumados unos con otros, componen nuestra vida. Con cada nueva foto, todos hacemos comentarios y nos sumergimos en nuestros recuerdos. Las imágenes aparecen de forma aleatoria, sin seguir la cronología del tiempo transcurrido. Los acontecimientos se entrecruzan, se mezclan y nos proporcionan la sensación de una vida muy llena.

Gaspard se pega un poco más a mí y me pregunta:

—Mamá, ¿cuál ha sido el mejor momento de tu vida?

Me quedo pensando. Si me hubiera preguntado por el peor, habría podido responder sin dudar. Pero el mejor... Quizá podría ser este mismo, este instante que no tiene nada de extraordinario, pero que nos une. Ahora mis mayores felicidades están hechas de menudencias. Se desenvuelven en las sencillas alegrías del día a día. No siento nostalgia del pasado. El mejor momento de mi vida es el presente.

Loïc detiene el diaporama y va a buscar lo que queda de tarta y una botella de zumo. Los niños acogen la iniciativa con entusiasmo: «¡Fiesta!». Loïc enciende la mesa de mezclas y compone una música pegadiza. El desfile de fotos vuelve a empezar, pero los niños ya no pueden parar quietos. Bailan alrededor de nosotros cantando a voz en grito. Gaspard coge las manos de Azylis y la saca a bailar, moviéndole los brazos de izquierda a derecha. Ella suelta gritos de alegría. Loïc se levanta también y da vueltas agarrado a su niña. No tardo en unirme a ellos. A nadie le interesan ya las fotos. Gaspard coge a su padre por la cintura, Arthur se cuelga de los hombros de su hermano y yo cierro la marcha. Y Loïc, con Azylis firmemente sujeta entre sus brazos, nos arrastra bailando, uno detrás de otro, por toda la casa. Nos dejamos llevar. Montamos un escándalo. Estamos juntos. Somos felices.

Mi mirada se posa sobre quienes me rodean. Saboreo la imagen que me ofrecen. El tiempo detiene su curso sigilosamente, los minutos pasan de puntillas para no perturbar este instante. Y, sin embargo, se acabará. Los niños se irán a la cama y nosotros detrás,

para que las horas de sueño concluyan en silencio este día. Este instante pasará, pero dejará en cada uno de nosotros un sentimiento difuso y permanente: el de la felicidad.

Reina la calma. Los niños duermen a pierna suelta. Loïc está acabando de leer su diario deportivo. Yo leo a su lado. Dejo el libro, me retiro de entre sus brazos y me levanto. Salgo del cuarto y cruzo la casa, sumergida en la penumbra. Entro en el salón. La vela de Thaïs difunde su luz suavemente. La llama brilla bailoteando. Un movimiento del aire acentúa sus oscilaciones cuando me acerco. La contemplo en silencio.

Oigo crujir el parqué bajo los pies de Loïc, que se acerca a mi lado. Los dos nos quedamos allí un buen rato, delante de la vela. Van a dar las doce. Me inclino hacia adelante y soplo despacito. La llama se agita, vacila y se apaga sin ruido. Las llamas siempre mueren en silencio. Durante unos instantes, nuestros ojos guardan aún en su memoria el halo de su intensidad luminosa. Igual que la luz, el día vive sus últimos segundos. A partir de ahora, forma parte de nuestros recuerdos. Este día tan especial y, sin embargo, tan corriente.

EPÍLOGO

Mi familia no se parece a lo que yo había imaginado. Tampoco mi vida. Ni mi felicidad. En realidad, nada se asemeja a lo que había previsto.

He conocido años de una felicidad insolente, que van desde mi infancia feliz a una vida adulta plena. Salvo unas cuantas pegas, el cuadro carecía de sombras. Y yo no las quería. Quería ser feliz, a toda costa. Esperaba haber nacido bajo una estrella lo bastante buena para mantenerme a salvo a lo largo de mi existencia. Por entonces creía, como muchos, que la prueba y la felicidad eran antinómicas, irreconciliables. Estaba convencida de que quien se enfrentaba a una dificultad aún podía experimentar ciertas dichas episódicas, pero no la felicidad. Se hallaba privado de ella, porque la prueba, al igual que la pobreza, la debilidad, la enfermedad, rimaba con desgracia.

¿Cómo puedo afirmar hoy, pues, que soy una mujer feliz? ¿Cómo puedo sonreír a pesar de lo que he sufrido? Hay quienes pensarán que he perdido la cabeza o el sentido común. Tranquilos: me encuentro bien.

Durante los seis últimos años, he reorientado el sentido de mi vida. He dejado de esperar que se cumplan una serie de circunstancias ideales para ser feliz. He decidido ser feliz hoy, en este instante. Todos los días. La conquista de la felicidad ya no es el fin de mi existencia: se ha convertido en una elección cotidiana que influye en mi manera de marchar hacia adelante.

Invictus me sirve de inspiración. Me encanta el famoso poema de William Ernest Henley, tan apreciado por Nelson Mandela porque durante veintisiete años le abrió un horizonte entre los muros de la prisión.

Más allá de la noche que me cubre
negra como el abismo insondable,
doy gracias a los dioses que pudieran existir
por mi alma invicta.
En las azarosas garras de las circunstancias
nunca me he lamentado ni he pestañado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza está ensangrentada, pero erguida.
Más allá de este lugar de cólera y lágrimas

donde yace el horror de la sombra,
la amenaza de los años
me encuentra, y me encontrará, sin miedo.
No importa cuán estrecho sea el portal,
cuán cargada de castigos la sentencia,
soy el amo de mi destino:
soy el capitán de mi alma.

El estilo del poema, más que centenario, los versos octosílabos y el vocabulario pueden parecer hoy algo anticuados, pero el fondo no ha perdido nada de su poderosa lucidez. Me invita a creer que los acontecimientos de la existencia no nos desposeen de nuestra vida. Igual que el capitán de un navío no decide las tempestades que azotan el mar y maltratan su embarcación. No por eso deja de mandar a bordo. Con la mano en el timón, decide cómo actuar para salvar su barco. En tierra firme ocurre lo mismo. Las pruebas se nos imponen. ¿Qué sucede entonces? Cuando se abaten sobre nuestras vidas, ¿nos reducen a la condición de títeres deslavazados, zarandeados por un viento en contra? Durante mucho tiempo estuve tentada de creerlo así, de imaginar que no teníamos otra posibilidad que soportar nuestra vida, hasta el final. Hoy estoy íntimamente convencida de que nadie escoge las pruebas de su vida, pero sí podemos escoger la manera de vivirlas. O de intentar vivirlas. Intentarlo cada día, cayendo a menudo, a veces perdiendo el coraje, igual que el capitán traga agua, rueda hasta la bodega, está a punto de caer por la borda, pero se aferra a su barco, se ata al mástil, vive la tempestad, le hace frente, hasta que esta se acaba o hasta que él la domina.

Antes, antes de todos estos acontecimientos, yo era feliz, pero con una felicidad frágil, precaria, porque dependía de las circunstancias de mi vida. Estaba íntimamente ligada a las casillas que había rellenado. Y era por eso susceptible de tambalearse con el más mínimo oleaje. Esa felicidad se marchó al mismo tiempo que mis ilusiones de una vida ideal. En su lugar vino a instalarse en mí otra felicidad, profunda, sólida, duradera. La misma felicidad que permitió que Thaïs, maltratada por la vida, maltrecha, impotente, no dejara de ser dichosa. Y hoy no hay nada que me impida, como a ella, «amar la vida, y amarla a pesar de...».

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epilogo

Índice

Capítulo 1	5
Capítulo 2	8
Capítulo 3	10
Capítulo 4	12
Capítulo 5	14
Capítulo 6	18
Capítulo 7	21
Capítulo 8	23
Capítulo 9	26
Capítulo 10	29
Capítulo 11	34
Capítulo 12	38
Capítulo 13	40
Capítulo 14	43
Capítulo 15	47
Capítulo 16	50
Capítulo 17	53
Capítulo 18	56
Capítulo 19	60
Capítulo 20	63
Capítulo 21	65
Capítulo 22	68
Capítulo 23	71
Capítulo 24	73
Capítulo 25	77
Capítulo 26	80
Capítulo 27	82
Capítulo 28	84
Capítulo 29	89

Capítulo 30	92
Capítulo 31	98
Capítulo 32	102
Capítulo 33	105
Capítulo 34	108
Epílogo	111
Índice	113